

DICEN QUE CANTARON CANCIONES

Federico Garrido Villar

Séptimo Finalista

“II Alféizar de Novela 2017”



FEDERICO GARRIDO VILLAR

DICEN QUE CANTARON CANCIONES



© 2017

Editado por Ediciones Alféizar

C/Francisco de Borja Pavón 1 - 1º - 2

14002 - Córdoba - España

Telef.: 34 600 792 762

Email: edicionesalfeizar@hotmail.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

ISBN: 13-978-84-947009-7-2

Depósito Legal: CO 752-2017

Para mi padre.

*No hay canción más hermosa que
la canción de las espadas.*

LA CANCIÓN DE LAS ESPADAS

Cuando abrió la puerta de la taberna, el oficial ya le esperaba sentado en el fondo, con los brazos cruzados y el rostro ceñudo. Envuelto en una maltratada capa de lana, con la mano sobre la espada, Soronas cruzó ante la barra, saludó al tabernero con un ligero gesto, intercambió unas breves palabras con varios conocidos y se sentó frente al oficial, quien le saludó de manera fría.

—Un lugar muy agradable para cerrar un trato, ¿no crees? —dijo, con media sonrisa. El tabernero, un hombre alto y desgarbado, se acercó, dejando dos jarras de cerveza sobre la mesa. El oficial rechazó la suya.

—No, gracias. No suelo beber.

El tabernero miró a Soronas y éste se encogió de hombros. Cuando se quedaron de nuevo a solas, el oficial se inclinó sobre la mesa y se atusó el espeso bigote. Era un hombre maduro, de facciones marcadas y ojos fríos.

—¿Sabes quién soy?

Soronas negó con la cabeza.

—Soy el capitán Bundas Bland, segundo oficial de la Guardia Real.

Soronas ni siquiera parpadeó. No parecía muy impresionado, a pesar de estar sentado frente a la mano derecha del comandante Gando y uno de los oficiales de mayor confianza del rey Peldas.

—No es habitual que un oficial de mi rango se reúna en tugurios como éste con la clase de gente que... bueno... alguien como tú...

—Asesino, esa es la palabra que buscas —gruñó Soronas.

—Sí, bueno, en ese aspecto eres la persona más indicada, Soronas el Silencioso. Tu reputación te precede. Mercenario, espadachín y asesino. Dicen que estuviste en la batalla de Cronon y que un día tú también serviste a nuestro Rey.

—Hace tiempo —masculló Soronas.

—También dicen que mataste a Orfald el Fiero en los bosques de Astaría y fuiste el primero en coronar las murallas de Intis. Muchos te daban por muerto. Incluso el rey Peldas.

—Estoy vivo —se limitó a replicar Soronas, que hacía honor a su fama de hombre parco en palabras.

—¿Cómo te convertiste en... asesino a sueldo? ¿Cómo pasaste de ser un respetado caballero, un gran capitán, a malvivir vendiendo tu espada por una bolsa de monedas?

—No estoy aquí para hablar de mí —repuso Soronas con frialdad. Bebió un trago de cerveza y añadió:—. ¿Qué tengo que hacer, capitán?

—Dentro de un rato, llegarán un joven y un hombre alto y fornido. Un noble de alta cuna y su escolta. Deberás acompañarlos por este apestoso barrio hasta el lupanar de Davay. Supongo que lo conoces.

Soronas hizo un débil gesto con la cabeza.

—Muy bien —dijo Bland, mesándose el bigote—. Indícales el camino y procura que nadie os moleste. Una vez en el burdel, acompáñalos al interior y quédate ante la puerta de la habitación que escoja el joven. No te muevas de ahí ni abras la boca, y luego tráelos de vuelta, sin un rasguño. Ése es tu cometido.

—Un trabajo sencillo —dijo Soronas.

—Espero que lo sea —repuso Bland—. Por eso te he hecho llamar. Y por los viejos tiempos. Por la memoria de mi padre.

Soronas no dijo nada. En otro tiempo, muchos años atrás, antes de que acabara en el peor barrio de Ullis trabajando como espadachín, matando o protegiendo a desconocidos por unas monedas, el capitán Urtas Bland había sido su compañero de armas, su colega, su amigo. En otro tiempo. Ahora era un hombre diferente.

—Conocí a tu padre. Era un amigo fiel.

—Lo sé —dijo Bland, con voz queda—. Me habló mucho de ti. El capitán Grey. Nunca imaginé que fueras tú, Soronas el Silencioso.

El mercenario le sostuvo la mirada, sin pronunciar palabra.

—El capitán Grey murió hace mucho —susurró, al cabo de un rato.

—Esta noche podrás volver a servir al Rey —dijo Bland, con firmeza—. No de la manera en que lo hacías en el pasado, en el campo de batalla, junto a mi padre. Pero me encargaré de que Su Majestad lo sepa.

—No —dijo Soronas, con voz gélida—. Haré el trabajo, pero el Rey no sabrá nada. Esa es mi única condición.

—De acuerdo. Lo que tú prefieras. Aquí tienes una parte —le entregó una bolsa de monedas, que Soronas cogió en silencio—. Cien reales de plata. Otros cien cuando el joven noble esté aquí

de vuelta.

Soronas apuró la jarra de cerveza y se puso en pie.

—¿A dónde vas? No tardarán en llegar.

—Esperaré en la calle.

Cuando abandonó la taberna, apoyó la espalda contra la pared, junto a un perro famélico que mordisqueaba un hueso, y sacó su pipa de madera tallada para fumar “hojahierba”, una costumbre que los Enanos de Montenegro habían traído a Ulimán. Acababa de dar las primeras chupadas, cuando vio aparecer entre el gentío a un joven embozado, de modales tímidos, y un hombretón con cota de malla y espada al cinto. Soronas se acercó a la pareja y se colocó delante del gigante, quien le miró irritado. Tenía una cara que parecía cincelada en mármol y cuajada de cicatrices.

—¡Apártate, escoria! —escupió, levantando una mano. Antes de que llegara a rozarle, Soronas se apartó la capa, mostró una afilada daga, y entre dos parpadeos colocó el arma en la garganta del veterano. Su joven acompañante retrocedió, temeroso. En ese preciso instante, el capitán Bland llegó a la carrera y miró la escena asustado.

—Por todos los dioses, Grey. Guarda esa maldita daga.

Con una sonrisa, Soronas volvió a esconder el arma bajo su ropa y dio una calada a la pipa.

—Me llamo Soronas el Silencioso.

—Mi señor —dijo Bland, dirigiéndose al joven—. Éste es el hombre que acabo de contratar. Os podéis fiar de él. Os conducirá a salvo hasta la Casa de Davay y luego os traerá de vuelta sin ningún percance.

—¿Este mendigo? —repuso el gigante, arrugando aún más el ceño. A Soronas le recordaba un toro— ¿De qué cloaca lo habéis sacado, capitán?

—No es ningún pordiosero, os doy mi palabra. Es un gran luchador. En otra época sirvió en el ejército.

—Ya —masculló el gigante.

—Pronto se hará de noche —indicó el joven, con voz aflautada—. Si es posible, querría estar cuanto antes en la Casa de Davay.

—Claro que sí, mi señor —dijo Bland, con aire solícito. Miró al gigante y añadió:—. Cuida de él, Hunk. Lo dejó en tus manos.

—Tenéis mi palabra de que no le ocurrirá nada, capitán.

Bland se volvió hacia Soronas y le escrutó en silencio:

—Recuerda el trato. Protege al chico y no hagas preguntas. A la vuelta, recibirás el resto del dinero. ¿Está claro?

—Como una canción de los Silfos.

Con un gesto, sin dejar de inhalar el humo de “hojahierba”, Soronas se alejó por la calle, seguido por Hunk y el joven noble, mientras Bland los contemplaba con los brazos en jarra. Fue un trayecto corto y sin incidentes, a pesar de que se encontraban en el peor barrio de Ulis, conocido como el Basurero de Atrás. En las calles de tierra apisonada, cubiertas de charcos de orina e inmundicias, entre edificios de madera o de adobe, pululaban vagabundos, jaques, ladrones, ramera y buscavidas. A los más afortunados les robaban las escasas monedas que llevaran encima y a los menos, les degollaban en una esquina y abandonaban su cadáver desnudo sobre la basura. Había tugurios donde servían licores que dejaban ciego, casas de juego, burdeles, pensiones en las que se violaba, robaba y asesinaba a los incautos, patios invadidos por las malas hierbas y la basura, sótanos donde se vendían esclavos, carnicerías cuya mercancía era de todo menos comestible, templos dedicados a los Dioses Mayores en los que hacía años no entraba un solo fiel, oscuros recintos destinados a la venta de venenos y drogas. Un mundo cruel y miserable, en el que Soronas sabía cómo moverse. Hunk lo pudo comprobar en cuanto se internaron en un laberinto de calles malolientes donde pendencieros armados con espadas se apartaban al ver a Soronas y muchas personas le miraban con una mezcla de miedo y recelo.

—La gente aquí te respeta —comentó Hunk.

—Respetan mi acero —señaló Soronas—. Y lo temen.

Se detuvieron ante una de las pocas viviendas construidas en piedra, con una fachada sencilla y un balcón lleno de flores sobre la puerta.

—La Casa de Davay —indicó Soronas—. Hemos llegado.

Golpeó la puerta y tras unos segundos de espera, abrió una anciana enojada de piel cobriza que sonrió al ver a Soronas.

—¡Ah, Silencioso! ¡Qué grata sorpresa! ¿Cuánto tiempo hacía que no nos visitabas, bribón?

—Demasiado, me temo. Hoy vengo con un joven señor.

—Ya veo —dijo Davay, sonriendo, al tiempo que un esclavo musculoso abrió la puerta y les indicaba que podían pasar—. Lo conozco, Silencioso. Le esperábamos. La chica está en sus aposentos, en el piso de arriba.

Por un segundo, Soronas captó un brillo de felicidad en los ojos del muchacho. Después de besar a Davay, acompañó al joven y a Hunk al piso superior por unas escaleras de piedra tallada en la que se cruzaron con varias chicas desnudas de rotunda belleza.

—Tengo nuevas amigas, Silencioso —dijo Davay con voz dulce, desde el pie de la escalera—. Un par de gemelas de Brudel y una sainita.

—Te quiero, Davay —dijo Soronas, con tono jovial.

—Eso dicen todos —suspiró la anciana.

Se detuvieron ante una puerta al final de un pasillo estrecho, junto a la que esperaba una mujer vestida con un sayal. Soronas observó que no tenía pintas de ramera. Parecía más una criada.

—Ella os espera dentro, señor —dijo, con voz queda y la cabeza gacha. Era una criada. El joven y Hunk entraron en la habitación y cuando el escolta comprobó que no había peligro y todo estaba en orden, se reunió con Soronas en el pasillo. Cuando le miró a la cara, el gigante endureció el gesto.

—El capitán te lo dejó bien claro. No hagas ninguna pregunta.

—Me gusta el silencio.

—Más te vale que no abras la boca.

Un caballero con el torso desnudo salió de un cuarto cercano y miró con recelo a los dos guerreros al pasar por su lado. La criada enrojeció y apartó la mirada.

—Este burdel parece un sitio muy popular —comentó Hunk.

—Todos los lugares en los que hay putas lo son.

Hunk le miró de soslayo.

—El capitán mencionó que serviste en el ejército. ¿Fuiste a la Guerra de Gurnar?

—Como muchos otros —espetó Soronas, mirando al techo.

—Allí el general Brildo me nombró capitán.

—Capitán Hunk, suena bien.

—El capitán también pronunció un nombre... Grey. Conocí a un Grey en el asedio de la fortaleza de Fungar.

—Hay muchos Grey en Ulimán.

—El que conocí tenía una cicatriz sobre el ojo izquierdo. Como la tuya.

Soronas giró la cabeza lentamente y le miró.

—Te equivocas de hombre.

—Aquel Grey era un formidable guerrero —insistió Hunk, con gravedad—. El campeón del Rey. Yo le vi combatir.

La mirada de Soronas se tornó fría como la muerte.

—Ese Grey murió en los hielos de Vailiskinan.

—Eso es lo que tengo entendido —Hunk se rascó la mejilla con una manaza y sonrió con aire triste—. Dudas Grey. El mejor caballero que he visto jamás.

—Lástima que esté muerto —masculló Soronas.

—Sí, una lástima.

De pronto, oyeron ruidos agitados en el piso inferior. Golpes en la puerta, gritos, órdenes. Tanto

Hunk como Soronas se llevaron la mano a sus espadas, y la criada dio un respingo, asustada.

—¿Es eso algo normal? —inquirió Hunk, frunciendo el ceño.

—Me temo que no.

Escucharon chillidos de mujeres, la voz aguda de Davay, la exclamación de un esclavo. Hunk miró hacia la puerta y luego hacia Soronas. Éste desenvainó su espada.

—Ve a por el chico y quédate con él. Creo que tenemos problemas.

—¿Qué piensas hacer?

—Mi espada tiene ganas de cantar.

Hunk sacudió la cabeza y corrió hacia la habitación seguida por la criada. Soronas escuchó con calma el ruido de la escalera: botas que pisoteaban, tintineo de espadas y armaduras, susurros roncós. Una chica asomó su cabeza por la rendija de una puerta y al ver al mercenario, se retiró y cerró con un portazo.

Seis caballeros armados irrumpieron al final del pasillo, frente a Soronas, precedidos por un sargento de barba canosa y con aires de veterano. Éste se detuvo y vaciló al ver el gesto impasible de Soronas y su brillante espada.

—¿Dónde está el hijo del Rey?

Soronas ni se inmutó al escuchar estas palabras; miró de hito en hito a sus adversarios y levantó la espada a la altura de su rostro.

—La única respuesta está aquí. En mi acero.

—¡Matadlo! —gritó el sargento, furioso. Los seis caballeros, que lucían el emblema del Ducado de Hert, un león blanco, se acercaron con cautela hacia Soronas y antes de que ninguno de ellos pudiera reaccionar, la espada del mercenario trazó una rápida curva, segó un brazo y se incrustó en el pecho de uno de los soldados. Con un grito feroz, Soronas dio un salto y clavó su espada en el hombro de otro caballero, salpicando sangre a su alrededor. Con una sonrisa cruel en los labios, se giró y con otro veloz movimiento de su arma, decapitó a un cuarto hombre. Rugiendo, poseído por una locura sanguinaria, arremetió contra otro de los caballeros y tras un intercambio de golpes, le atravesó el estómago con su espada. El sexto soldado retrocedió, espantado, pero Soronas no tuvo piedad de él: le arrancó las entrañas y dejó que se desangrara sobre el suelo mientras se dirigía al encuentro del asustado sargento.

—Por todos los dioses...—murmuró éste, dando un paso atrás.

—Davay —siseó Soronas, cubierto de sangre, avanzando hacia él—. ¿Qué habéis hecho con ella?

—¿Qué...? No sé que...

—¡La anciana! —gritó Soronas, cada vez más cerca—. ¿Está viva?

—Yo... mis hombres... la mataron... no quise...

Soronas alzó su espada y la dejó caer con brutalidad, rompiendo el yelmo del sargento y destrozando huesos y carne. Con la cabeza reducida a una masa informe y sanguinolenta, el cuerpo se desplomó sobre el suelo.

Soronas se pasó la mano por la cara y luego corrió hacia la habitación en la que se ocultaban el joven y Hunk. Aporreó la puerta con los puños.

—¿Quién demonios es?

—¡Soronas! ¡Abre de una maldita vez!

Soronas entró en el cuarto y vio que Hunk y el chico no estaban solos: además de la aterrada criada, había una joven rubia, delgada y de piel pálida, apenas una niña que se abrazaba a la fámula.

Hunk miró a Soronas de arriba abajo y luego echó un vistazo al pasillo, plagado de cuerpos mutilados y charcos de sangre.

—¿Qué coño ha pasado ahí fuera?

—Se tropezaron con mi espada —contestó Soronas y señaló al joven noble—. Buscaban al chico. Ya no hace falta que me ocultéis su identidad. Sé quién es.

—¿Sabéis quién soy? —balbuceó el muchacho.

—Aquí no —interrumpió Soronas—. Vámonos. Ahora.

Hizo una seña a Hunk y corrió fuera de la estancia, sin comprobar si los demás le seguían. Conocía una salida secreta, a través de una escalerilla y una portezuela que daba al callejón trasero. Con la espada desenvainada, hizo el corto trayecto y pronto se encontró en la calle, entre las sombras de la noche. En la lejanía oyó ruido de combates y gritos, y al mirar hacia el oeste, en dirección a la mole del Palacio de Murrimel, vio una de las altas torres envuelta en llamas, iluminando los tejados y ventanas de alrededor.

—¡Por la sangre de Adim!

Hunk contemplaba el fuego boquiabierto, y a su lado, el joven se abrazaba a la chica, que sollozaba con la cara escondida entre las manos.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Soronas—. Conozco un lugar seguro. Seguidme.

Corrieron por calles mal iluminadas, tropezando con mendigos y borrachos, o transeúntes que les miraban asustados. Por fin Soronas se detuvo en un estrecho callejón y golpeó una puerta desvencijada, en una casa de paredes sucias y con desconchones. Un hombre bajo y moreno, con parche en un ojo, abrió y se les quedó mirando.

—¿Qué coño...? ¡Silencioso! ¿Tú por aquí?

—Déjanos pasar, Blum. Necesito esconderme.

—Claro, Silencioso. Mi casa es tu casa.

Blum se hizo a un lado y los cinco fugitivos entraron en un salón de techo bajo, que apestaba a humo y atestado de muebles viejos y rotos. Después de atrancar la puerta, Blum se acercó a la chimenea y señaló varias sillas desfondadas.

—Sentaos como podáis. No esperaba visita esta noche, pero bueno... Silencioso, eres bienvenido siempre. Y tus amigos también, faltaría más.

—¿Sabes qué coño pasa en la ciudad? —preguntó Soronas, que permaneció de pie, cerca de la puerta. El joven, la chica y la criada tomaron asiento con cautela y Hunk se apoyó contra la pared, sin dejar de mirar a Blum y con la mano cerca de la espada. Blum se sentó junto al fuego y removió el contenido de una olla puesta a calentar. Probó un poco con el cucharón y sonrió.

—Esto está cojonudo —miró a Soronas y dejó de sonreír—. La noticia corre por toda Ulis, Silencioso. Han asesinado al rey y a su familia.

Hunk apretó los puños y soltó un reniego. A su lado, el joven noble abrió unos ojos como platos y luego miró al gigante.

—¿Quiénes? —preguntó Soronas.

—Los elirios —repuso Blum, encogiéndose de hombros—. Los fanarios. El Duque de Hert. Quién sabe. Sólo he oído que los han masacrado a todos, como a perros, en mitad de una cena.

Soronas miró al joven, que escrutaba el suelo con incredulidad y temor.

—La cosa pinta mal, Silencioso. Nunca ha pintado tan mal. Pero no me voy a quedar en Ulis a averiguar qué ocurre. Tengo un camarote reservado en el barco del viejo Donas el Cojo. Vente conmigo, Silencioso. Iremos río abajo hasta el mar Sereno y de allí a cualquier otro lugar, menos este estercolero... ¿Qué le pasa al chico?

El joven sollozaba abiertamente, sin importarle que los demás le vieran. Hunk apoyó una manaza sobre su hombro y entonces Soronas se le acercó. Se puso de rodillas y le miró a la cara. Tenía los ojos azules y el cabello rubio, casi pálido.

—Eres quien creo que eres, ¿verdad?

Hunk arrugó el ceño.

—Y tus padres no sabían dónde estabas esta noche.

El joven dejó de llorar, vaciló y asintió con un ademán.

—Es mejor no seguir hablando —espetó Hunk, mirando fijamente a Blum. Éste parecía trastear con el guiso, pero seguía la conversación con oídos atentos.

—Eh, Silencioso, me conoces —dijo, tras un tenso silencio—. Yo no me meto en tus asuntos. Tú me has ayudado siempre y yo te ahora te echo una mano. Ya está.

Soronas se puso en pie y miró a su amigo. Desde que entró por la puerta, no había vuelto a

envainar la espada y la sangre brillaba con un fulgor escarlata en la afilada hoja de acero.

—Gracias por tu hospitalidad —dijo, con voz gélida. Miró a Hunk y ordenó:—. Nos vamos.

Blum se puso en pie.

—¿Ya te vas, Silencioso? ¿No te quedas a cenar conmigo?

—No tengo hambre.

Hunk se dirigió hacia la puerta, sin apartar su brazo del joven y la chica.

—Tengo guiso de cabra. Cabra auténtica, no esa mierda que vende Opas en su carnicería. A saber de qué tumba saca esa carne podrida.

—Adiós, Blum —dijo Soronas, con los ojos entornados.

—¿Y tus amigos? —Blum dio un paso, con una mano escondida bajo su chaleco— Sí que tenéis prisa. ¿No os quedáis a comer?

De repente, Soronas alzó su espada y colocó la punta en el pecho de su amigo.

—No quiero matarte, Blum. Quédate aquí y vivirás.

—No soy estúpido, Silencioso. He visto su pelo rubio y el medallón que lleva al cuello. Ese mozo es el príncipe. Uno de los hijos del Rey. Vamos, aparta la espada. Hablemos. Estarán buscándole, Silencioso, y pagarán una fortuna por él. Miles de reales de oro. Vamos, Silencioso.

—Cállate.

—Tú... tú no me matarías —Hunk abrió la puerta y esperó en el umbral, sin apartarse del joven. Soronas le habló sin volver el rostro.

—¡Marchaos! ¡Ahora!

Hunk dudó, sin dejar de mirar al mercenario. Blum se movió y Soronas apretó la hoja contra su pecho.

—¿Vas a... matarme, Silencioso? Somos amigos. Somos...

—He dicho que te calles.

Hunk salió y cerró la puerta tras de sí. Eldas Arin, el hijo menor del rey Peldas, le miró, dándole la mano a la chica rubia, que seguía llorando, sin comprender lo que ocurría.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, con voz temblorosa.

—De momento, escondernos, Alteza. Aquí corremos demasiado peligro.

Un grito de dolor rasgó la noche, y tras un instante de silencio, se abrió la puerta y Soronas la cruzó con la mirada turbia y la espada aún más manchada de sangre que antes.

—¿Qué...?

—Vámonos —susurró Soronas, con furia—. Si queréis vivir, seguidme.

Cruzaron calles silenciosas, que otras noches bullían de actividad. Las tabernas y los burdeles estaban cerrados y mendigos y buhoneros se escondían entre las sombras. Cada pocos metros, el príncipe Eldas echaba un vistazo a la silueta del Palacio de Murrimel, cuya torre seguía ardiendo en mitad de la negrura de la noche.

Llegaron a los muelles, en el río Albin. Había balsas de pescadores, barcos de comerciantes y navíos de guerra a lo largo de las orillas, y edificios de madera y de piedra alineados junto al embarcadero. Gracias a la anchura del río Albin y su calmosa corriente, los habitantes de Ulis contaban con una rápida vía de transporte, tanto de personas como de mercancías. Y en medio de la noche, la mejor manera de salir de la ciudad sin ser vistos era a través del río.

—Tengo un velero —susurró Soronas, señalando las aguas—. Es muy fácil de manejar. ¿Sabes navegar, Hunk?

—He viajado por mar. Creo que podré hacerlo.

—Sigue hasta Puerto Blanco. Allí tengo un amigo. Es de confianza —al notar el gesto de Hunk, Soronas agregó:—. Un compañero de armas del capitán Grey. Dile que él os envía.

El príncipe le miró de un modo extraño.

—Ponle a salvo, Hunk. Hasta que pase el peligro y... —Soronas guardó silencio. Sabía que eso no ocurriría. Cuando se desata la violencia, la sangre nunca deja de correr. Siempre había sido así. Lo sabía por experiencia. Ahora, cualquier miembro del linaje Arin estaba condenado y proscrito. El príncipe tendría que huir muy lejos, desaparecer, ser olvidado.

—¿Y tú, qué piensas hacer?

—Saldar una cuenta del pasado —miró a la joven pareja y añadió:—. Ella es la hija del Duque de Hert, ¿verdad?

—Eliana Uder —respondió Hunk—. Son primos lejanos, pero se aman. Se veían a escondidas. El Rey no apreciaba al Duque Aganas... no veía con buenos ojos un matrimonio entre ambos... ignoro por qué razón... En fin, esta tarde, con la complicidad del capitán Bland, abandonamos el palacio y dejamos en sus aposentos a un criado de la misma edad y aspecto que el príncipe. Ni siquiera sus padres habrían notado la diferencia... Ahora están todos muertos. El Duque los mató... A todos.

Soronas guardó silencio.

—Dijiste que Grey había muerto.

—Y murió —el mercenario miró de nuevo al príncipe—. Su padre le mató. Ordenó al general Pent que le apuñalara y le arrojara a un lago helado.

—El Rey... —musitó Hunk, sorprendido— Y el general Pent... pero...

—Ahora el general está al servicio del Duque de Hert. Algunos reyes suelen escoger malos

consejeros —acercó su rostro al oído de Hunk y susurró:—. No le digas nunca que el padre de la chica a la que ama mató a su familia. Es mejor que no lo sepa.

Hunk parpadeó, con la boca abierta.

—¿Por qué?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué el Rey mandó asesinar a Grey, a su mejor caballero? ¿Por qué... ordenó asesinarte?

—No lo sé, pero nunca le eché la culpa al Rey —musitó Soronas, con amargura—. Aunque no me faltaron motivos para odiarlo. Ahora ha muerto, y sólo queda con vida uno de mis asesinos. Esta noche morirá.

—¿Y... y el príncipe? —Hunk parecía confuso— ¿Por qué le quieres salvar...?

—No me gusta hablar —repuso Soronas con acritud—. Ya he hablado lo suficiente. Lo que me queda por decir, lo hará mi espada. Ahora sube al velero con ellos y marchaos. Alejaos de Ulis, alejaos de Ulimán.

Soronas empujó a Hunk hacia el barco, que se mecía junto al muelle. El príncipe, Eliana y la sierva subieron en silencio y el guerrero ayudó a desplegar las velas. Luego saltó de vuelta al muelle y desenrolló las sogas.

—Que Adim os guíe —susurró, mientras el velero se alejaba hacia el centro del río con apenas un suave rumor, atravesando la negrura de la noche. Permaneció allí de pie un largo rato, hasta que el velero se perdió en la oscuridad, rumbo hacia el sur. Sabía que en cuanto dejaran atrás las murallas de Ulis, Hunk encendería un fanal y podrían navegar con mayor rapidez en mitad de las sombras. Ya no era problema suyo. Entonces escuchó un rumor de pasos, vio la luz de una antorcha y asió la espada con fuerza. Con la otra, apretada contra su pecho, sostenía uno de los anillos de oro que le había hurtado al príncipe sin que éste se diera cuenta. Un anillo con el blasón real de los Arin, el arquero blanco.

—¡Tú! ¿Qué haces aquí?

Eran caballeros del Duque de Hert, patrullando los muelles. Se detuvieron al ver el aspecto de Soronas y su espada ensangrentada.

—Llevadme ante el general Pent. Tengo algo que mostrarle.

—Le conozco —musitó uno de los caballeros, con temor mal disimulado—. Le llaman el Silencioso. Es un espadachín muy peligroso.

—¿Ah, sí? Pues tira la espada y levanta las manos —ordenó el sargento al mando de la patrulla, un hombre gordo y sudoroso.

Soronas hizo lo que le ordenaba y sonrió.

—Sólo quiero ver al general. Tengo una noticia que darle.

Dos guardias se acercaron, apartaron la espada y registraron sus ropas. Uno de ellos encontró el anillo de oro.

—Llevaba esto, mi sargento.

—Un anillo de los Arin —musitó el oficial. Miró a Soronas frunciendo el ceño y preguntó:—. ¿Dónde lo has robado, sabandija?

—Se lo quité a un niño muerto. Un niño rubio y con los ojos azules. Y qué curioso, se parecía al buen rey Peldas.

—Mientes.

—Llévame ante el general, y comprobaréis si miento o digo la verdad.

El sargento se rascó la cabeza y finalmente ordenó que lo maniatasen. Cruzaron a paso vivo calles que seguían igual de silenciosas y vacías, y se detuvieron ante un edificio señorial, de cuatro plantas y blasones tallados en piedra. Condujeron a Soronas al interior, y a empujones, lo llevaron hasta un pequeño salón, decorado con tapices y viejas armaduras. Un rato después, un hombre alto, de semblante severo, vestido con uniforme y espada ceñida a la cintura, entró en la estancia. Era canoso y con ojos oscuros. Soronas lo conocía desde mucho tiempo antes. El general Taras Pent, al que algunos llamaban el Carnicero de Basar. Hizo un enérgico gesto y los guardias que custodiaban a Soronas abandonaron el salón.

—Me han informado que le robaste este anillo a un niño muerto.

—Niño al que yo maté —repuso Soronas.

—¿Y por qué mataste a un niño indefenso?

—Vos y yo, general, sabemos a qué niño me refiero. Eldas Arin, el hijo menor del rey Peldas. O debería decir el difunto rey Peldas, porque al parecer no son los únicos que han muerto esta noche...

—Yo te conozco —gruñó Pent, acercándose, clavando sus ojos sombríos en los del mercenario—. Eres Soronas el Silencioso. Un vulgar ladrón y asesino.

—Alguna vez me han pagado por hacer un trabajo sucio para vos, general. ¿Recordáis a Didant, el mercader de seda? Una mañana apareció colgando del balcón de su casa, con la lengua cortada, y entonces se rumoreaba que fue por comentar que vos eráis un bastardo, hijo de una ramera.

—Ten cuidado con lo que dices, pedazo de mierda. Yo no tuve nada que ver con su muerte.

—Pues qué casualidad. Yo sí. Fui el que lo asesinó. Y el hombre que me pagó para hacerlo era uno de vuestros capitanes. El más fiel de los vuestros. Ordind, si mal no recuerdo. Creo que lo mataron en las fronteras.

Pent dio otro paso y se encaró con Soronas.

—¿Qué es lo que quieres, hijo de puta?

—Venganza —susurró Soronas, con ira. De pronto, mostró las manos libres: con habilidad aprendida a lo largo de los años se había deshecho de las ataduras. Pent retrocedió, pero en un abrir y cerrar de ojos Soronas se arrojó sobre él y lo inmovilizó contra el suelo—. No me importa si vos y vuestro amo habéis asesinado al Rey. He venido por otro asunto. Hace quince años, vos matasteis a Dudas Grey, en el lago de Valma. Le apuñalasteis por la espalda y lo arrojasteis por la borda de un navío.

—Es... mentira... yo no lo maté...

—¡Vos lo matasteis! No me hagáis repetirlo otra vez.

Una daga brilló en la mano derecha de Soronas.

—Cuando piséis el Último Infierno, decidle a los dioses que yo, Dudas Grey, os envío con ellos.

El arma se hundió en el pecho del general Pent con un chasquido. No hubo protestas ni gritos. Cuando expiró, Soronas se apartó con asco del cadáver, se puso en pie y miró a su alrededor.

Después de quince años, todo había terminado. Allí erguido, tras haber asesinado al hombre que acabó con una parte de su vida, supo que por fin había concluido su venganza. Se acercó a una de las ventanas que se abrían en el salón y observó la ciudad de Ullis, mientras recortada contra el horizonte, la silueta de una de las torres del Palacio de Murrinell seguía ardiendo. Entonces recordó una frase de su viejo amigo, el capitán Bland -“No hay canción más hermosa que la canción de las espadas”-, y con una leve sonrisa dibujada en los labios, sereno como no se había sentido en mucho tiempo, abrió los postigos, subió al antepecho y se arrojó a la oscuridad.

UN SACO DE CALAVERAS

Había estado cabalgando más días de los que podía recordar y a última hora de la tarde alcanzó a ver desde la cresta de una colina una solitaria casona de piedra al borde del camino. Cuando estuvo lo bastante cerca, le sorprendió comprobar que estaba intacta y parecía habitada. Desde el asesinato del rey Peldas a manos del Duque de Hert la guerra civil se había desatado en todas las tierras de Ulimán, y en no pocas regiones, bandidos, mercenarios y nobles sin escrúpulos se dedicaban a saquear aldeas, violar doncellas y arrasar todo lo que encontraban a su paso. En su largo periplo, el caballero Artas había visto demasiada destrucción, pueblos reducidos a cenizas, mujeres y niños degollados, campesinos y soldados colgando de las ramas de los árboles, campos sin labrar, pozos envenenados, soledad y ruina. Artas había luchado en muchas batallas, había matado a cientos de enemigos, sabía lo que era el horror, la sangre y la violencia, pero todo aquello era muy diferente. Era el pueblo el que sufría, el que se moría de hambre, el que era despojado de todos sus bienes. Cada uno de los bandos que se disputaba el trono de Ulimán no hacía otra cosa más que robar, destruir y matar a los campesinos. A gente como Artas, que nació en una aldea a orillas del río Gladon, en el seno de una familia de granjeros.

Cuando bajó del caballo, observó que la casa era una posada que respondía al nombre de “El Perro Blanco” y no era el primero en detenerse allí. En el establo contó quince caballos: había al menos una docena de caballeros, soldados regulares y algún comerciante. Tendría que andarse con cuidado: hasta el momento, había evitado comprometerse con alguno de los tres bandos que luchaban por la corona del asesinado rey Peldas. Ni su sobrino Poldas el Gordo, apoyado por los Silfos, ni el cruel Duque de Hert, ni el astuto general Brildo le inspiraban confianza, por una u otra razón. Conforme a las leyes ulimanas, Poldas el Gordo, que cuando reinaba su tío se dedicaba a emborracharse de banquete en banquete, era el legítimo heredero del trono que fundara Undas el Grande tres siglos atrás, pero todos sabían que el sobrino del rey Peldas colaboró en las masacre en la que éste, su esposa Ada y sus dos hijos fueron asesinados, junto a decenas de parientes, consejeros y escoltas en una sala del Palacio de Murrimel en una aciaga velada que el pueblo bautizó como Noche de los Lamentos. Aganas el Tuerto, Duque de Hert, cabeza de la noble familia de los Uder, emparentada con los reyes, se proclamó monarca al día siguiente, incumpliendo el pacto que había firmado con Poldas, quien no tardó en reunir su propio ejército e iniciar un conflicto que duraba ya cinco años. Al poco tiempo, el veterano general Ordas Brildo, asqueado de la crueldad y la avaricia de Aganas el Tuerto y cansado de la desidia de Poldas el Gordo, se rebeló en el sur del país con una parte de las tropas y comenzó su particular lucha por la corona. Ahora, tras cinco años de guerra, los tres bandos seguían en liza, y aunque Poldas el Gordo había visto reducidas sus posesiones hasta el pequeño feudo de Fuente Cristal, en las fronteras con el reino silfo de Gabolia, el principal aliado con que contaba, tanto él como Aganas el Tuerto, que gobernaba en la capital, Ulis, y la región noroeste, y el general Brildo, que poseía bajo su mando los señoríos del sur, seguían enzarzados en una guerra a muerte y sin cuartel, en la

que muchas regiones y comarcas vivían sumidas en el caos, y eran saqueadas por tropas de mercenarios y bandas de salteadores. Hasta aquel momento, Artas había sabido mantenerse al margen, pero era consciente de que llegaría el día en que tendría que tomar una decisión.

Cuando entró en el salón de la taberna, un espacio amplio, de suelo de madera y que olía humo, a sudor y a carne asada, Artas evaluó mentalmente la docena de hombres sentados a las mesas. Reconoció a tres mercenarios de Eliria, con brazos tatuados y grandes hachas a la espalda, que lo mismo podían estar al servicio del Duque de Hert como del general Brildo. Había un caballero sureño, en concreto del Condado de Ronto; un partidario del general, acompañado de un paje de mirada temerosa. Un comerciante ulimano, con un greñudo guerrero a su diestra con parche en el ojo que era, a todas luces, su escolta. Una pareja de soldados del Duque de Hert, que miraban con desconfianza al caballero de Ronto desde un extremo del salón, y su capitán, un hombre de cara lánguida, que conversaba con el posadero. Un arquero solitario de Brudel, tal vez un buscavidas que se había quedado sin señor que le pagara por sus servicios. Dos enanos de Montenegro que hablaban en su extraña lengua, ajenos a los demás. Y una joven sentada en un rincón, vestida con cota de malla y con una espada en el regazo. Sus ojos rasgados y su piel amarilla proclamaban que era una mujer de la lejana Saina, una guerrera-sombra. Artas había oído hablar de ellos: hombres y mujeres que eran educados para el combate desde la niñez y que jamás huían o se rendían. Se preguntó mientras se acercaba a la barra a quién serviría aquella chica.

De pronto, un hombretón vestido de negro apareció ante él y le miró de arriba abajo con cara de pocos amigos.

—Antes de que digas nada, caballero, escúchame bien. Esta posada es un lugar de paso, y como tal, no queremos problemas. Nuestro lema es bien sencillo: si tienes dinero, paga lo que vayas a comer o beber o el camastro en el que duermas, y mientras, no molestes a los demás. Me importa una mierda la guerra que se está librando en este maldito país, pero aquí no quiero que la traigáis. No quiero combates, ni duelos, ni peleas. ¿Está claro?

—Muy claro.

El hombretón asintió con la cabeza y se retiró tras la barra, donde se sentó a afilar su espada. Artas pidió una jarra de vino y tomó asiento, mientras las conversaciones se reanudaban en la posada. Viendo los distintos guerreros que allí había, le parecía increíble que el edificio siguiera en pie, pero el gigante de negro era la explicación: allí imperaba una especie de ley tácita por la que quien cruzaba la puerta olvidaba las rencillas que pudiera tener fuera, y al que se le ocurriera perturbar la calma se las tendría que ver con el guerrero. Artas sospechaba que debía ser un antiguo oficial ulimano, o un veterano mercenario que sabía que ganar dinero en aquella posada era menos peligroso que arriesgar la piel en una batalla de incierto resultado. No sabía si era el posadero el que pagaba al gigante, o al revés, pero poco importaba. Allí los combatientes de uno u otro bando, o los simples viajeros, se detenían a comer, a beber y a descansar y se olvidaban de sus luchas y azares.

Cerca de Artas, el capitán del Ducado de Hert y el posadero hablaban a media voz, pero lo suficientemente alto para que pudiera escucharlos, recordando un suceso reciente que estaba en boca de todos.

—Sí, los robaron —dijo el capitán, con desprecio—. Un miserable traidor que buscaba una fortuna. Ahora han puesto precio a su cabeza.

—¿Y se sabe cómo ocurrió?

—Fue de noche, hace ya un mes. El ladrón era un sargento que tenía acceso al camposanto de Yvan, donde enterraron al cabrón de Peldas y a su familia. Dicen que lo hizo él solo, pero yo no me lo creo. Necesitó la ayuda de alguien, eso está claro.

—¿Y qué pasó luego?

—Pues desenterró los cuerpos de ese desgraciado, de la zorra de su mujer y de los cabrones de sus hijos, cogió las calaveras y se las llevó, Y hasta el momento, nadie sabe dónde se ha metido ese hijo de puta.

—Bueno, sólo son unos huesos... No hacen daño a nadie.

—¡Y una mierda! —repuso el capitán. Miró a su alrededor, asegurándose de que nadie pudiera oírle, se acercó aún más al posadero y le susurró al oído:— Tanto el gordo de Poldas como el general Brildo han ofrecido una recompensa de mil reales de oro para el que les traiga el saco con las calaveras. Y mi señor, el rey Aganas ha ofrecido el doble para quien les traiga el jodido saco y la cabeza del ladrón.

—¡Por los dioses! —exclamó el posadero, sin darse cuenta de que varios de los presentes le estaban escuchando— ¡Mil reales por unas calaveras...!

—¡Calla, imbécil! —gruñó el capitán de Hert. Algunas cabezas se volvieron para mirarle y el gigante de negro se puso en pie con el ceño fruncido. El posadero retrocedió, asustado. Artas, sin moverse de su sitio, echó un vistazo a su alrededor y no tardó en darse cuenta de que aquello iba a acabar mal. El gigante se dirigió hacia el capitán de Hert, y sus dos soldados se levantaron a la vez. Algunos de los allí presentes echaron mano de sus espadas y puñales.

—¿Qué coño ocurre? —preguntó el hombretón, con la espada en alto.

—No... no es nada —masculló el posadero, sonriendo—. No pasa nada, Grun. El capitán Drey y yo sólo estábamos hablando...

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que hablabais, para que Drey te tenga que insultar?

—Vamos, Grun —dijo el capitán, tratando de calmar al gigante—. Nos conocemos desde hace años. Elberet y yo hablábamos de nuestras cosas...

—Dime, Drey —gruñó Grun, acercándose a él—. Háblame de esos mil reales... —hizo una pausa, miró a su alrededor al notar varios pares de ojos fijos en él y espetó:— ¿Qué estáis mirando?

Algunos rostros se apartaron, con cierto temor, pero un par de guerreros sostuvieron la mirada de Grun sin parpadear. Uno de ellos era la joven de Saina, quien acariciaba la hoja de su afilada espada al tiempo que miraba al fortachón fijamente. Grun se apartó de Drey y se encaró con la muchacha.

—¿Qué cojones miras, zorra?

Muy despacio, con absoluta calma, la sainita se puso en pie.

—Te miro a ti, piel blanca.

De pronto, el paje del caballero sureño se levantó de forma precipitada, tirando al suelo la silla, y todos le miraron. Sacó una daga de su chaleco y se alejó en dirección a la puerta de entrada.

—¿Qué demonios haces, Bifas? —inquirió el caballero al que servía, perplejo.

—¡Cállate! —gritó, con aire molesto— ¡No me hables así! Nunca más. No soy tu condenado sirviente. Estoy harto de esta mierda. Me largo de aquí.

Mientras todos le miraban, la mayoría con sus armas en alto, Artas retrocedió hacia un rincón sin llamar la atención, desenvainó su espada de acero silfo y calibró las opciones que tenía de salir con vida de aquel lugar.

El paje llamada Bifas estaba ya junto a la puerta, cuando dio un salto y cogió un pequeño saco de tela raída que descansaba bajo una ventana, entre otros bultos. Artas se percibió de la mirada que intercambiaron el capitán Drey y el posadero. Y también vio el brillo de codicia en los ojos de Grun.

—¡Un momento, chico!—bramó el guerrero.

Bifas se detuvo, apoyando la espalda contra la puerta.

—¿Qué llevas ahí, en ese saco? Vamos, enséñamelo. Sólo quiero verlo...

Grun dio un paso, con la espada en alto, y en ese instante ocurrieron varias cosas a la vez. Con dedos rápidos, el arquero de Brudel disparó un par de flechas, que se clavaron en el pecho de un asombrado Bifas. Al mismo tiempo, el posadero dio un grito, el capitán Drey se arrojó sobre el caballero sureño y los mercenarios de Eliria se enzarzaron en combate con los dos Enanos. Artas retrocedió con la pared a la espalda, sin perder de vista a las dos personas más peligrosas que había en el salón: Grun y la guerrera-sombra. El primero corrió hacia el paje muerto, que se había derrumbado junto a la puerta, matando en el camino a uno de los caballeros de Hert, y al agacharse para recoger el saco, una calavera blanca como la cera rodó por el suelo. Todos la miraron boquiabiertos, como si se tratara de una olla repleta de oro.

—¡Por todos los dioses! —exclamó el posadero desde detrás de la barra— ¡Es la calavera del rey Peldas! Era cierto...

Artas miró el cráneo, y en especial la dentadura: el brillo de una muela de oro le convenció de que se trataba del rey Peldas. Todo el mundo en Ulimán sabía que el fallecido monarca tenía un diente de oro.

Grun se arrojó sobre la calavera, y se tropezó con Drey, que había matado al caballero sureño. Artas observó que había cada vez más muertos en el salón: uno de los mercenarios elirianos, el comerciante y el otro soldado del Ducado de Hert. Siete muertos y siete vivos. Artas miró a su

derecha y vio a una mujer asomándose por la puerta de la cocina, y acto seguido, retirándose horrorizada. Debía de ser la esposa del posadero. Oyó un grito, y vio caer destripado a uno de los Enanos. Grun y Drey combatían cerca de la entrada, mientras los mercenarios acosaban al Enano que quedaba con vida, y el ceñudo escolta del comerciante trataba de acercarse al saco, abandonado al pie de una mesa, después de decapitar al arquero de Brudel. No alcanzó ni siquiera a tocarlo: como una centella, una espada semejante a un rayo emergió de la nada y atravesó la cabeza del infortunado guerrero. Artas ahogó una exclamación de asombro: era la joven de Saina, que había surgido de entre las sombras con una agilidad pasmosa. Artas sintió un escalofrío al mirar los ojos rasgados de la mujer: en su vida sólo había visto una mirada igual de fría. Justo en ese instante, los dos mercenarios elirianos abatieron al otro Enano y se abalanzaron sobre el saco, que la joven sainita defendió con ferocidad. Artas se sintió fascinado por el modo de luchar de la chica, que en pocos minutos mató a uno de sus adversarios y dejó malherido al otro. Luego, se volvió para mirarle otra vez. Sin dejar de hacerlo, se inclinó para recoger el saco con las calaveras, vaciló durante un instante y entonces volvió a dejarlo en el suelo.

—No vale la pena morir por unos huesos —espetó. Dio media vuelta y se marchó de la posada.

Artas observó el desenlace del combate entre Drey y Grun, que gruñían y maldecían mientras se golpeaban con sus espadas. Tras la barra, Elberet, el posadero, decidió que ya se había arriesgado demasiado tiempo quedándose allí y huyó con su esposa en mitad de la noche. Ahora, entre decenas de cadáveres, sólo quedaban tres hombres con vida. Y un saco de calaveras que valía una fortuna.

Drey hirió en el brazo a Grun, y aprovechando que éste retrocedía, miró a Artas.

—¡Maldita sea! Caballero, deja de mirar y ayúdame. Eres de los míos, ¿verdad? Pues ven y matemnos juntos a este hijoputa...

—Intentadlo —farfulló Grun, con rabia.

—Te equivocas en una cosa, capitán —dijo Artas—. No soy de los tuyos, ni nunca lo seré.

—¿Qué...?

Fue sólo un instante, pero a Grun le bastó. Drey bajó la guardia al mirar a Artas y entonces Grun se desplazó hacia adelante, alzó la espada y la incrustó en la cabeza de su adversario. La sangre salpicó su cara, y el cuerpo del capitán se estremeció con un violento espasmo antes de derrumbarse en el suelo. Grun se apartó, limpió la hoja de la espada en las ropas del muerto y echó un vistazo a su alrededor.

—Vaya carnicería, ¿eh? Ni la batalla de Cronton...

Artas guardó silencio y observó a Grun de hito en hito.

—Mira, voy a ser sincero. Quiero esas putas calaveras, y te arrancaré el puto corazón del pecho si te interpones en mi camino. ¿Te ha quedado claro?

—No.

Grun arrugó el ceño y sacudió la cabeza.

—Maldito idiota. ¿Qué coño no has entendido?

—El problema no es si lo he entendido —Artas avanzó un paso y levantó la espada ante su rostro—. El problema es que yo también quiero esas calaveras, y tú te has puesto en medio.

—Estás muerto, pedazo de mierda. Muerto y enterrado.

Grun se arrojó contra Artas, pero estaba cansado y herido, y le cegaba la ira. En cambio, Artas estaba sereno y en plenitud de fuerzas. Era un veterano del ejército ulimano, curtido en mil combates, y como tal se limitaba a detener los golpes de su contrincante y esperar su momento. Ofuscado, Grun le insultaba, escupía saliva con cada palabra, jadeaba, gruñía. Artas, en silencio, le miraba a los ojos mientras su espada subía y bajaba, veloz como un águila cazando una presa.

Tras varios minutos de reñida lucha, Grun comenzó a sentirse fatigado, y Artas supo que su momento había llegado. Esquivó dos ataques de su enemigo, se desplazó a un lado y buscó con su espada el cuello de toro del gigante. El acero atravesó la carne, desgarrando la garganta del guerrero, y un caliente chorro de sangre bañó el suelo. Artas dio un paso hacia atrás, y Grun cayó de rodillas, pero en un último esfuerzo, desangrándose como un cerdo en un matadero, movió su brazo derecho e hirió en un costado a su oponente. Artas gritó y decapitó al gigante. Se apoyó en una mesa cercana y se tocó la herida: era profunda y no dejaba de sangrar. Para su desgracia, le había alcanzado en algún órgano vital.

—¡Dioses! No es posible...

Buscó un trapo con el que taponar la herida, bebió un largo trago de una botella de licor y luego cogió el saco. En su interior vio que había cuatro calaveras intactas: el rey Peldas, la reina Ada y los príncipes Aldas y Eldas, los últimos miembros de la dinastía Arin. Artas imaginó que el tal Bifas habría sido el autor de la profanación de la tumba donde yacían los cuerpos de la familia real, o tal vez le robó las calaveras a quien lo hizo. Poco importaba ya eso. Ahora, estaban en su poder. Artas tomó el cráneo del desgraciado rey y lo besó con reverencia. Recordó todas las ocasiones que había conversado con él, las veces que cabalgaron y lucharon juntos, las veces que compartieron comidas y fiestas. Un buen rey, un buen hombre. Y la bella Ada, tan atenta como inteligente. Y sus dos hijos, a los que vio crecer y enseñó el arte de la lucha con espadas. Todos ellos fueron una familia para él, para Artas Gando, comandante de la Guardia Real, el mejor amigo del rey Peldas y su familia. Mientras salía de la taberna y montaba en su caballo a duras penas, recordó la aciaga noche en que los hombres del Duque de Hert masacraron a traición a la familia real y a sus allegados, en mitad de una tranquila cena. Artas se llevó por delante a siete soldados, pero no pudo impedir el asesinato de los reyes y de sus hijos; le hirieron gravemente y le dieron por muerto. Nadie se preocupó de comprobar que le quedaba un hilo de vida. Lo arrojaron a una fosa, de la que logró salir con no poco esfuerzo. Huyó en mitad de la noche y lejos de Ulis, en una cabaña remota, se recuperó de sus heridas y se juró a sí mismo que no olvidaría el terrible crimen de Aganas el Tuerto.

Ahora, después de casi cinco años, por fin daría descanso al rey Peldas y su familia.

Cruzó un espeso bosque casi a ciegas y se detuvo en un claro iluminado por las estrellas. Se dijo que aquel era un buen lugar. Cavó un hoyo como pudo, mientras la vida se le escapaba por la herida del costado, y allí enterró las cuatro calaveras, envolviéndolas en un paño que tenía el

emblema de Ulimán bordado con hilo de oro. Luego, se sentó sobre la tierra húmeda, apoyó la cabeza contra las rodillas y esperó a que la muerte viniera a su encuentro.

LA DECISIÓN DEL VERDUGO

Llamaron a la puerta cuando el agua todavía goteaba de los aleros de los tejados, después de una noche de intensa lluvia, y el alba apenas se adivinaba en el horizonte, más allá de las murallas de la ciudad. Golpearon la puerta dos, tres veces, y entonces *Armo*, tumbado al pie de la cama, levantó la cabeza y ladró. Fue entonces cuando Filas Torkkin se despertó.

—¿Qué demonios pasa, chico?

Se puso unos pantalones sucios y una camisa mal remendada, acarició la cabeza del perro, que gruñía en dirección a la puerta, y le susurró unas palabras amables. Luego le ató la correa a la pata de la cama, cruzó el salón en penumbra, con los rescoldos de la chimenea convertidos en frías cenizas, y abrió la puerta. Al otro lado del umbral había dos hombres, un oficial ulimán de barba pelirroja y con una cicatriz en la frente, sobre el ojo derecho, y un soldado con gesto malhumorado. La calle estaba vacía, con el pavimento cubierto de charcos de agua, y una brisa fría se coló en la casa de Filas.

—Vístete, Torkkin —espetó el oficial, con un gruñido seco. Filas ya lo conocía: era el capitán Bastor, uno de los hombres de confianza del rey Poldas el Gordo. Hacía pocos años, Bastor, al que apodaban el Cicatriz, había servido al general Brildo y a los Uder, pero una oportuna bolsa de dinero y varias promesas por parte de los Silfos le hicieron cambiar de bando. Ahora, en los reducidos dominios en los que reinaba Poldas después de cinco sangrientos años de guerra civil en Ulimán, Bastor era la mano derecha del general Glunt, la máxima autoridad después del abúlico y débil Rey, al que muchos consideraban un mero títere en manos de los Silfos de Gabolia, a quienes sólo les interesaba poseer las valiosas minas de oro de Fuente Cristal, en cuya principal ciudad, Spel, había instalado Poldas su caricatura de corte. Torkkin, verdugo del reino de Ulimán durante los últimos quince años, había acompañado a Poldas el Gordo desde el asesinato de su tío, el rey Peldas, que desencadenó la guerra civil, y allí en Spel había vivido ese lustro teñido de sangre, de destrucción y de peste. A poca gente le importaba que Filas el verdugo, la persona más despreciable del país, obligada a portar siempre un jubón negro para que nadie olvidase cuál era su oficio, hubiese tomado partido por Poldas el Gordo, y allí en Spel, como en Ulis, era un hombre invisible, a quien nadie miraba a la cara, a quien nadie dirigía la palabra excepto los oficiales que les daban órdenes, un hombre del que todos se apartaban al cruzarse con él en la calle y a quien nadie en su sano juicio estrecharía la mano. Peor que un leproso, Filas el verdugo había aprendido a vivir entre el desprecio y el desdén de todos sus vecinos.

—Date prisa —dijo Bastor, con impaciencia—. Tienes trabajo.

Filas se rascó la enmarañada barba negra salpicada de canas.

—¿A quién hay que ejecutar?

—Lo sabrás cuando estemos en el palacio —repuso Bastor, de mala gana. Desde el interior de la humilde casa, *Armo* empezó a ladrar al capitán con manifiesta rabia. Éste echó un vistazo al perro, luego a Filas y dijo:—. Y otra cosa, verdugo. La próxima vez que ese saco de pulgas vuelva a ladrarme de ese modo, le abriré la barriga y le sacaré las tripas.

Filas guardó silencio. Hacía ya demasiados años que había aprendido a morderse la lengua. Sabía dónde estaba su lugar en aquel laberinto de intrigas en el que se había convertido la pequeña corte del rey Poldas, y se limitaba a obedecer órdenes y a hacer su trabajo, como había hecho durante quince años. Su padre, Silas, y su tío también habían sido verdugos de la Corte de Ulimán, y su abuelo antes que ellos; durante más de cien años los Torckin habían ejercido un oficio siniestro que generaba el desprecio de los ciudadanos, pero siempre habían hecho lo que les ordenaban. Y Filas pensaba que él no podía ser una excepción. Miró al capitán Bastor y asintió con un gesto.

—Dadme unos minutos.

Se vistió con parsimonia, poniéndose unas botas de piel de ante, calzas negras y un jubón oscuro con el emblema de Poldas el Gordo bordado sobre el pecho: una torre blanca bajo tres estrellas. Cogió su hacha de acero, el arma que durante más de un siglo los Torckin habían empleado para decapitar a bandoleros, asesinos y enemigos de Ulimán, y antes de irse, echó de comer a *Armo*, que le lamió las manos con gratitud.

—Pórtate bien, chico.

Salió a la calle y después de cerrar con llave la desvencijada puerta de su casa, siguió a Bastor y al soldado que le acompañaba. Las luces del alba se dibujaban entre las nubes bajas, y los primeros campesinos salían de sus casas cargados con los aperos de labranza y a lomos de sus burros en dirección a sus huertos, fuera de las murallas. Se cruzaron con una patrulla de guardias armados con lanzas, cuyo alguacil intercambió un breve saludo con Bastor. Hasta el momento, las tropas aliadas de los Silfos de Gabolia y los hombres de Poldas el Gordo habían logrado mantener alejada la guerra de Spel y las ricas tierras de Fuente Cristal, pero Filas el verdugo se preguntaba cuanto tiempo duraría tal situación. Tanto el general Brildo como el duque Aganas el Tuerto, que se hacían llamar reyes legítimos de Ulimán, mantenían bajo su poder grandes extensiones de territorio, y contaban con numerosas huestes, a pesar de los cinco años de despiadada guerra, durante los cuales se habían librado sangrientas batallas con cuantiosas bajas por ambas partes y se habían cometido terribles matanzas, saqueos y pillajes. Y si era cierto el rumor que corría por Spel en esos días, Aganas el Tuerto, otrora aliado de Poldas el Gordo, enloquecido por la desaparición de su única hija, la bella Eliana, había sellado una alianza con los piratas de Rocasal y su terrible rey, un hechicero del que se decía que era capaz de convocar a los muertos. A Filas el verdugo, acostumbrado a las realidades de una vida dura y sin concesiones, la magia le sonaba a historias fantásticas narradas a la luz de una hoguera, y no le daba mayor crédito a tales rumores que, por otro lado, eran propios de un reino desgarrado por la guerra. También se decía que alguien había robado las calaveras del asesinado rey Poldas y su familia de la fosa común en la que habían sido enterrados y que Aganas el Tuerto ya había ofrecido una notable recompensa por los cráneos. Rumores, al fin y al cabo.

En silencio, con Bastor y su hombre caminando algo apartados de Filas, recorrieron parte de la ciudad que empezaba a despertar, y tras cruzar el alto muro que rodeaba el palacio-fortaleza de Valador, residencia del rey Poldas el Gordo, vigilado estrechamente por guardias musculosos y mal encarados, entraron en el edificio por un portón secundario. Filas supuso que le llevarían a una plazuela interior, que se abría entre varias torres, un lugar que desde antaño había sido escenario de ejecuciones a las que no se permitía asistir al populacho; para estas ya existía la Plaza de la Picota, en el barrio alto de Spel. Poldas el Gordo prefería aquel patio empedrado en el interior de su inviolable palacio, al que sólo accedían los doscientos soldados que componían su guardia personal y sus consejeros más íntimos, entre los que se contaban el capitán Bastor y Laifin Aifinath, un enviado especial del rey Onain de los Silfos de Gabolia, un guerrero con fama de valiente. Desde que Filas el verdugo llegase a Spel, junto al séquito y las tropas de Poldas el Gordo que habían huido de Ulis, la capital, eludiendo el cerco del ejército del Duque de Hert, todas las ejecuciones que había llevado a cabo, la mayoría de malhechores y simples bandidos, aunque se había dado el caso de dos o tres oficiales desertores capturados en combate, fueron en aquel patio rodeado de torres, al que daban desde entonces el nombre de Patio de la Sangre, ante la presencia de una docena escasa de nobles y cortesanos, y algún batallón de la guardia personal del Rey, los temibles Encapuchados, a los que llamaban así por llevar casi siempre el rostro oculto bajo capuchas grises. A Filas el verdugo esos soldados embrutecidos por la guerra, fieles a Poldas hasta la muerte, le recordaban a él mismo, y pensaba que tal vez esa había sido la intención inicial del rey, que el pueblo temiese a sus escoltas como a unos verdugos. Aunque en el caso de Filas ese temor fuese acompañado de desprecio.

Cuando cruzaron una verja de hierro y descendieron un tramo de escaleras precedidos por una pareja de guardias, Filas supo que no se dirigían al Patio de la Sangre. Iban hacia abajo, hacia las mazmorras. Y una vez más, se guardó sus preguntas y no dijo nada.

Llegaron a una sala abovedada, con el suelo cubierto de paja sucia e iluminada por antorchas que colgaban de los muros. Era un lugar frío y húmedo, que olía a sudor y a orina. El capitán Bastor se unió a otros dos oficiales con uniforme que miraban con interés una celda concreta, en cuyo interior en sombras Filas alcanzó a ver una figura postrada en el suelo. El verdugo conocía a ambos comandantes, otros dos hombres de confianza del rey Poldas desde primera hora: uno, calvo y entrado en carnes, con ojos pequeños, era el general Tirtas Glunt, veterano de los tiempos del rey Feldas, padre de Peldas, un valiente militar que había luchado junto a otros generales como Pent, el Carnicero de Basar, o Brildo, ahora conocido como el rey Ordas IV. El otro era más joven, de gran estatura y ancho de hombros, un gigante de mandíbula cuadrada y gesto feroz: el comandante Indas Lott, jefe de los Encapuchados, una bestia sanguinaria de quien se decía había degollado al rey Peldas la fatídica noche en que los Arin fueron exterminados. Si había alguien en todo Spel al que Filas temía de verdad, ese era Lott.

Mientras Bastor hablaba con Glunt y con Lott, Filas el verdugo echó un vistazo al hombre encerrado en la celda, con una bolsa de arpillera en la cabeza. Había algo en su aspecto, en su cuerpo obeso y sus manos gordezuelas, que le recordaba a alguien conocido. Una idea le cruzó la mente y le hizo sentir un amargo regusto en el paladar.

—En fin, no hagamos esperar más a nuestro prisionero—dijo el general Glunt, cuya potente voz no parecía casar con su extremada vejez. Bastor asintió con la cabeza y le hizo un gesto a uno de

los Encapuchados que había allí. Éste abrió la puerta de la celda, y con la ayuda de otro guardia, sacaron a empujones al preso de la cabeza cubierta, que trastabilló con torpeza y cayó al suelo cuan largo era. Uno de los guardias le agarró con rudeza del brazo y le obligó a levantarse.

—Descúbrele la cabeza —ordenó Glunt. Mientras un Encapuchado hacía lo que le decían, Filas se percató de que Bastor le observaba con el ceño fruncido, como si evaluara su reacción. El verdugo tragó saliva y apretó el mango del hacha. Entonces miró al prisionero y ahogó una exclamación de asombro.

A un metro de él, vestido con harapos sucios, con barba de tres días y gesto de pánico, el rey Poldas el Gordo temblaba a la escasa luz de las antorchas. Durante un instante, Filas estuvo tentado de hincar una rodilla en el suelo, como había hecho cada vez que había comparecido ante la presencia del monarca, y al segundo siguiente, quiso preguntarle al general Glunt qué significaba aquello, qué hacía allí el legítimo rey de Ulimán, maltratado y humillado, vestido con un mísero sayal propio de un esclavo, encerrado en una oscura celda como un vulgar ladrón. Pero Filas el verdugo había aprendido a guardar silencio y a obedecer, y se limitó a mantener una expresión de fría indiferencia. El capitán Bastor pareció satisfecho por el gesto de Filas y clavó su mirada en Poldas.

—Majestad, sed bienvenido —dijo Glunt, con un tono de evidente sarcasmo—. Temo que las circunstancias no sean las más adecuadas y el lugar resulte de lo más...inapropiado para vos, pero la situación ha cambiado.

—¿Qué demonios...? —balbuceó Poldas, mirando en derredor, confuso y asustado—. ¿Qué...demonios...?

—No hay aquí ningún demonio, Majestad. Sólo nosotros y vos. Y creo que a partir de este momento, habéis dejado de ser el rey de Ulimán, si es que alguna vez llegasteis a serlo.

—Yo...soy...el Rey —susurró Poldas, con una voz que sonó ridícula.

—Os equivocáis. Ahora yo soy el Rey. Y os dirigiréis a mí como tal.

Poldas tragó saliva y cayó de rodillas al suelo. Frente a él, Filas el verdugo procuró no alterar su gesto impassible.

Glunt sonrió y dio un paso en dirección a Poldas.

—El pueblo se ha cansado de vos, Poldas el Gordo. Está harto de vuestra estupidez y vuestra gula, y ni qué decir tiene que también de la guerra. Y si la gente no está contenta, ni yo ni mis compañeros lo estamos. Por no hablar de los Silfos, gracias a cuya alianza no hemos sido todavía derrotados por completo por nuestros enemigos. No, la guerra todavía no ha terminado, y el buen rey Onain considera que tenemos oportunidad de vencer, si somos más listos que nuestros adversarios y golpeamos con presteza y antes que ellos. Mis colegas y yo compartimos su opinión —hizo una pausa y se inclinó hacia adelante—. Del mismo modo que pensamos que vos, Poldas el Gordo, ya no podéis seguir ciñendo la corona de Ulimán ni dirigir el ejército. Vuestro reinado ha llegado a su fin.

Poldas, incrédulo, no acertó a decir nada coherente. Buscó ayuda con sus ojos aterrados en el

comandante Lott, que hasta el día anterior había sido uno de sus oficiales más fieles, el hombre que le escoltaba a todas horas, la sombra que le seguía sin descanso, dispuesto a protegerle y obedecerle sin rechistar. Lott intercambió una breve mirada con el rey, y Filas el verdugo captó un matiz de desprecio en los ojos del gigante. Sin pronunciar palabra, Lott le había mostrado a Poldas que ya no estaba bajo sus órdenes.

—Esto...esto es una traición...

El general Glunt miró a Poldas y sonrió.

—Y vos traicionastéis a vuestro tío, así que estamos en paz.

Se volvió hacia el capitán Bastor, quien observaba la escena con los brazos cruzados y alzó una mano con desgana.

—En nombre de las leyes de Adim y las leyes de los hombres, os condeno a vos, Poldas Arin, llamado el Gordo, Duque de Pelton, a morir decapitado, acusado del destronamiento y el asesinato del legítimo rey de Ulimán, Peldas II.

Poldas palideció y abrió la boca, pero no llegó a decir ni una sola palabra. Bastor miró a Filas el verdugo y éste comprendió que había llegado su momento. Así que era eso; para esto habían venido a buscarle a su casa esa mañana fría y desapacible. No se trataba de ejecutar a crueles salteadores de caminos y criminales, o a algún desertor que había traicionado la causa de Poldas, como había hecho desde su llegada a Spel; en esta ocasión, tenía que ejecutar al hombre al que había obedecido en los últimos cinco años, la persona a la que había jurado lealtad como rey legítimo de Ulimán, heredero del mítico Undas, a su amo y señor. Cogió el hacha con manos sudorosas y avanzó hacia el centro de la tétrica sala subterránea, donde dos Encapuchados acababan de colocar un tajo de madera, frente al cual obligaron a arrodillarse a empujones a un atemorizado Poldas.

—Verdugo —ordenó Bastor, con voz estentórea—. Cumple la sentencia.

Filas se adelantó con aire resuelto y recordó las incontables ocasiones en que había repetido aquel ritual. Una plaza abarrotada de gente gritando, o un silencioso patio cercado por muros, un prisionero de rodillas frente a un tocón de madera o un vasto bloque de piedra, una pareja de guardias de rostro imperturbable, el hacha en su mano, la misma arma que habían utilizado generaciones de Torkkin, un acero fabricado por los mejores herreros de Ulis, los mismos que forjaron la espada *Elirum*, dos, tres, cuatro pasos cortos, una pausa, el condenado a muerte que agacha la cabeza y la apoya en el tajo, asustado u orgulloso, Filas que toma posición, separa las piernas, levanta el hacha, respira hondo, y recuerda las palabras de Silas, su padre, el verdugo que sirvió a cuatro reyes, el ejecutor que decapitó a más de seiscientos prisioneros, el hombre que acabó con la vida del legendario Rolas Faraddin, el hijo bastardo del rey Milas, las palabras que guardó en su memoria y que se repite a sí mismo antes de cada ejecución, como una oración, «el hombre que empuña el acero tiene el mundo entre sus manos, porque el acero siempre tiene razón, el acero no miente, el acero es la ley».

Filas el verdugo contuvo el aliento, con el hacha de sus ancestros entre las manos, observado atentamente por la docena de Encapuchados, el general Glunt y el comandante Lott. Las antorchas

de las paredes y las que empuñaban algunos de los guardias daban un aspecto fantasmal a la escena, con Filas erguido junto al orondo Poldas, que sollozaba con las manos atadas a la espalda, el hacha alzada sobre su cabeza, a punto de caer sobre el cuello sudoroso del que había sido Rey de Ulimán durante cinco años de guerra.

—¿A qué esperas, verdugo? —masculló Bastor, con rabia— Córtales la cabeza.

Filas continuó inmóvil, en la misma postura previa a descargar el golpe fatal que había repetido cientos de veces en tantos años, observando el cuerpo tembloroso de Poldas el Gordo, como si se hubiese transformado en una estatua de sal. Y allí de pie, recordó los rostros y las voces de los casi trescientos prisioneros a los que había ejecutado a lo largo de su vida, ojos que miraban con rabia o con miedo, que lloraban o daban lástima, bocas que se negaban a hablar, que gritaban, que susurraban plegarias o maldecían en voz baja, caras aterradas, confusas o enfadadas, hombres que juraban venganza o le perdonaban, que blasfemaban o se arrepentían, que se alegraban de morir o deseaban con todo su corazón volver a abrazar a la mujer que amaban. Y Filas el verdugo escuchó de nuevo en su cabeza las palabras de su padre, Silas Torkkin, al que en una ocasión, contraviniendo todas las tradiciones, el rey Aldas el Bueno permitió sentar a su diestra durante un banquete en el Palacio de Murrimel, y por un breve instante apartó la vista del atemorizado y destronado Poldas el Gordo, y la clavó con fría resolución en el airado rostro del capitán Galas Bastor, el Cicatriz.

«El hombre que empuña el acero tiene el mundo entre sus manos, porque el acero siempre tiene razón, el acero no miente, el acero es la ley».

—¡Maldita sea, Torkkin! ¡Decapita a ese cerdo de una jodida vez!

Filas el verdugo permaneció tan quieto y rígido como las paredes de piedra rezumantes de humedad que le rodeaban, alzó la mirada y entonces se desató la locura. Como si su cuerpo fuese manejado por una entidad invisible ajena a su voluntad, se movió con la agilidad de un saltimbanqui, el hacha osciló en su mano con un brillo fugaz y se hundió en el cuerpo de uno de los Encapuchados que vigilaban a Poldas el Gordo. Antes de que los demás guardias reaccionasen, el hacha de Filas el verdugo, convertida en un arma mortífera que se movía a una velocidad endiablada, decapitó al otro Encapuchado, destrozó la cabeza de otro centinela y arrancó de cuajo el brazo de un tercer soldado, cuyos gritos de dolor inundaron la cárcel subterránea. Paralizado por la sorpresa, el general Glunt fue incapaz de dar ninguna orden y tampoco acertó a defenderse. Filas mató al guardia que chillaba como una chica violada por varios hombres, derribó al escolta del veterano general y mirando a los ojos grises de éste, le incrustó su hacha en el pecho, justo donde lucía varios medallones de oro que colgaban de su cuello, condecoraciones al valor recibidas a lo largo de una exitosa carrera. Con los ojos en blanco, Tirtas Glunt escupió un borbotón de sangre, cayó de rodillas y dio unos inútiles manotazos en el aire, al tiempo que en el suelo se formaba un amplio charco de sangre.

—¡Matadle! —rugió el comandante Lott, corriendo hacia Filas— ¡Matad a ese cabrón! ¡Vamos!

Los cinco Encapuchados que quedaban vivos en la mazmorra se arrojaron sobre Filas, con las espadas desenvainadas, pero el verdugo se había transformado en un asesino sin piedad, y con el rostro cubierto de sangre ajena, con una sonrisa cruel dibujada en los labios, con los ojos

semejantes a brasas fulgurantes, se revolvió al ver llegar a sus atacantes y segó una cabeza con un movimiento veloz. El hacha ensangrentada se agitó como una guadaña, atravesó el cuello de otro guardia, rompió huesos y cortó la carne de un segundo centinela y luego bailó en las manos de Filas para destrozar las piernas de otro guardia, que se desplomó sobre la paja del suelo como un muñeco de trapo. Una espada le abrió una herida en el brazo derecho y Filas aulló, enloquecido. Dio un salto y el hacha cayó con la fuerza de una maza sobre el cráneo de otro Encapuchado, astillando los huesos como si fueran ramitas secas. Una nube agobiante de sangre cubrió los ojos de Filas el verdugo, y con un torpe gesto, se limpió la cara con el dorso de la mano. Vio que el comandante Lott, una mole monstruosa, rugiendo como una bestia malherida, se abalanzaba sobre él. Retrocedió buscando la seguridad de un muro y tropezó con un cadáver mutilado. Rodó por el suelo, cubriéndose de paja sucia y manchada de sangre todavía caliente, y la espada de Lott cayó a su lado, rozándole la cara. Se puso en pie con dificultad y entonces Lott se arrojó contra él, con una lluvia de golpes de una violencia terrible; la espada era un rayo en las manos de Lott y caía una y otra vez sobre el hacha de Filas, haciendo temblar todo su cuerpo. Entonces Filas el verdugo sintió que, una vez más, su propio cuerpo dejaba de obedecerle, y que el hacha se movía a mayor velocidad de la que él podía percibir. Ahora danzaba a la tenue luz de las antorchas, sobre la mugrienta paja y los Encapuchados muertos, ejecutaba un baile ancestral teñido de sangre, su hacha se movía a un ritmo frenético, dibujaba complicados símbolos en el aire buscando la carne de Lott, con cada paso se acercaba un poco más, arrancaba chispas de la espada de su contrincante, se hundía en el suelo, mordiendo la piedra y levantando la paja, machacando los cuerpos de los desgraciados que yacían muertos, mellando los barrotes de herrumbroso acero de las celdas, hasta que el comandante Indas Lott, el líder de los Encapuchados, el asesino del rey Peldas, el guerrero implacable que había sembrado de cadáveres su vida, sintió cansancio, se vio asaltado por un miedo que creía ya olvidado, y cometió un error. Y entonces Filas el verdugo levantó su hacha y con un grito triunfal, la dejó caer, un relámpago invisible e implacable, y con un sonoro chasquido, segó la cabeza de Lott y se incrustó en el cuerpo del gigante. Abatido por una repentina fatiga, Filas soltó el hacha e hincó las rodillas en el suelo. No había hecho más que bajar la cabeza, cuando sintió el frío filo de una espada en el cuello.

—Se acabó el baile, verdugo. Estás muerto.

Filas levantó la mirada y observó de reojo la figura atlética del capitán Bastor, ataviado con una cota de mallas y con una sonrisa de suficiencia en su rostro curtido por las batallas.

—¡Vaya, es sorprendente! Tú solito te has cargado a diez Encapuchados, al comandante Lott y al general Glunt. Quién lo iba a decir. El verdugo que siempre obedece y nunca abre la boca. Ahora, dime, por la sangre de Adim, ¿qué coño ha pasado en tu cabeza para que hayas montado esta carnicería?

Filas el verdugo se negó a responder. Muy atento, fijó su mirada en el hacha ensangrentada que descansaba ante sus pies. Pensó en las palabras de su padre.

—Aunque, fíjate, Torkkin. Has hecho algo bien: me has ahorrado mucho trabajo. Te has cargado al rey y a su mano derecha. Como se suele decir, me has abierto el camino para ocupar el trono de Ulimán.

Desde un extremo de la mazmorra, agazapado en el suelo entre cadáveres, Poldas el Gordo

lanzó un quejumbroso lamento. Bastor le observó con desdén.

—Has matado a toda esta gente por ese gordo seboso, ¿me equivoco? Todo ha sido por él. Por tu rey. Qué lealtad tan conmovedora.

Bastor hizo una pausa y se inclinó junto al oído de Filas.

—Te equivocaste, verdugo. Tu rey va a morir, y tú con él. Así son las cosas. Yo seré el nuevo rey, ganaré esta maldita guerra y seré coronado en Ulis.

Una vez más, Filas el verdugo guardó silencio. Allí arrodillado, con las manos empapadas de sangre, sintiendo la gelidez de la espada del capitán Bastor en el cuello, consciente de lo que había hecho, se sorprendió de su propia audacia. Nunca hubiera imaginado, en sus largos años de trabajo, al servicio del rey Peldas y luego de su sobrino Poldas el Gordo, que llegaría a desobedecer una orden y a levantar su hacha contra sus superiores. Pero lo había hecho, había tenido un brevísimo instante de lucidez y en su corazón había sentido que aquello era lo correcto, lo justo. Detener a los Encapuchados, impedir la ejecución, matar al general Glunt. Observó a Poldas, que seguía acurrucado en el suelo, cubriéndose la cabeza con las manos, suplicando por su vida. Toda esa masacre la había hecho por él. Cerró los ojos y suspiró.

—Matadme de una vez.

—Por supuesto que te mataré, verdugo —replicó Bastor, con voz fría.

Filas el verdugo supo que su final había llegado. Inspiró aire, apretó los puños contra su cuerpo y agachó la cabeza, como si ofreciera su muda sumisión a un dios invisible. Como centenares de víctimas a las que había despojado de la vida, iba a tener un destino idéntico. Y mientras aguardaba el instante fatal, sólo lamentó dejar a su fiel *Armo* desamparado, sin dueño y sin hogar. Lo más seguro era que, cuando Bastor le cortara la cabeza, ordenara matar también a su perro y quemar su pobre vivienda hasta los cimientos.

—Capitán Galas Bastor, detén tu mano.

Filas el verdugo abrió los ojos y alzó la cabeza. En la entrada de la sala, entre las sombras, se erguó una persona alta y esbelta, con una espada en la mano. Dio un paso hacia delante y Filas vio su indumentaria y sus rasgos. De piel pálida y ojos grises, vestido con una túnica de lino ceñida al cuerpo que mostraba un halcón plateado bordado en el pecho, se trataba de un Silfo, y Filas sabía quién era en concreto: Laifin Aifinath, el legado del rey de Gabolia en la corte de Poldas el Gordo.

El capitán Bastor se giró y observó al recién llegado con cierto recelo.

—Caballero Aifinath. Debéis disculparme, pero ha ocurrido una desgracia.

—Sé lo que ha ocurrido —repuso el Silfo, avanzando con pasos silenciosos—. Sé que Filas Torkkin ha matado al general Glunt, al comandante Lott y a todos estos guardias. Y sé que lo ha hecho para salvar la vida del rey Poldas.

Al decir esto, se acercó al lugar donde el aliado de los Silfos continuaba hecho un ovillo, sollozando asustado, se agachó a su lado, le liberó de sus ataduras y lo ayudó a levantarse.

—No es necesario que me déis explicaciones, capitán Bastor. Me hago una idea de los acontecimientos.

—¿Y qué pensáis hacer con él? —preguntó Bastor, señalando a Poldas el Gordo, que miraba aterrado a su alrededor— Vos sabéis tan bien como yo que Su Augusta Majestad, el rey Onain, no está contento con la forma de gobernar de Poldas...

—Que yo sepa, capitán Bastor, Su Majestad el rey Poldas no ha sido despojado todavía de sus títulos. Os rogaría que le llamaráis como se merece.

Bastor frunció el ceño, contrariado, y la cicatriz que le surcaba la frente adquirió una tonalidad rojiza.

—Como decís, capitán Bastor, Su Augusta Majestad el rey Onain, a quien lealmente sirvo como legado, no se muestra muy partidario del modo en que su buen amigo, el rey Poldas, ha conducido las tropas de Ulimán en este lamentable conflicto, defendiendo los legítimos intereses del pueblo. No os ofendáis, Majestad, y os ruego que disculpéis mis palabras.

—No...importa...—masculló Poldas, todavía confuso.

—Pero no me negaréis, capitán Bastor, que las circunstancias tienden a cambiar, y las opiniones de los Hombres y de los Silfos suelen hacerlo también. Y si es el deseo de Su Augusta Majestad que nuestro estimado aliado, vuestro rey, no lo olvidéis, capitán, se siente en el trono de Ulimán, aunque tenga que ser tan lejos de Ulis y en un palacio de menor categoría y esplendor que el de Murrimel, yo obedezco sus deseos como el más fiel de sus súbditos.

—Entiendo, caballero Aifinath —susurró Bastor, aunque Filas vio en su mirada que no estaba muy conforme con aquel súbito cambio de planes.

—Su Majestad el Rey espera que renovéis vuestro juramento de lealtad —dijo el Silfo, con una leve sonrisa dibujada en los labios. A Filas le dio la sensación de que disfrutaba humillando al capitán Bastor.

El oficial, tras unos instantes de vacilación, se arrodilló en el suelo, apoyando las manos en la espada, y con la cabeza gacha, pronunció la fórmula de rigor. Apenas había terminado de hablar, cuando una docena de Encapuchados penetró en la sala, rodeó al capitán Bastor, con las espadas en la mano, y aguardó a las órdenes de Aifinath.

—¿Qué coño significa esto...?

—Capitán Galas Bastor, en nombre de Su Majestad el rey Poldas, quedáis arrestado acusado de alta traición. Seréis conducido al cadalso y ejecutado.

El capitán Bastor trató de resistir, pero los Encapuchados le arrebataron la espada de las manos, le inmovilizaron y se lo llevaron consigo, mientras gritaba y maldecía. Varios Silfos y algunos criados entraron en la sala subterránea, y le ofrecieron al rey Poldas agua, comida y ropas limpias. Desde un rincón, Filas el verdugo lo observaba todo como si se tratara de un sueño. Un guardia se le acercó y le preguntó si estaba herido. Filas negó con la cabeza.

Aifinath se volvió y le observó durante un instante.

—Majestad, deberíais darle las gracias a vuestro salvador.

Aunque algo aturdido, Poldas el Gordo había recuperado la compostura y observaba la mazmorra plagada de cadáveres con aire grave, mientras varios criados le atendían. Miró a Filas y se acarició el mentón.

—Ven aquí, Torkkin.

Filas el verdugo obedeció e hizo un amago de arrodillarse, pero Poldas se lo impidió.

—Me has salvado la vida. Cuando todos me habían abandonado, cuando incluso mi fiel comandante Lott me había traicionado, tú fuiste el único que te mantuviste leal a mi persona. Ibas a ejecutarme, Torkkin, lo sé; es tu trabajo, y el general Glunt te dio una orden. Pero no lo hiciste. Me salvaste.

De manera repentina, Poldas lo abrazó. Filas se sintió incómodo y cuando el rey se separó, vio que estaba conmovido por su lealtad.

—Te debo la vida, Filas Torkkin. Y no soy un hombre desagradecido. Pídemo lo que quieras, y te lo concederé. Incluso si no deseas seguir siendo mi verdugo, si ya no quieres seguir bajo mi servicio, lo entenderé, y te permitiré hacer lo que te plazca. Habla, Torkkin. Dime lo que deseas.

Filas el verdugo observó al rey. Luego echó un vistazo en derredor, detuvo la mirada en el hacha de sus ancestros, teñida de sangre, se agachó para recogerla y la acunó entre sus brazos como si se tratara de su propio hijo.

—Majestad, dadme un caballo, un salvoconducto y una bolsa de dinero.

—¿Nada más?

—Y permitidme, Majestad, relevarme de mis servicios.

—Concedido, Torkkin. ¿Puedo preguntarte qué vas a hacer?

Filas el verdugo esbozó una sonrisa.

—Viajar, Majestad. Muy lejos de aquí.

—Buena suerte —Poldas le observó mientras se alejaba acompañado por un par de guardias, y antes de salir de la sala, lo llamó por su nombre—. Sólo una cosa más. Dime, Torkkin, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué no me mataste?

Filas el verdugo se tomó su tiempo para responder.

—Recordé unas palabras de mi padre, Majestad.

Y sin mirar atrás, Filas Torkkin se marchó.

EL MAR ACECHA

Los marineros regresaban al puerto en sus barcas acompañados por centenares de gaviotas. Los niños de la aldea de Done corrieron hacia la playa, donde ya estaban atracando las primeras embarcaciones. Alto y fuerte, con una cerrada barba, ataviado con un jubón de lino, calzas cortas y botas de cuero, Branos sonrió al ver llegar a su hijo, de doce años de edad. Dio un salto, ayudó a sus compañeros a amarrar la barca y cogió una cesta con la pesca del día.

—¡Padre!

Antos, espigado, sonriente y con el rubio cabello alborotado, se arrojó a los brazos de su padre, quien lo levantó como si se tratara de un muñeco de paja.

—¿Habéis tenido buena pesca?

—Excelente —respondió Branos, mostrándole la cesta—. Toma, cógela y vete a casa. Tenemos que hacer la ofrenda a Sauma.

Antos cogió la cesta y se quedó mirando el mar. Era una mañana apacible y el sol brillaba en un firmamento sin nubes. Olía a pescado, a brea, a sal y a hierba húmeda. Frente a la suave medialuna de la playa y el sencillo espigón del puerto, se alzaban las humildes casas de Done, y más allá, tras una densa línea de árboles, se erguía el torreón del conde Ulter de Fonne, el dueño de la aldea pesquera y de otras similares que se desparramaban por la costa. Como todos los días, los hombres de Done partían a faenar en alta mar, y una vez que conseguían la suficiente cantidad de pescado, regresaban a casa. Allí, en la playa, debían ofrecer un sacrificio a Sauma, la deidad que regía los vientos y la mar, y luego entregar varios cestos de pescado y marisco al Conde como tributo. Branos detestaba tanto a Ulter como la obligación que tenían todos ellos como sus vasallos de pagar un impuesto anual en forma de pescado. Algún día, pensaba, todo eso acabaría.

—¿Ha sido bueno Sauma, padre?

—Como siempre, hijo. Ahora vete. Tu madre te espera.

Los compañeros de Branos, dirigidos por el viejo Camor *Mano de Madera*, apilaron haces de leña frente a un tosco altar de piedra, y trajeron un ternero. Cuando Branos se unió a sus amigos, que entonaban una breve plegaria con voz queda, Camor tomó un cuchillo y degolló al animal frente al altar.

—¡Que Sauma nos libre de tormentas y de naufragios!

—¡Que así sea! —repitieron los marineros, a coro.

Camor recogió en un cuenco la sangre del ternero, se arrodilló frente al montón de leña, que ardía ya con feroces llamas, y arrojó el líquido caliente al fuego. Branos cerró los ojos y pensó en su familia. “Sé benévolo conmigo y con mi esposa e hijo, Sauma. El invierno llegará pronto y necesitaré tu ayuda”. No se consideraba una persona devota, y si se encomendaba al dios Sauma era por no despertar recelo entre sus compañeros, pero sabía que se acercaban tiempos duros, y precisaría aferrarse a una creencia para salir adelante y proteger a su familia. Había escuchado hablar, en la taberna de Dagon, acerca de un rumor que corría por el mar Sereno: entre los piratas de Rocasal, renombrados por su crueldad, había surgido un hechicero que, en poco tiempo, se había hecho con el control de las islas. Allí, en Asmanar, su tierra, el rey Olia había reforzado la flota y guarnecido los puertos principales para prevenir los ataques de los corsarios, pero Branos temía que tales medidas no fueran suficientes. “Los piratas de Rocasal, dirigidos por un mago. Habrá guerra. Pronto.” Y no eran las únicas malas noticias: corrían malos tiempos por todas las Tierras Libres. Una guerra civil en el norte, en Ulimán, ataques de Trolls en las fronteras de Fanaria, disputas entre dos poderosos clanes de Enanos en Montenegro, rumores sobre un objeto mágico hallado más allá de las Montañas de Luyne...Malos tiempos, sin duda alguna.

Se encaminó hacia su casa, mientras un grupo de pescadores preparaba las cestas de peces que llevarían al torreón del conde Ulter. Encontró a su esposa, Tasifa, esbelta, de piel morena y cabellos negros, preparando la comida en la cocina y a su hijo observando el mar a través de una ventana. Abrazó a su esposa y la besó, y señaló a Antos.

—¿Qué tal se ha portado?

—Es tu hijo —respondió Tasifa, sonriendo—. ¿Tú qué crees?

—Creo que será como yo, y no me gusta —repuso Branos, mesándose la barba—. Aquí, en este sitio, no tiene futuro. Dejándose la piel en el mar y sirviendo a estúpidos y crueles señores que tratan a sus vasallos como a perros.

—No digas esas cosas —le reprendió Tasifa, en voz baja—. Si alguien te escuchara...

—¿Ves, cariño? Ése es el problema. El miedo. Todos callan, agachan la cabeza y obedecen por miedo.

—¿Y qué ganarías siendo un valiente? Acabarías colgado de una horca.

—Mejor muerto que ser un esclavo —masculló Branos. Su esposa lo abrazó con ternura y miró a su hijo.

—Yo tampoco quiero que pase el resto de su vida aquí, expuesto a los peligros del mar, Branos. Nuestro hijo es diferente. Lo veo en sus ojos.

—Lo sé —murmuró Branos—. Créeme que lo sé.

En ese preciso instante, sonó un cuerno con un bramido grave. Branos sabía muy bien qué era: la alarma instalada en lo alto del torreón del Conde. Allí había siempre un vigía que oteaba el mar en busca de peligros inesperados, como un repentino temporal o un fuerte oleaje. O piratas.

Branos corrió junto a su hijo y miró por la ventana. Tardó un rato en cerciorarse de lo que ocurría: más allá de la playa, sobre el mar en calma, se extendía una espesa mancha de bruma.

—No puede ser —gruñó, sacudiendo la cabeza—. ¿Niebla en un día soleado?

El cuerno retumbó de nuevo de un extremo a otro de la aldea. Branos cogió una espada y abrazó a su esposa.

—Quedaos aquí y no salgáis, ¿de acuerdo? Volveré enseguida.

—Pero, cariño... —protestó Tasifa, aferrando las manos de su esposo.

—Cierra la puerta y no abras a nadie que no sea yo.

Cuando Branos salió de su casa, la bruma que cubría el mar se acercaba de forma inexorable a la costa, arañando con sus dedos la playa y el espigón donde se encontraban amarradas las barcas de los pescadores. Varios de sus amigos se hallaban junto al altar de piedra, observando fascinados la misteriosa bruma.

—Nunca había visto nada igual —comentó Gabin, un marinero bajo y tripudo.

—Esta bruma no es obra de Sauma —dijo Camor, con el ceño fruncido—. Hay algo maligno en ella. No me gusta.

Branos guardó silencio y se limitó a aferrar la espada. Quizás no le hiciera falta, pero en caso necesario, la usaría con destreza. No sería la primera vez que entrara en combate.

—¡Mirad! —exclamó un pescador llamado Umas— ¡Un barco!

Frente a ellos, sobre las aguas, abriéndose paso a través de la niebla, surgió una silueta de grandes proporciones, y la suave brisa marina arrastró voces ásperas y el rumor de las olas. Branos dio un paso atrás de manera instintiva.

—No es un barco —dijo, con voz grave—. Es una isla.

La bruma se despejó en torno a un navío que no era tal, sino un islote pedregoso que surcaba las aguas mientras sobre su superficie, entre las rocas y los matojos, se erguían centenares de guerreros barbados, armados con hachas, vestidos con cotas de malla y yelmos de bronce, que gritaban en una lengua bárbara. La proa del extraño barco era un promontorio de afilados riscos, coronado por varios cuervos, donde crecían juncos marchitos y árboles retorcidos, negros como la pez. El resto de la nave estaba plagado de arbustos enmarañados, manchones de pálidos juncos, columnas de humo gris y fuego verde que brotaban del suelo, y numerosos cuervos que volaban siguiendo su estela. Era como una colosal y vetusta tortuga con el caparazón cubierto de plantas marchitas y sobre la que pululaban docenas de marineros armados con hachas y lanzas y vestidos con bárbaros atavíos. Branos percibió una figura alta y enjuta, de pie en lo alto de la proa, rodeada de la niebla como un halo de maldad, y no pudo evitar apartar la vista, lleno de terror. De algún modo que no alcanzaba a comprender, supo que aquella hierática figura era el brujo de Rocasal, y que mediante un desconocido hechizo manejaba aquella ínsula como si se tratara de un navío hecho de piedras, tierra y plantas, sin necesidad de velas ni de aparejos. Durante un segundo, Branos rezó para que Sauma les protegiera, a él, a su familia y a sus amigos.

Como un poderoso barco de guerra, la isla se acercaba a la playa atravesando la misteriosa cortina de niebla aferrada al mar.

—¡Piratas! —aulló un marinero joven y barbilampiño— ¡Son piratas!

—Piratas de Rocasal —masculló Branos, y alzó su espada. A su alrededor, los hombres de Done huyeron despavoridos, al tiempo que el cuerno del vigía del torreón rasgaba el aire con su potente rugido. Branos miró hacia atrás, en dirección al poblado, y creyó ver a su hijo, de pie ante la puerta de su casa. Quiso gritar, pero la voz se le ahogó en la garganta. Una violenta ráfaga de viento azotó la playa y le empujó contra el suelo. Perdió la espada y escuchó gritos y órdenes cada vez más cercanas. Levantó la cabeza y vio una figura vestida de negro acercándose desde el mar. Trató de incorporarse, pero no pudo. El hombre de negro, alto, delgado, con la cabeza oculta bajo una capucha, se detuvo a su lado. “El brujo. Es el brujo de Rocasal.”

—Apártate de mi camino —la voz era fría, sibilante, y a Branos le recordó de inmediato a una serpiente. Cuando se apoyó en los codos y enderezó la espalda, vio a alguien por el rabillo del ojo.

—Padre, no temas —Antos estaba allí de pie, mirando fijamente al brujo. Había fuego en sus ojos—. No dejaré que te haga daño.

—Vete de aquí —ordenó Branos, mientras tanteaba la arena en busca de su espada—. ¡Vete!

El hechicero alzó una mano y la niebla cubrió la playa como un etéreo sudario. Branos abrió la boca para gritar y entonces un fogonazo de luz le deslumbró. Oyó un inquietante zumbido y una voz que no era humana retumbó en sus oídos. Sintió un súbito calor y se cubrió el rostro con los brazos. Cuando el silencio reinó a su alrededor, se irguió y abrió los ojos. La playa estaba vacía, a excepción de algunos pedazos de árboles y despojos, y el mar en absoluta calma: no había ni rastro del islote, ni de los piratas ni del hechicero. Ante sus pies, sólo vio un montón de cenizas que humeaban y algunos restos desperdigados a su alrededor.

Antos se acercó con la frente sudorosa y abrazó a su padre.

—Ya está. El brujo ha muerto. Ya no nos puede hacer nada.

—Pero... ¿dónde está? ¿Y la isla? ¿Qué ha pasado?

Antos sonrió y señaló la lejana línea del mar.

—Es bonito, ¿verdad?

Branos sacudió la cabeza, con aire confuso, y acarició los cabellos de su hijo.

—Sí, tienes razón —musitó, todavía azorado—. Es muy hermoso.

Con una amplia sonrisa dibujada en el rostro, Antos se sentó sobre la arena, apoyó la cabeza en el hombro de su padre y perdió la mirada en el infinito mar azul.

GENTES EXTRAÑAS

Cuando despertó, tardó un rato en percatarse del lugar en el que se hallaba. Tendido sobre una mullida alfombra de hierba, a su alrededor se erguían los troncos blancos de varios chopos y un enmarañado seto de brezos y enebros. Tenía el cuerpo dolorido y magullado, y casi no recordaba cómo había llegado hasta aquel rincón del bosque. Entonces, una sucesión de imágenes acudió a su mente, como destellos de luz. Una taberna llena de gente, un gigante ceñudo, con una espada casi tan grande como él, una lucha sangrienta, unas calaveras tan valiosas como el tesoro que custodia un dragón.

—El Rey... —susurró Artas Gando, y arrugó la frente al sentir una punzada de dolor en el costado izquierdo, cerca del estómago. Vio que tenía una venda, aunque no recordaba haber parado a curarse la herida recibida en la posada. Se apoyó en un brazo para incorporarse, y entonces una sombra se interpuso entre él y los rayos de sol que atravesaban las ramas de los árboles sobre su cabeza.

—Bueno, ya has despertado. Es una buena señal.

Artas dio un respingo y observó con recelo a la persona que acababa de hablar con un marcado acento extranjero. Se trataba de una mujer alta y esbelta, vestida con una amplia capa que no disimulaba la cota de mallas y la espada que portaba. Cuando Artas la observó con mayor atención, haciendo caso omiso al dolor de su herida, comprendió que ya la conocía: era la joven de Saina, la guerrera-sombra que había visto luchar en “El Perro Blanco”, aunque su mente no conseguía discernir cuanto tiempo hacía de tales sucesos.

—¡Por la sangre de Adim! —masculló Artas, y en un gesto instintivo, buscó su espada. La sainita observó sus movimientos y señaló un arma que llevaba colgada de la espalda, al modo de una aljaba de flechas.

—¿Es esto lo que buscas? —inquirió, alzando una ceja. Se encogió de hombros, se acercó hasta él y arrojó la espada sobre la hierba, junto a los pies del caballero— Es tuya. La cogí porque no me gusta ver una espada tan bella tirada en el suelo, como si fuera una mierda de pájaro.

Artas se sorprendió del inesperado gesto de la joven y tomando la espada entre las manos, comprobó que estaba en perfecto estado. La chica se sentó a unos pasos de él y se entretuvo en mantener encendida una hoguera. Luego, sacó un par de conejos muertos y empezó a desollarlos con un cuchillo.

—¿Por qué me has ayudado...?

La joven continuó con su tarea, sin mirar a Artas en ningún momento.

—Bueno, te encontré en mi camino.

—¿Me encontraste..?

—Voy hacia el sur, al puerto más cercano. Quiero volver a mi patria. Te encontré en mitad del bosque, a un lado del camino, y decidí ayudarte. En mi tierra dicen que quien no ayuda a alguien herido, merece sufrir las mismas heridas. Por eso me detuve a prestarte socorro.

—¿Y cuándo fue eso? —preguntó Artas, con aire perplejo.

—Hace cuatro días. Has estado durmiendo desde entonces. Creo que, si ya te encuentras mejor, es hora de partir.

—¿Mejor? Me duelen todos los huesos. Dudo mucho que pueda siquiera levantarme...

—Entonces me quedaré un día más contigo.

Artas observó a la joven. Parecía mentira que fuera la misma persona que hacía unos pocos días había matado a dos hombres más fuertes que ella sin apenas esfuerzo. Aunque no debería extrañarle: los *sainitas* eran personas enigmáticas, que se comportaban de un modo extraño. Y más todavía si se trataban de los temibles guerreros-sombra.

—No me has dicho aún tu nombre —dijo Artas, rascándose la barba, que había empezado a crecerle de nuevo.

—Ni lo haré —repuso la joven, mientras ensartaba el cuerpo del conejo en un espetón y lo colocaba sobre el fuego—. Mi nombre es cosa mía. Puedes llamarme Ye.

—Extraño nombre —gruñó Artas, al tiempo que intentaba incorporarse. Renunció cuando una cuchillada más aguda que las anteriores le recorrió el cuerpo de arriba abajo.

—Vosotros sois los extraños —dijo la chica, acercándose al antiguo comandante de la Guardia Real con un odre de piel de toro—. Nunca había visto a una turba de guerreros pelearse por un montón de huesos.

Artas bebió el agua que le ofreció la chica, y arrugó el ceño al notar que no se trataba de agua, sino de un líquido de sabor amargo que, al cabo de unos minutos, calmó sus dolores y le hizo sentirse como nuevo.

—¿Qué clase de brebaje es eso? Parece brujería.

—Se llama *ilaoying*. Creo que en vuestra lengua es “agua de menta” o algo parecido. En mi tierra se usa para calmar cualquier tipo de dolor y, a veces, para ayudar a conciliar el sueño.

—Te doy las gracias...Por todo. Por salvarme la vida.

La joven no dijo nada. Regresó a su sitio y señaló el conejo.

—¿Tienes hambre?

—Ahora que lo dices...Me muero de hambre.

Ye se sentó a su lado y le ofreció parte del conejo, cuyo sabroso aspecto hacía salivar a Artas. “Si mis compañeros me vieran así. Compartiendo carne de conejo con una guerrera-sombra de Saina. El mundo se ha vuelto del revés.” Comenzó a comer en silencio, y al cabo de un rato, miró a Ye y señaló el bosque.

—¿Sabes dónde estamos?

—A cuarenta millas de Puerto Blanco, creo. Cerca hay un castillo llamado Oldres...o algo así. Los nombres de Ulimán son muy extraños para mí.

—Oldren. Lo conozco. Estamos en el condado de Oldren. De momento, seguimos en territorio del Duque de Hert, si es que no me equivoco. Dices que he estado durmiendo los últimos cuatro días, y si te soy sincero, no recuerdo bien lo que pasó.

—Bueno, que yo sepa, tu país sigue en guerra —dijo Ye, y chupó un huesecillo con cara de deleite—. Ese duque tuerto contra el sobrino del anterior Rey, ese gordinflón refinado, y a la vez contra el viejo general... Si quieres saber mi opinión, sois gente extraña.

—Eso díselo a los cabrones que nos arrastraron a la guerra —gruñó Artas. Se limpió las manos en la manta que le cubría las piernas y echó un vistazo a su alrededor. Había un caballo blanco, de gran estatura, atado a una higuera.

—Bonito caballo —comentó Artas.

—No es mío —dijo Ye, con una breve sonrisa.

—¿Qué?

—Es de Filas. Supongo que estará al llegar.

—Un momento —dijo Artas, enderezando la espalda—. ¿No estás sola?

—Estoy contigo.

—No, me refiero a que...Olvidalo. ¿Quién es Filas?

—Un caballero como tú, o eso dice. Coincidimos ayer no muy lejos de aquí, y al verte, dijo que te conocía. Por eso no lo maté.

—¿Es que..ibas a matarlo?

Ye se encogió de hombros al tiempo que se limpiaba las manos con un trapo.

—No me gustan los hombres armados que me siguen. Filas me confesó que llevaba un día siguiendo mi rastro, pero como decía que te había conocido en el pasado, pensé que no estaría mal tener algo más de compañía. Perdona que sea tan sincera, pero no eres un buen conversador.

—¡Por Adim! ¿Y dices que nosotros, los ulimanos, somos gente extraña?

La joven sainita no hizo ningún comentario, se puso en pie y abandonó el claro del bosque donde estaban acampados. Artas abrió la boca para preguntarle a dónde iba, pero se lo pensó mejor y guardó silencio. Probó a mover las piernas, y poco a poco, con un atisbo de alegría,

comprobó que el dolor y el agotamiento habían desaparecido como por arte de magia. Tras ponerse de rodillas sobre la hierba, estiró los brazos y movió el cuello a uno y otro lado. Tan solo en la herida del costado latía un dolor sordo, como el regusto de un sabor desagradable que queda en la lengua. Frunció el ceño y cogió su espada con ambas manos. Era un buen acero, un arma forjada en las fraguas de Ulis por los mejores herreros de la ciudad. *Sinbayli*, la bautizó el fallecido rey Peldas. *Acero leal*. Aún recordaba las palabras de aquel día, en el campo de batalla de Lerunt, cuando el ejército ulimano derrotó a una fuerza invasora del vecino reino de Fanaria, cuando Artas Gando era un joven capitán de la Guardia Real, veinte años antes. El Rey se le acercó, al pasar revista a las tropas victoriosas, junto a los generales Brildo y Glunt, le miró y le pidió su espada para verla con detalle. Y entonces, pronunció aquellas palabras que todavía le conmovían.

—Un buen acero, capitán. Y tan leal como su portador. Llevadla siempre con vos.

Veinte años, y ahora el Rey estaba muerto y su nación se desangraba en una interminable guerra, mientras el pueblo sufría y pasaba hambre. Poniéndose en pie, sacudió la cabeza. Si algo había aprendido desde la fatídica noche en que los sicarios del Duque de Hert asesinaron a los reyes en el Palacio de Murrimel, es que el mundo ya no era el de antes. Para bien o para mal, muchas cosas habían cambiado.

—Comandante Gando...

Artas se volvió y vio ante sí a un hombre alto y fornido, de espesa barba y cabellos desgreñados, vestido con un justillo de cuero y una espada corta colgada del cinturón. A su lado, olisqueaba el aire un perro de gran tamaño.

—Filas Torkkin —susurró Artas, mirándole de pies a cabeza.

—Creí que habíais muerto, comandante —dijo Filas, sin moverse del sitio—. Eso fue lo que dijeron en palacio después de...en fin, después de aquella noche.

—Si te soy franco, Torkkin, eres la última persona que esperaba encontrarme.

—Pues aquí estoy, comandante Gando. Tantos años después, aquí sigo. Con más edad y mucha más sangre en mis manos.

—¿Has escapado, acaso, de Fuente Cristal?

—Más bien no, comandante. El rey Poldas me concedió un salvoconducto y me dejó abandonar Spel. Si queréis saberlo, la ciudad no pasa por sus mejores momentos. Ni el resto del territorio bajo el poder de Poldas. Si no fuera por los Silfos, hace tiempo que Fuente Cristal estaría ya en manos de Aganas el Tuerto o del general Brildo, y la cabeza de Poldas luciría en una estaca en los muros de Ulis.

—Entonces, Torkkin, ¿qué haces aquí?

El verdugo se acercó al fuego y se sentó mirando las llamas.

—Creí que servir a Poldas era lo correcto. Igual que había servido tantos años a su tío. Me equivoqué.

—Muchos se han equivocado en estos años de guerra —murmuró Artas, sentándose junto a Filas. *Armo*, el perro, descubrió unos huesos cerca de la hoguera y empezó a mordisquearlos con fruición.

—Todos os dieron por muerto —dijo Torkkin, con voz queda—. Empezando por el propio Aganas. Y Poldas el Gordo. Muchos de vuestros hombres murieron en los días siguientes.

—Lo sé —afirmó Artas, hurgando en el fuego con un palo—. Me enteré tiempo después de escapar de Ulis. Y no fueron los únicos, por desgracia. Aganas se encargó de limpiar muchas ciudades y pueblos.

—Por eso decidí seguir a Poldas. Es el heredero legítimo de la corona de Ulimán.

Artas miró al verdugo en silencio durante un instante.

—Hay algo que deberías saber.

—Decidme, comandante.

—Poldas participó en el complot contra su tío. Fue uno de sus asesinos, Filas.

El verdugo abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella. Se limitó a mirar el fuego con los ojos entrecerrados.

—Entonces deberíais matarme, comandante.

—He matado a demasiada gente. Por muchas razones que tenga para hacerlo, no voy a matarte.

—Me temo que estoy en vuestra misma situación.

De pronto, *Armo* dejó de masticar el hueso, levantó la cabeza y ladró. Ye surgió de la espesura llevando consigo un caballo esbelto, de pequeña estatura.

—Tenemos compañía. Apagad el fuego y seguidme.

—Un momento —protestó Artas, levantándose—. ¿Quién viene?

—Jinetes armados con lanzas. Una patrulla de diez hombres. Vienen hacia aquí.

Artas miró a Filas, masculló una maldición y recogió sus escasas pertenencias, mientras Filas apagaba el fuego, echándole tierra encima, y preparaba los arcos de su caballo.

—Comandante, cabalgad conmigo. No tenemos más caballos.

—No importa. Me conformo con que no me arroje al suelo.

—Dejad de parlotear y venid de una vez —dijo Ye, que ya empezaba a alejarse entre los chopos. Artas lanzó una furiosa mirada a la sainita y espoleó al caballo, que se lanzó a galopar a lo largo de un intrincado sendero entre los árboles.

Se detuvieron un par de horas más tarde, cuando el sol comenzaba a descender por el oeste. Habían recorrido muchas millas a través del Bosque de Gunder, que ocupaba una dilatada

extensión entre los límites de Fuente Cristal y las tierras del Ducado de Hert, el corazón del territorio controlado por Aganas y sus seguidores. Al noreste quedaba el castillo del conde de Oldren, y hacia el sur corría el río Valinen, un afluente del Albin, que iba a desembocar en el mar Sereno. Artas bajó del caballo de un salto, sorprendido de su rápida recuperación, que atribuía al bebedizo proporcionado por la joven sainita, y consultó un manoseado mapa del que no se había separado desde que huyó de Ulis. El que fuera su suegro y protector, el capitán Urtas Bland, padre no sólo de su esposa Tiara sino de su mejor amigo y subordinado, el capitán Bundas Bland, siempre le decía que había dos cosas que un buen caballero jamás se dejaría arrebatar: su espada y su mapa.

Ye frenó su caballo y observó al que fuese comandante de la Guardia Real.

—¿Qué es lo que llevas ahí, piel blanca?

—Preferiría que me llamasen por mi nombre, Ye. Yo no tengo reparos en decírtelo: Artas Gando. Y esto de aquí es un mapa de Ulimán. Es más valioso que cualquier otra cosa.

—¿Un pedazo de papel? —preguntó la sainita, frunciendo el ceño.

—Lo necesitamos si queremos llegar hasta el puerto más cercano. Y el lugar que buscamos es Puerto Blanco. Está en poder del general Brildo, si mal no recuerdo, y en sus dominios nadie nos busca ni creo que se interese por nosotros.

—Vos erais el comandante de la Guardia Real —señaló Filas, desde el caballo—. Y yo el verdugo del rey Peldas. Brildo estaría ciego si no nos reconociera.

—Brildo no tiene por qué vernos. Iremos a Puerto Blanco disfrazados y saldremos en el primer barco que encontremos. ¿Os parece bien mi plan?

—Yo soy una *dayang*, una guerrera-sombra. No me voy a poner ningún disfraz.

—No hará falta —replicó Artas—. Eres una mercenaria, y el país lleva en guerra cinco años. Nadie se extrañará de verte en la ciudad. Nos disfrazaremos Filas y yo. De mercenarios.

—Si eso funciona para escapar, lo haré, comandante—dijo Filas.

—Entonces, ¿qué dices, Ye? ¿Aceptas viajar con un par de pieles blancas que no conoces de nada a través de una nación en guerra y embarcar de polizón en un navío?

La guerrera-sombra observó con expresión inescrutable a ambos hombres, se encogió de hombros y esbozó una sonrisa. La segunda que veía Artas en ese día.

—Sois gente muy extraña, no cabe duda, pero iré con vosotros.

Artas se guardó el mapa bajo el chaleco, echó un vistazo al paisaje y volvió a subir a la grupa del caballo junto a Filas. Luego, los dos ulimanos y la sainita reanudaron la marcha, y *Armo*, tras husmear el aire, corrió en pos de su amo.

PUERTO BLANCO

La ciudad rebosaba de personas venidas de todo el reino, y de otras naciones vecinas. Por las calles deambulaban soldados sureños del general Brildo, mercenarios fanarios con brazaletes de oro en las muñecas y barbas greñudas, comerciantes y granjeros que escapaban de la destrucción de la guerra, miles de campesinos sin hogar, refugiados de muchos feudos que acababan de caer en poder del Duque de Hert, quien día tras día se consolidaba en el trono de Ulimán y agrandaba sus dominios. Puerto Blanco se había convertido en el lugar donde se reunían todos aquellos que eran adversarios de Aganas el Tuerto y de Poldas el Gordo y los que huían de la muerte y el hambre en busca de una salvación que en muchos casos no era tal. Desde hacía semanas, el general Brildo, o el rey Ordas IV, como se hacía llamar, había prohibido que ningún barco zarpase del puerto sin su permiso, y la situación se volvió caótica cuando corrió la noticia de que una flota ulimana se acercaba por la costa para poner cerco a la ciudad e impedir la entrada o salida de barcos. Se vivieron momentos de pánico e incluso varias tripulaciones se amotinaron contra sus oficiales y se hicieron a la vela. Para el general Brildo cada día era más difícil mantener el orden, y a ello se sumaba la creciente escasez de víveres y el temor de que la ciudad también fuese cercada por tierra.

En el interior de la fortaleza de Faladder, el imponente castillo que dominaba uno de los extremos de la bahía donde se asentaba la ciudad, el trasiego de centinelas, criados y mensajeros era continuo, y los oficiales trabajaban a un ritmo frenético para tratar de mantener el orden en una población que caminaba rumbo al desastre. El general Brildo llevaba toda la noche y parte de la mañana reunido con sus más íntimos consejeros, su sobrino, el capitán Fagas Beront, un viejo noble que ocupaba el cargo de gobernador de la plaza, Ivas Diradd, Conde de Bosqueamargo, un fiero oficial, comandante de las tropas de Puerto Blanco, el capitán Hilg, y otro oficial que había sido amigo del autoproclamado rey Ordas durante los últimos veinte años, el capitán Ilanas Toylen, apodado *Cabeza de Hierro* por su proverbial testarudez. No cesaban de llegar malas noticias, como el asalto a un silo de grano por parte de una multitud hambrienta en el barrio más pobre de Puerto Blanco, que se había saldado con docena de muertos, y el consejo de Brildo trataba por todos los medios a su alcance de impedir que la grave situación se les fuera de las manos.

Ojeroso y de mal humor, el veterano general Brildo, un militar admirado por sus hombres y que había servido a dos reyes, hasta convertirse él mismo en soberano, bebía licor de malta mientras discutía con sus consejeros. El capitán Hilg le estaba hablando del desánimo que empezaba a imperar entre sus tropas, cuando el grave soplido de un cuerno resonó en toda la fortaleza. Toylen, que estaba apoyado con gesto ceñudo en una de las ventanas de la sala desde la que se veían los muelles y el mar calmo, maldijo en voz alta y se volvió hacia los demás.

—¡Sangre de los dioses!

—¿Qué diablos os pasa, Toylen? —inquirió el capitán Beront, cuyo parecido físico con el rey Ordas saltaba a la vista: ambos eran altos y delgados, de ojos marrones y nariz aguileña.

—Es el cuerno de la Torre Vigía —musitó el conde de Bosqueamargo.

—Mirad por la ventana —dijo Toylen, señalando hacia el mar—. Que Adim tenga piedad de nosotros.

El general Brildo fue el primero en asomarse a la ventana. Vestido con una armadura dorada y su célebre espada *Tintaril* colgada de la cintura, su presencia grave y severa infundía respeto entre los que le rodeaban; hasta un hombre tan cercano a él como Toylen, que había compartido tantos momentos con el general, se sentía intimidado por su mirada, sus gestos o su voz.

—¿Qué es lo que tengo que mirar...?

El rey guardó silencio de repente. Su sobrino, Beront, se atrevió a echar un vistazo por encima de su hombro y ahogó una exclamación.

En el horizonte, a unas veinte o treinta millas de la ciudad, sobre el mar azul que brillaba como un pulido espejo de bronce, avanzaba una flota de innumerables barcos, grandes navíos de guerra impulsados por remos, veloces veleros y pequeñas goletas de dos velas. Desde la Torre Vigía, la construcción más alta de la fortaleza de Faladder, que en ocasiones era utilizada como faro para guiar a los barcos en la oscuridad o la niebla, volvieron a soplar del cuerno que avisaba de un ataque por mar.

—¡No puede ser! —masculló Beront.

—¿Cuántos barcos son? —preguntó Hilg, lleno de asombro— ¿Treinta? ¿Cuarenta?

El rey Ordas volvió al centro del salón, junto a la amplia mesa de roble repleta de mapas, papeles y libros y miró con severidad a sus consejeros.

—Hay que movilizar a todas las tropas disponibles. Quiero que se cierre de inmediato la bocana del puerto con cadenas y se hundan los barcos de carga más viejos que se encuentren anclados en los muelles. Me importa una mierda si sus dueños se niegan. Diradd, encargaos de la tarea, y decidle a los armadores que les cortaré la cabeza si no hacen lo que les digo. Vos, Hilg, reunid a las tropas y desplegadlas por las murallas que rodean la bahía. Cualquier hombre que pueda empuñar un arma defenderá esta ciudad hasta la última gota de sangre, y espero que vos, capitán Hilg, estéis a la altura de las circunstancias.

—Contad con ello, Majestad. Mis hombres lucharán a muerte contra esos atacantes.

—Ahora marchaos. Vos, sobrino, ayudadle en lo que podáis; espero que tu Guardia Portuaria luche como lo esperado.

—Os prometo, tío, que todos cumplirán con su deber.

Ordas hizo un gesto con la mano, y los capitanes Beront y Hilg, con el viejo Conde de

Bosqueamargo, abandonaron la estancia. El que se consideraba legítimo rey de Ulimán y su compañero de armas, Toylen, se quedaron a solas, cada uno sumido en sus pensamientos.

—Sabía que este día iba a llegar —murmuró Brildo, mientras contemplaba la empuñadura de su espada.—Lo supe en el momento en que decidí traicionar al duque Aganas, si se le puede considerar una traición tratar de acabar con los que asesinaron al legítimo rey de Ulimán. Puede que me haya equivocado una vez más. Puede que escogiera el camino equivocado. Tal vez solo pretendía enmendar un error anterior.

—¿A qué os referís, Majestad? —preguntó Toylen con voz queda, temeroso de interrumpir el curso de los pensamientos del rey.

—El asesinato de Peldas y su familia. La Noche de los Lamentos. Esa maldita noche yo viajaba camino de Tairant, y cuando recibí la noticia, no hice nada. ¿Te lo puedes creer, Ilanas? No hice absolutamente nada. Me senté ante el fuego de una chimenea y me quedé allí toda la noche, pensando en la sincera y antigua amistad que me había unido al Rey. Al día siguiente, como tantos otros, declaré mi adhesión al duque Aganas el Tuerto. Ese fue mi error, amigo mío. Creí que Aganas sería un buen gobernante, y olvidé que su reinado estaba basado en un crimen, en el asesinato de un rey, de un amigo.

—Pero pudisteis rectificar, Majestad. No habéis sido derrotado, tenéis bajo vuestro poder casi todos los señoríos del sur y más de seis mil caballeros, la flor y nata del ejército ulimano. Y creo que podremos rechazar el ataque de esa flota que navega hacia aquí.

—Admiro tu lealtad y tu confianza en la victoria, Ilanas. Eres tozudo como un asno. Pero temo que no viviré mucho, amigo mío.

—¿Qué...qué decís, Majestad? No sois tan viejo. Todavía sois vigoroso. ¿O acaso teméis ser asesinado, o morir en combate? Daría mi propia sangre por...

—¡No! No sabes lo que dices. Mi tiempo se acaba, y tal vez Puerto Blanco caiga conmigo.

El rey Ordas IV se puso en pie y tosió. Algo en su modo de toser, en sus gestos, hizo al capitán Toylen acercarse a él y mirarle a la cara.

—¿Os encontráis bien?

El que una vez fue general de los ejércitos del rey Peldas desvió la mirada hacia la ventana y volvió a toser, esta vez con mayor intensidad. Toylen se inclinó para ayudarle, y entonces reparó en el color oscuro que teñía el licor de malta de la copa de la que había estado bebiendo apenas unos minutos antes. Entonces supo lo que ocurría.

—¡Sangre de Adim! ¿Qué habéis hecho, Majestad?

Brildo tosió de nuevo y un esputo sanguinolento manchó su recortada barba canosa.

—Te dije...que no quedaba tiempo...se acabó...he fracasado...ojalá el pueblo ulimano encuentre la paz...

El rey se dejó caer en los brazos de Toylen, mientras violentos espasmos sacudían su cuerpo. Su

amigo pidió auxilio, mientras trataba de hacerle vomitar el veneno ingerido. Era demasiado tarde. Ordas Brildo escupió más sangre sobre las manos de su compañero y cerró los ojos para no volver a abrirlos.

Un instante después entró en la sala el comandante Sirim, jefe de la guardia personal del rey, con varios de sus hombres. Todos se detuvieron a un par de metros del cuerpo sin vida de Ordas, que Toylen sostenía como si de un momento a otro fuese a incorporarse. El capitán miró a Sirim, un sujeto de aspecto patibulario, y habló con voz ronca.

—El Rey se ha suicidado. Ya no hay nada que hacer.

Sirim le observó en silencio. Luego hizo un ademán en dirección a sus guardias y avanzó hacia Toylen.

—Eso tendrá que decidirlo su sobrino; ahora es el nuevo rey y decidirá lo que hay que hacer con vos, capitán Toylen.

Una pareja de guardias lo cogió de los brazos, sin que Toylen opusiera resistencia.

—Te equivocas, Sirim. Estás cometiendo un grave error...

Toylen no llegó a escuchar la réplica de Sirim: sintió un fuerte dolor en la nuca y la oscuridad le atrapó como si se hubiese caído al fondo de un profundo pozo.

Patrullas de soldados corrían por las calles, entre gritos de pánico de los habitantes de la ciudad y las ásperas órdenes de los oficiales; desde su escondite en el sótano de una casa abandonada, el capitán Filios Hunk veía las botas de los caballeros a través de un estrecho ventanuco, y por enésima vez esa mañana desde que se dio la voz de alarma, volvió a maldecir su mala fortuna. Habían transcurrido casi cinco años desde la desgraciada noche en que el Duque de Hert asesinara al rey Peldas y a su familia, y desde que un espadachín que era más de lo que escondía bajo un nombre falso les ayudase, a él y a su protegido, el joven príncipe Eldas Arin, a su amante, Eliana Uder, y a la criada de esta última, Simi, a eludir a los asesinos enviados por Aganas el Tuerto y escapar de Ulis. Cinco años, y una sangrienta guerra de por medio. Y Hunk, pese a intentar por todos los medios a su alcance salir del país, no había podido escapar de Puerto Blanco, donde llevaban ocultos los dos últimos años gracias a la protección de un capitán que afirmaba ser amigo de Dudas Grey y leal a los Arin, llamado Golober. Habían recorrido media nación sobreviviendo a duras penas con lo que encontraban en el camino o robaban de aquí y de allá, intentando pasar desapercibidos. Por las noticias que escucharon, todos en Ulimán daban por muertos a los hijos del rey Peldas, y Aganas el Tuerto acumulaba poder y tierras mientras combatía a dos enemigos a la vez, al primo del príncipe Eldas, Poldas el Gordo, que dominaba el feudo de Fuente Cristal, y el general Ordas Brildo, el oficial que más admiraba Hunk, pero del que había comenzado a desconfiar al ver como en un principio servía con miserable lealtad al asesino del rey legítimo y luego se rebelaba contra él para proclamarse monarca a continuación. En apenas un lustro, Ulimán se había sumido en un caos terrible, con tres reyes luchando entre sí,

para disputarse una tierra devastada, sometida al pillaje de bandas de mercenarios y saqueadores. Y lo peor de todo para Hunk, y en especial para Eldas, era observar tantas muertes y tanta destrucción, tantas aldeas reducidas a cenizas y tantos campos de batalla sembrados de cadáveres ulimanos, sin poder hacer nada. En más de una ocasión, Eldas se había visto tentado de revelar al mundo que seguía con vida y reclamar un trono que le pertenecía por derecho, pero Hunk le había convencido de que lo único que conseguiría con ello sería perder la vida. No contaban con un ejército que les respaldase, no tenían aliados ni amigos, aquellos que podrían ayudarles, o estaban muertos, como el capitán Bland, o se habían sumado al bando del Duque de Hert, como el general Yiddink. No contaban con la menor posibilidad de éxito. Lo único que les quedaba era tratar de sobrevivir el mayor tiempo posible y cruzar la frontera en busca de un hogar mejor, un lugar donde reinase la paz y pudieran reiniciar una vida truncada por la guerra civil.

Y ahora, cuando habían encontrado un hogar relativamente seguro, donde Hunk se ganaba la vida como pescador, y tanto Eldas como la bella Eliana se hacían pasar por sus hijos y le echaban una mano, y la silenciosa Simi continuaba ejerciendo su labor de criada, la guerra llamaba a las puertas de la ciudad. Y a pesar de los esfuerzos de Hunk por encontrar un navío con el que cruzar el mar Sereno y alcanzar la seguridad de una costa extranjera, no habían tenido la menor suerte. El velero con el que salieron de Ulis a través del río Albin se hundió en una zona pantanosa, cerca de Asmanor, y a punto estuvieron de no salir con vida de aquel desastre. Antes de alcanzar Puerto Blanco, recorrieron la costa sur de Ulimán, pero ni lograron encontrar pasaje en algún barco, ni pudieron hacerse a la mar por sus propios medios. La guerra había vuelto peligrosas las travesías marítimas, y la poderosa flota de Aganas, comandada por el almirante Ulas Robbin, impedía que muchos barcos pudieran navegar por las rutas comerciales habituales. Nadie se arriesgaba a hacerse a la vela mientras continuase el conflicto.

Y allí, en la ciudad dominada por el general Brildo casi desde el mismo día en que se proclamó rey bajo el nombre de Ordas IV, el mayor puerto comercial de Ulimán, haciéndose pasar por una humilde familia de pescadores, el capitán Hunk y sus protegidos habían vivido de una manera tranquila, todo lo tranquila que se podía ser en una guerra y siendo Eldas quien era. Más de una vez Hunk había temido que algún oficial, e incluso el general Brildo, le reconociesen al pasar por el barrio donde vivían, ya que al veterano militar le gustaba visitar cada rincón de la ciudad y supervisar el trabajo de las tropas. Aunque hubiera sido mucho peor para todos ellos que el reconocido fuese el príncipe Eldas; aquellos que lo conocieron, sabían que era un muchacho espigado, rubio como su padre y su abuelo, y tanto Brildo como algunos de sus más allegados, como el capitán Toylen, podrían reconocerlo a pesar del tiempo transcurrido y del hecho de que todos le daban por muerto. En cualquier caso, habían tenido muy buena suerte, y habían pasado desapercibidos en medio de la ciudad, mientras en el resto del reino continuaban los combates, los asedios y los saqueos.

Eldas se acercó y observó la calle con preocupación. En los últimos tiempos había ganado en estatura y en fuerza, y gracias a las clases que le impartía Hunk en el sótano de la casa, a resguardo de miradas indiscretas, había aprendido a manejar la espada con casi tanta habilidad como uno de sus legendarios antepasados, el caballero Ebas Arin, *Corazón de Acero*. A Eldas no le gustaba que Hunk le comparase con aquel héroe de antaño, sobre todo sabiendo que estaba condenado a ocultar su verdadera identidad y a vivir como un proscrito para el resto de sus días. Hunk no opinaba como él, y solía decirle que llegarían tiempos mejores para Ulimán, que Aganas

el Tuerto pagaría por sus crímenes y los Arin serían restaurados en el trono que por derecho les pertenecía.

—¿Crees que ya han asaltado el puerto? —preguntó con voz apagada.

—No lo sé. Aunque conoces bien las fortificaciones que protegen la bahía. Por muy grande que sea la flota de Aganas, no le resultará muy fácil conquistar esta plaza.

Eldas continuó observando el continuo trajín de los soldados calle arriba y calle abajo.

—¿Qué vamos a hacer, Filios?

Hunk guardó silencio, y se mesó la espesa barba que ocultaba muchas de las cicatrices que recorrían su rostro y que podrían hacer que fuera reconocido por la calle. Lo que más temía al principio era que su estatura llamara demasiado la atención, pero no tardó en comprobar que en los muelles y astilleros de Puerto Blanco había centenares de hombres como él, altos y fornidos marineros y estibadores.

—De momento, rezar por el triunfo del general Brildo. Si la ciudad cae, y nos atrapan en su interior, será el fin para nosotros.

—Entonces, no caeré sin luchar.

—Valientes palabras —susurró Hunk—. Tened por seguro, Alteza, que mi espada se llevará por delante a unos cuantos hijos de puta antes de que nos cojan con vida. Os lo juro.

—Gracias, Filios.

Hunk volvió a mirar por el ventanuco y apretó con nerviosismo el pomo de su espada.

—Daría una fortuna por saber lo que ocurre ahí fuera.

—¿Y por qué no salimos a echar un vistazo? Las tropas deben estar todas ocupadas en las murallas, y seguro que hay vecinos subidos a los tejados más altos para ver lo que pasa.

—No me gusta la idea, Alteza —gruñó Hunk.

—Podemos acercarnos al palomar de Oncas. Allí no correremos ningún peligro.

—Dejadme pensarlo.

El ruido de las botas de los soldados sobre el pavimento se alejaba poco a poco.

—Ahora no hay nadie en la calle —insistió Eldas.

Hunk lanzó un juramento.

—¿Queréis saber una cosa, Alteza? Sois tan testarudo como vuestro padre.

Se puso en pie, se colgó la espada del cinto y se cubrió con una amplia capa marrón. Eldas le imitó y luego señaló la habitación donde dormía su amante y Simi cosía varias prendas de ropa en silencio.

—¿Qué les decimos?

—Mejor nos vamos sin avisarlas. Volveremos enseguida. Como haya mucho jaleo en las calles, nos encerramos aquí, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas.

Subieron por las toscas escaleras hasta el piso de arriba, y esperaron tras la puerta hasta que comprobaron que no había nadie en la calle. Una vez fuera, envueltos en sus capas, recorrieron a paso rápido las calles vacías, guiados por el ruido de la batalla en el puerto. Puertas y ventanas permanecían cerradas a cal y canto, y apenas llegaron a cruzarse con dos o tres lugareños que buscaban ansiosos un refugio.

Al fin llegaron sin ningún contratiempo al palomar de Oncas, un edificio de considerable altura que en otros tiempos había servido como almacén de víveres para épocas de escasez, y ahora en su interior habían anidado miles de palomas y otros pájaros. Hunk conocía una entrada a través de una grieta en el muro, disimulada por un naranjo que crecía pegado a la pared, y se deslizó por ella seguido de su pupilo. Dentro olía a humedad y excrementos de palomas, el polvo y la suciedad se acumulaban en el suelo y grandes telarañas pendían de las vigas de madera del techo. Contra la pared se acumulaban toneles, cajas y ánforas deterioradas. Un gato se escondió furtivamente en un rincón oscuro, y varias palomas revolotearon en lo alto, levantando una nube de plumas.

—Vamos —dijo Hunk, señalando la desvencijada escalera que conducía a los pisos superiores. Subieron con cautela, para no espantar a la colonia de palomas, cuyo ruido podría alertar a los soldados que patrullaban las calles. Cuando se encontraron arriba, Hunk buscó una ventana que les permitiera observar el puerto sin ser vistos desde el exterior, y se acomodaron sobre un montón de paja sucia. Cinco o seis palomas se apartaron de mala gana, y la calma volvió a reinar en el ruinoso edificio.

Lo que vieron les hizo aguantar la respiración. En la bocana del puerto, tres enormes carabelas de transporte de mercancías ardían con la mitad del casco sumergidas en el agua, formando una barrera artificial, mientras al otro lado de las enormes cadenas que impedían el paso se acumulaba una enorme flota de más de sesenta navíos enemigos, que enarbolaban el león blanco del Ducado de Hert, adornado con una corona dorada, y el pendón de Ulimán, el águila de dos cabezas. De momento, aunque los barcos de guerra del rey Aganas superaban en gran número a los del general Brildo, se mantenían atascados en la única entrada de la bahía, hostigados por los arqueros desde lo alto de los muros. Mientras la flota enemiga no pudiera vencer el obstáculo, Puerto Blanco estaría a salvo.

—¿Crees que venceremos? —preguntó el príncipe, todavía asombrado por lo que veían sus ojos.

Hunk no contestó. Quería confiar en que las murallas de Puerto Blanco y los hombres que las defendían resistirían el ataque de la formidable escuadra de navíos enviada por el rey Aganas, pero una sombra de incertidumbre y temor se había instalado en su mente, y no podía dejar de pensar en uno de los rumores que habían escuchado durante su travesía por Ulimán: que Aganas el Tuerto se había aliado con el rey hechicero de los piratas de Rocasal, un misterioso personaje del

que se decía que podía devolver la vida a los muertos y hacerlos combatir para él. Si fuera cierta la noticia, y si los terribles piratas de Rocasal combatían junto a los marineros ulimanos de Aganas, podían darse por derrotados. Pero Hunk no podía decir al príncipe lo que pensaba. No podía asustarle.

—No os preocupéis. La ciudad no caerá...

—No os mováis.

Hunk y Eldas se volvieron al mismo tiempo, y entonces lo que habían tomado por una sombra agazapada tras unos sacos apilados contra la pared, se convirtió en una mujer delgada, de rasgos extranjeros, vestida con cota de malla y con una afilada espada que apuntaba al cuello del capitán, al que sin duda consideraba el más peligroso de los dos.

—¡Mierda! —masculló Hunk, molesto por haber sido sorprendido de tal modo, y para colmo, por una mujer. La observó con atención: era una joven de la lejana Saina. Había visto antes a los famosos guerreros-sombra, fabulosos espadachines cuya fama se extendía por todas las Tierras Libres. Una vez más, maldijo su falta de atención.

—Me temo que tengo que mataros —dijo la mujer, usando la lengua ulimana con un marcado acento—. Os habéis equivocado de lugar para esconderos.

—Deja libre al chico. Mátame a mí si quieres, pero deja que se vaya.

—No me has entendido, piel blanca —dijo la sainita, apretando la punta de su espada contra la fina piel del cuello de Hunk, de la que resbaló un diminuto hilo de sangre—. Voy a mataros. A los dos.

Hunk apretó los puños, dispuesto a dar un salto sobre la joven, sin importarle que su espada le atravesara de parte a parte; no permitiría que por un estúpido descuido, después de lo que había luchado por proteger al hijo del rey Peldas, muriese en un edificio ruinoso convertido en palomar. Moriría antes de ver morir a Eldas.

Justo en ese preciso instante, se escuchó un crujido en la escalera y apareció un hombre armado con una espada, vestido con una sobrevesta parda bajo la cual asomaban las anillas de una cota de malla. Era de edad madura, con algunas canas en los cabellos negros y en la cuidada barba. Miró a la sainita, alzó la mano con intención de hablar con ella, y entonces cruzó una mirada con Hunk, que dejó escapar un reniego.

—¡Por las barbas del rey Tulas! —exclamó, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia el recién llegado, para sorpresa de la sainita, que se encogió de hombros y se apartó un paso. Ambos hombres se fundieron en un abrazo.

—¡Comandante! —dijo Hunk, emocionado— ¿Cómo...cómo puede ser? Me dijeron que habíais muerto, que os asesinaron...

—A punto estuvieron de conseguirlo —dijo Artas Gando, con voz queda, y volvió a abrazar a su viejo amigo, y subordinado en la Guardia Real—. Yo también pensé que estabas muerto, Hunk. Pensé que yo era el último miembro de la Guardia del rey Peldas.

—¡Ah, los dioses nos maldijeron, comandante! Doy gracias a Adim por haberos encontrado sano y salvo. Tenemos muchas cosas de las que hablar, pero antes, si me permitís, dejadme presentaros a alguien...

Mientras Hunk hablaba, Artas se había girado para mirar al joven que le acompañaba y que les observaba entre asustado y perplejo. Antes de que su compañero terminase de hablar, hincó una rodilla al suelo y se llevó la mano al pecho.

—¡Adim misericordioso! Alteza, sois vos. Mis ojos no me engañan. Sois vos, Eldas...

El príncipe tardó unos segundos en reconocer al hombre que acababa de arrodillarse ante él, a punto de llorar; se dio cuenta de que era, después de Hunk, la persona que con mayor razón podía considerar como parte de su familia, su tutor de esgrima y su amigo, el servidor más fiel de su padre el Rey. De un salto, Eldas Arin se arrojó en los brazos de Artas Gando, como un niño que se alegra al reencontrarse con su padre tras un largo viaje.

—Tranquilo, muchacho —dijo Artas, olvidando por un momento que se trataba del príncipe y hablándole como si fuera un niño de corta edad, asustado y solo—. Tranquilo. Ya estás a salvo. Todo va a ir bien.

Fuera del edificio, en el puerto, continuaba la batalla naval.

AMIGOS Y ENEMIGOS

La frontera entre Ulimán y el pequeño reino de Safin se reducía a un castillo solitario al pie de una cadena de cerros boscosos, en una ruta que solo utilizaban mercaderes muy de vez en cuando, y en los últimos tiempos, contrabandistas y refugiados que huían de la guerra. Desde los muros, cuatro centinelas compartían un pellejo de vino y recuerdos de las chicas que habían conocido, mientras daban gracias por hallarse lejos de los peligrosos campos de batalla donde tantos de sus amigos y conocidos habían muerto. La mayoría de soldados de la guarnición cumplían el servicio obligatorio cuando el duque Aganas el Tuerto ordenó asesinar al rey Peldas y su familia, y continuaron en su puesto cuando llegaron las primeras órdenes desde Ulis. El comandante Raggan fue enviado al frente y fue sustituido por un veterano de barba canosa, Ritas Hannelim, que pronto se convirtió en un padre severo pero justo para todos ellos. Durante cinco años habían vivido allí, vigilando una de las fronteras más tranquilas del país, persiguiendo de vez en cuando a exiguos grupos de bandoleros y a algún que otro rebelde partidario de Poldas el Gordo, pero por suerte para ellos la región a la que pertenecía el castillo de Edint, el Condado de Pontar, había permanecido leal al rey Aganas y nada había cambiado desde entonces.

Hasta aquella mañana, en que llegó aquel viajero.

Los centinelas seguían hablando de las mujeres con las que se habían acostado, adornando sus historias con detalles inventados, cuando uno de ellos alzó la vista y por azar reparó en una figura encorvada que remontaba una loma, en territorio de Safin.

—Sargento —dijo el soldado, tocándole en el hombro al jefe de los guardias.

El sargento Bott, un hombrecillo de cara pálida y cabellos largos, se puso en pie con desgana y miró en la dirección que le indicaba su hombre.

—¡Vaya! Un visitante. Hoy tendremos noticias frescas.

—¿Avisamos al comandante?

—No —espetó Bott, inclinándose sobre una almena—. El viejo necesita descansar. Yo me encargaré. De todos modos, solo es un hombre. Si no me gusta lo que dice, haré que lo maten.

Los guardias no dijeron nada. Uno de ellos cogió su arco y los demás aguardaron a la llegada del viajero. Cuando éste estuvo lo bastante cerca como para hablarle, Bott observó que vestía una túnica gris, y se apoyaba en un largo bastón de madera negra. Si no fuera porque se encontraban a plena luz del día, hubiera jurado que estaba soñando y que aquel tipo era el mago Droidinstan, al que se le recordaba en numerosas canciones y epopeyas, como los reyes guerreros de antaño.

—¡Alto! —gritó Bott, con los brazos en jarra— ¡Estás en la frontera de Ulimán! Dime quién eres y a dónde vas, y qué te lleva a nuestro reino. Si no me mientes, veré si te dejamos continuar tu camino.

El viajero levantó la cabeza. Tardó un rato en quitarse la capucha que le cubría el rostro, y cuando lo hizo, Bott se estremeció de espanto. Tenía la mitad de la cara cubierta por horribles cicatrices, como si alguien demasiado cruel le hubiese hundido la cabeza en un brasero, y el ojo de esa parte, el izquierdo, era blanco como la nieve.

—Demasiado tiempo llevo viajando, sargento —dijo, con voz potente—, como para que ahora se me impida el paso hacia mi tierra de origen. Porto salvoconductos del legítimo rey, y si me demoro en mi travesía, los que lo causen serán castigados.

Bott enrojeció de rabia y aferró su espada.

—¡Sangre de Adim! ¿Quién te crees que eres para hablarme así? ¡Voy a arrancarte las tripas por tus palabras!

Con un gesto de ira, Bott tomó un arco de manos de uno de sus hombres, colocó una flecha en la cuerda y la disparó contra el insolente peregrino. Para el asombro y el temor de todos los presentes, el misterioso encapuchado levantó una mano y la saeta chocó en el aire, a unos metros de sus dedos, como si hubiese golpeado un muro de sólida roca, y cayó hecha pedazos sobre el polvo del camino. En lo alto de la muralla, un centinela lanzó un grito de sorpresa, y Bott maldijo en voz baja.

—¡Es un hechicero! —dijo uno de los soldados, con los ojos como platos— ¡Nos embrujará a todos!

Bott golpeó al soldado para que se callase, volvió a coger otra flecha y la arrojó con mayor precisión contra el viajero del cayado. Y al igual que antes, la saeta fue rechazada por una barrera invisible y se desplomó rota en mil pedazos ante los pies del encapuchado.

—No lo repetiré otra vez —dijo, con un matiz de impaciencia en la voz—. Permitidme pasar y no tendré en cuenta lo que aquí ha ocurrido, cuando me encuentre ante el Rey.

El sargento Bott estaba tan furioso que no hizo caso de las palabras del viajero, mandó llamar a una patrulla de veinte hombres y bajó al interior del patio del castillo, donde algunos caballeros y pajes le miraron con extrañeza cuando pasó a su lado con un rictus de ira en el rostro y balbuciendo imprecaciones. Un capitán que en ese momento salía de los establos se fijó en su actitud y le llamó por su nombre. Bott lo ignoró y se dirigió a la puerta de entrada, ordenando que bajasen el portón levadizo. El capitán, un veterano manco llamado Ynger, sacudió la cabeza y fue a su encuentro.

—¡Sargento Bott! —le interpeló— ¡Le llamo al orden!

—¡Váyase a la mierda, capitán! —espetó Bott, fuera de sí.

Atónito, Ynger hizo un gesto a varios guardias ociosos y antes de que Bott pudiese reaccionar, le agarraron de los brazos y le inmovilizaron, mientras el sargento lanzaba improperios por la

boca.

—¿Se puede saber qué le ocurre, sargento? ¿Se ha vuelto loco?

—¡Ese necio! —gritó Bott, rojo de ira— ¡Se ha burlado de mí, y merece un castigo! ¡Soltadme!

—¿De quién habla?—preguntó Ynger, perplejo. Uno de los soldados que se encontraban en el adarve y había seguido a Bott miró al capitán y señaló el portón.

—Un viajero, capitán. Acaba de llegar y ha pedido que le dejemos pasar. Ha dicho no sé qué de un salvoconducto del Rey.

—¡Por Adim! ¿Y por qué no se me ha informado?

Sin esperar respuesta, subió a la muralla, donde ya se había congregado un puñado de guardias curiosos, y observó al caminante que aguardaba pacientemente de pie, a una veintena de pasos de la fortaleza. Ynger arrugó el ceño al advertir las graves cicatrices que cubrían la mitad de la cabeza del hombre, y por un instante se le revolvió el estómago al imaginar el suplicio por el que habría pasado.

—Te saludo, viajero, y te pido perdón por la actuación del sargento Bott. Espero que no te haya causado ningún daño.

—Olvidaré el desaire del sargento, capitán, si me cedéis el paso, y me permitís continuar mi viaje. Me esperan en Ulis con harta impaciencia.

—Puedes pasar, viajero, y delante de un fuego podrás contarnos quién eres y qué te empuja a viajar hasta Ulis en estos tiempos de guerra.

—Os lo agradezco, capitán —repuso el viajero—, pero no puedo perder tiempo, ni siquiera para descansar. Demasiado me demoré en las Montañas de Luyne, donde encontré un enemigo que no me esperaba. Llevo conmigo un salvoconducto firmado por el rey Aganas de su puño y letra, y me espera en Ulis para entregarle algo tan valioso que no tiene medida.

Ynger frunció el ceño y se atusó el bigote. Se volvió a un soldado y le ordenó que avisara al comandante Hannelim. Mientras éste cumplía con el encargo, el capitán descendió de nuevo al patio y ordenó que abrieran el portón de entrada. Cuando estuvo abierto, el viajero del bastón se acercó hasta Ynger con andar pausado.

—Os doy las gracias de todo corazón, capitán. Y ahora, si sois un leal soldado, permitidme continuar mi viaje, pues no puedo demorarme más. Ya he perdido demasiado tiempo.

Ynger lo observó con la mirada entornada.

—Mi nombre es Filas Ynger y soy capitán de la guarnición de Edint. ¿Quién sois vos?

—Me han dado muchos nombres, y hay quien me considera amigo, pero otros me tienen como su enemigo. Sólo os diré, capitán Ynger, que mi misión es más importante que mi identidad.

—Entonces decidme cuál es tal misión —repuso Ynger, que empezaba a cansarse de aquel pintoresco viajero—. O mostradme el salvoconducto real.

De mala gana, el encapuchado de la cara quemada rebuscó entre los pliegues de su capa y extrajo un pergamino enrollado envuelto en una cinta roja. Se lo entregó a Ynger, pero éste, al ver llegar al comandante Hannelim junto a una escolta, se lo dio sin abrirlo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, con voz agria. Se mostraba algo molesto por haber sido despertado a tan temprana hora.

Ynger le explicó con pocas palabras lo ocurrido, y cuando terminó, Hannelim, un viejo de rostro severo con abundante barba, miró detenidamente al viajero, y entonces, para asombro de los que le rodeaban, abrió la boca, dio un paso atrás y pareció asustarse. Ni siquiera Ynger, que había servido bajo sus órdenes en los últimos diez años, le había visto palidecer nunca así.

—¡Adim misericordioso! Sois vos...

El viajero hizo un amago de sonreír, pero su rostro quemado se contrajo en una horrible mueca.

—Han pasado muchos años, pero soy yo. Y he vuelto para reclamar lo que es mío.

Ynger sintió que los pelos de la nuca se le erizaban y el corazón se le aceleraba. A su lado, varios de sus hombres retrocedieron instintivamente.

—Yo os vi morir —susurró Hannelim, pálido y tembloroso—. Aquella noche...la torre se derrumbó sobre vos...el fuego os devoró...

—Entonces, no visteis el final, comandante Hannelim. Os perdisteis lo mejor de esa noche.

El comandante pareció envejecer todavía más por momentos, mientras el viajero le miraba con una mezcla de secreto placer e impaciencia.

—Ahora, comandante Hannelim, me vais a permitir que siga mi viaje hasta Ulis. Espero que no haya ningún problema.

Los soldados guardaron silencio, con aire de respetuoso temor. Ynger miró al comandante, pero éste había perdido todo control sobre sí mismo y balbuceaba palabras sin sentido. Fuera quien fuese aquel viajero al que Hannelim conocía y temía, alguien al que había dado por muerto, el capitán pensó que debía detenerlo e impedir que escapara. Hizo un gesto a los soldados que le rodeaban, y en ese instante, sintió que algo andaba mal. Un escalofrío le recorrió la espalda y una sombra imprecisa pareció abatirse sobre el castillo de Edint. Quiso dar órdenes, organizar a sus hombres, que retrocedían con abierto pánico, pero no pudo hacer nada. Uno a uno, sus hombres fueron abatidos por enormes armas invisibles, sus brazos y piernas arrancados de cuajo, sus cabezas aplastadas o segadas, sus cuerpos atravesados o despedazados, mutilados de mil sangrientas y horribles maneras, delante de sus propios ojos. La sangre del que se encontraba a su lado, un fiel soldado llamado Pildur, le bañó por completo, y cuando se limpió la cara con el dorso de la mano y miró al suelo, vio un montón de pingajos sanguinolentos y huesos triturados.

Hannelim dio un grito y trató de escapar, pero apenas había dado un paso para dar media vuelta, cuando la muerte invisible y feroz le dio alcance: su cuerpo se elevó un par de metros sobre el patio del castillo, y ante la atónita mirada de Ynger, explotó como una sandía arrojada desde una gran altura. Pedazos de carne cayeron a su alrededor, acompañados de una lluvia de sangre y

vísceras. Incapaz de soportar tanta crueldad y tanto horror, Ynger se arrodilló y se cubrió los ojos con las manos, mientras el viajero pasaba a su lado, como si no hubiera ocurrido nada, como si él no fuera el causante de aquella carnicería.

Ynger sintió que la mano áspera del misterioso hombre con la cara quemada se posaba sobre su hombro y escuchó su voz convertida en un susurro.

—A vos, capitán Ynger, os perdono la vida. Sois el único que no ha tratado de detenerme, aunque cualquier intento habría resultado inútil.

Hizo una pausa e Ynger se estremeció de la cabeza a los pies.

—Sin embargo, no puedo permitir que contéis a alguien lo que aquí habéis visto. Lo siento, capitán.

Durante unos minutos que se le hicieron eternos, Ynger temió ser atravesado por aquellas espadas y hachas invisibles que habían despedazado a sus hombres, pero no sintió nada salvo una ligera sensación de calor en la boca y en los ojos. Cuando el encapuchado retiró la mano y se alejó con pasos lentos, Ynger alzó la cabeza y miró a su alrededor.

Solo vio oscuridad.

Aterrado, abrió la boca para gritar y ni un solo sonido brotó de su garganta. De rodillas sobre el suelo ensangrentado, se arañó la cara y se arrancó mechones de cabello con desesperación rayana en la locura.

Estaba ciego y mudo.

La ciudad ardía por los cuatro costados. Desde el puerto ascendían hasta el cielo densas columnas de humo, y en distintas partes de la población se arremolinaban humaredas más pequeñas procedentes de fuegos aislados. Columnas de soldados recorrían las calles hacia el centro de Puerto Blanco, empujando o eliminando los escasos defensores que seguían en pie, luchando ya solo por sus vidas. En algunas partes de la fortaleza de Faladder un grupo de valientes guerreros, al mando del capitán Hilg, todavía resistían los sucesivos asaltos de las tropas del almirante Robbin, pero después de tres días de combates, los soldados del general Brildo estaban exhaustos y no concebían ninguna esperanza de alcanzar una victoria, o, al menos, de escapar con vida de la ratonera en que se había convertido la ciudad. Porque lo que más temían los consejeros de Brildo se cumplió al día siguiente de comenzada la batalla naval en la bahía: desde tierra decenas de miles de soldados procedentes del Ducado de Hert habían cercado las murallas de la ciudad, y acabado con cualquier posibilidad de huida. Tanto Hilg como Beront y el Conde de Bosqueamargo, los tres consejeros que se habían encargado de la defensa de la ciudad, habían logrado mantener en secreto el inesperado suicidio del Rey, aunque su sobrino seguía sospechando que el capitán Toylen *Cabeza de Hierro* había envenenado a su tío, y consideró conveniente mantenerle encerrado en las mazmorras de la Torre Vigía. Ahora, al tercer día de la batalla, cuando la derrota era más que segura, los palacios, almacenes, templos y viviendas

estaban siendo saqueados, y los soldados de Aganas el Tuerto, entre los que había mercenarios de Fanaria y piratas de Rocasal, asesinaban, robaban y violaban a placer, cuando el joven Beront acababa de morir atravesado por una flecha emponzoñada, y el viejo conde Diradd agonizaba en una cama después de recibir una herida de espada durante un duro asalto a las murallas, Dimas Hilg dirigía al pequeño grupo de apenas doscientos agotados defensores en torno a la Torre Vigía y sus fortificaciones anexas, luchando por un pedazo de tierra y por sus vidas. Mientras el resto de Puerto Blanco ardía y era sometida al pillaje y la destrucción, en aquel pedazo de la fortaleza de Faladder el capitán Hilg mantenía una mínima esperanza mientras sus hombres siguieran resistiendo. Se había visto obligado a informar de la muerte del general Brildo, aunque en forma de mentira piadosa: contó que había caído en combate, tratando de desalojar una de las torres más cercanas a la Vigía. Sus hombres le creyeron, o fingieron creerle. Ya solo pensaban en sobrevivir el mayor tiempo posible y poner a salvo a las esposas e hijos que habían logrado refugiarse en la torre.

En las entrañas del alto edificio, sometido desde hacía horas a un constante bombardeo de pesadas piedras arrojadas por catapultas instaladas en los barcos más grandes de la flota de Robbin, varios prisioneros languidecían en los calabozos húmedos y casi a oscuras. Todos salvo uno de ellos eran oficiales y soldados del ejército enemigo capturados en el primer día de la batalla, y todos salvo uno oraban con fervor por el triunfo de los suyos y su pronto rescate. El único que no le rezaba a Adim ni a ninguno de los Dioses Mayores, una costumbre que nunca había adoptado a lo largo de su vida, era el capitán Ilanas Toylen *Cabeza de Hierro*, hasta hace pocos días consejero personal del general Brildo y ahora encarcelado en un sucio calabozo, acusado de asesinar precisamente a su rey, su mejor amigo. Fuera, tras las gruesas paredes de bloques de granito, se combatía con fiereza, y los profundos cimientos de la torre temblaban cada vez que uno de los proyectiles arrojados por los hombres del almirante Robbin golpeaban los muros. Pero Toylen nada podía hacer, salvo pensar. Debería estar allí fuera, al frente de sus soldados, con una espada en la mano, dirigiendo la defensa del último bastión en poder de los partidarios del general Brildo. Su lugar estaba en la batalla, aunque fuese en unas condiciones tan adversas y con casi ninguna esperanza de victoria o salvación. Incluso ahí abajo, entre mugre y oscuridad, llegaban las noticias de la batalla, y cuando comenzó el bombardeo de las catapultas enemigas, Toylen se dio cuenta de que el final de Puerto Blanco estaba cercano. El pequeño reino que con tanto esfuerzo había levantado el general Brildo, con el objetivo de combatir el creciente poder de Aganas el Tuerto, se tambaleaba al borde de la ruina. Con la pérdida de Puerto Blanco, el resto de posesiones del rey Ordas caerían en manos del Duque de Hert, y pronto también sería derrotado Poldas el Gordo. La guerra civil llegaría a su fin con la victoria final de Aganas Uder, asesino del rey Peldas y usurpador del trono de Ulimán. Y eso era algo que el capitán Toylen, un hombre que siempre fue leal a los Arin y que decidió permanecer al lado del general Brildo como un modo de destronar y eliminar a Aganas el Tuerto, no podía soportar que llegara a ocurrir.

Al otro lado de los barrotes de acero de su celda, un guardia barrigudo dormitaba sobre una silla apoyada contra la pared, ajeno al retumbar de las paredes. Toylen cerraba las manos con tanta fuerza que se clavaba las uñas en la carne, imaginando que al otro lado sus compañeros y amigos estaban muriendo sin poderles prestar ayuda ni combatir junto a ellos. Maldijo una vez más en voz alta y entonces escuchó una risa procedente de la celda contigua. Toylen frunció el ceño.

—¿Qué coño te hace tanta gracia?

El otro prisionero se tomó su tiempo para responder.

—Esta torre caerá antes del anochecer.

—¿Y piensas acaso que tú lo verás, imbécil? —replicó Toylen, con enfado— Te cortarán el cuello como a un cerdo.

El reo volvió a reír.

—Eso no me importa. Todos tenemos que morir. Pero vosotros moriréis de una manera increíblemente cruel. Él está de camino. Llegará muy pronto.

Toylen se levantó y asomó la cabeza entre los barrotes para tratar de ver quién era el que hablaba de ese modo, pero solo alcanzó a atisbar un bulto oscuro sobre la paja del calabozo.

—¿Quién coño eres?

—¿Eso qué importa? —repuso el prisionero— Solo un peón, como tú, y como tantos otros. Piezas sobre un tablero que otros manejan. Y uno de los mejores jugadores se aproxima a la ciudad. Cuando llegue, los últimos defensores morirán.

—¿De quién hablas, por Adim?

—Hablo de alguien al que los mismos reyes temen. Alguien a quien intentaron matar en Asmanar. Alguien cuyo poder no tiene rival en todas las Tierras Libres.

Toylen se sentó de nuevo y miró al suelo. Para su desgracia, sabía a quién se refería. El rey hechicero de las islas de Rocasal. El aliado de Aganas el Tuerto. Más poderoso que los magos de antaño.

—Mientes.

—Estoy aquí encerrado y sé que voy a morir. ¿Por qué querría mentir?

—No te conozco —repuso Toylen con aspereza—. Podrías ser el peor bastardo de Ulimán. Y una mentira sería el menor de tus actos. Lo único que sé de ti es que eres mi enemigo.

—Luché contigo en la batalla de Lerunt, hace veinte años —dijo el reo, con voz queda—. Allí derrotamos a los fanarios del rey Undago. ¿Lo recuerdas, capitán Toylen?

—¿Cómo sabes...?

—Cuando nos trajeron, hace tres días, un guardia se dirigió a tí llamándote capitán Toylen. Y que yo sepa, solo hay un capitán llamado así: Ilanas Toylen *Cabeza de Hierro*. El cabrón despiadado que junto al general Pent se hizo un nombre en la campaña de Basar.

—¿Quién eres? —gruñó Toylen, molesto por el hecho de que le recordaran un momento de su vida pasada del que no se sentía muy orgulloso.

—Un viejo soldado, nada más —respondió el prisionero—. Mi nombre no te dirá nada.

—¡Pero quiero saberlo, maldita sea!

El centinela despertó y ordenó que se callaran sin moverse de la silla.

—Da igual si luchaste conmigo o si te conozco —dijo Toylen, al cabo de un rato—. No te creo. Y tampoco creo que esta torre caiga. Mientras haya hombres valientes que la defiendan, resistirá.

—La torre caerá —musitó el reo, y luego se sumió en el silencio más completo.

Toylen no se vio con ganas de responder.

—Están cerca.

Desde detrás de la puerta, Torkkin y Ye vigilaban la calle y estaban atentos a los ruidos de la batalla, cada vez más cercanos. Era obvio que los hombres de Aganas habían tomado el puerto y avanzaban hacia el centro de la ciudad; dentro de poco, llegarían hasta donde estaban ellos, la casa donde Hunk y sus protegidos habían vivido ocultos desde su llegada. Por desgracia, al capitán Golover, que había sido amigo del espadachín que los ayudó a escapar de Ulis cinco años atrás, no lo habían vuelto a ver desde el comienzo de los combates, y Hunk temía que hubiese muerto en la batalla. De todos modos, ahora contaban con tres amigos, uno de ellos el hombre al que más estimaba después del capitán Bland o el general Brildo, su superior en la Guardia Real, y un compañero en el que se podía confiar ciegamente. El encuentro con Artas Gando no podía haber sido más afortunado, y Hunk daba gracias a los dioses por haberle mantenido con vida. Junto a él también estaba el verdugo Torkkin, un hombre siniestro de mala reputación, pero en el que Gando había depositado su confianza, y ante eso, Hunk nada podía decir. Y luego estaba la chica sainita, la que había estado a punto de degollarle en el palomar. Hunk no le guardaba rencor alguno, pero no le quitaba ojo de encima. No acababa de fiarse, por más que Gando le hubiera asegurado que le había salvado la vida en el norte, camino de Puerto Blanco. Para Hunk, todos los guerreros de la lejana y exótica Saina, fuesen hombres o mujeres, le parecían igual de peligrosos.

Ahora estaban todos reunidos en la casa, esperando la oportunidad de escapar del caos en el que se había sumido la ciudad desde el inicio de la batalla, tres días antes. Torkkin se había aventurado fuera de la vivienda para averiguar el curso de los acontecimientos, y no había regresado hasta bien entrada la madrugada, con una herida en un brazo. Había estado en la muralla norte, la que miraba tierra adentro, y al llegar se había visto inmerso en una sangrienta batalla. Tropas de Hert habían puesto sitio a Puerto Blanco y algunos grupos habían logrado abrir brecha en las murallas; se combatía con ardor por todas partes. Torkkin tuvo que usar su hacha y abrirse paso para escapar. La situación era desesperada, y a la ciudad le quedaban horas para capitular.

Después de un par de horas de tensa espera, sabiendo que no podrían escapar por la puerta que miraba al norte, los sonidos de la batalla se habían acrecentado, y grupos de soldados malheridos y mujeres histéricas corrían por la calle, sin rumbo fijo. Gando afirmó que era la hora de huir, antes de que fuera demasiado tarde. Se confundirían con los soldados que huían y buscarían una salida en las murallas. Ye no se mostró muy convencida: eran siete personas, y dos de ellas eran

dos chicas que no sabían blandir una espada. No llegarían muy lejos. Aunque le costara reconocerlo, Hunk compartía la opinión de la sainita. Aunque la otra opción no era muy atractiva: quedarse en la casa y luchar cuando llegasen los hombres de Aganas el Tuerto. Y morir todos como idiotas, seguramente.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el príncipe Eldas, que desde hacía un rato jugueteaba con la espada que Hunk le había proporcionado al llegar a Puerto Blanco, y con la que había practicado esgrima el último año. Hablando con Gando, poco antes de que empezara la batalla, éste le había aconsejado que la bautizara con un buen nombre, como su antepasado, el rey Aipas el Grande le dio el nombre de *Esmirel* a la espada que forjó con una roca caída de los cielos y que llevaron todos los reyes de Ulimán a partir de entonces, más de doscientos años atrás. *Esmirel*, el Rayo del Cielo. Al hablar sobre ella, Artas imaginó que ahora estaría colgada del cinto de Aganas el Tuerto y sintió una amarga sensación de dolor. Todo lo que había pertenecido a los Arin, el Palacio de Murrimel, la espada *Esmirel*, el trono de Ulimán, un reino entero, ahora estaban en manos de un usurpador asesino.

Al final, Eldas escogió un nombre de las leyendas del pasado, el de la espada del guerrero Butan *Manorroja*, de quien se cantaba que luchó contra una horda de gigantes en las Montañas de Greiner, al norte de Ulimán. Butan llamó a su mítica arma *Trovayli*, Ira de Acero, y el príncipe consideró que era un nombre perfecto para la suya.

Ahora, sentado al pie del fuego, le daba vueltas entre las manos, mientras Eliana y Simi se acurrucaban en un rincón, nerviosas.

—Si mi padre supiera que estoy aquí... —susurró la joven noble—. Si les dijera que estoy viva, tal vez podríamos escapar o...

—No —dijo Eldas, tajante—. No permitiré que te entregues a los hombres de tu padre, y menos aún que les digas quién eres. No sabes cómo reaccionarán los soldados que nos atacan.

—Estoy de acuerdo con el príncipe, Eliana —intervino Artas—. Ahora mismo tenemos dos opciones: o nos quedamos aquí escondidos, o tratamos de escapar aprovechando la confusión de la batalla. Y ambas tienen escasas posibilidades de éxito. Pero de ningún modo dejaré que pongáis vuestra vida en peligro, Eliana.

La hija del Duque de Hert, del hombre que había provocado la guerra con el asesinato del legítimo rey y que había enviado una flota descomunal para someter Puerto Blanco, observó las llamas de la hoguera en silencio. Simi le apretó la mano para infundirle ánimos.

Torkkin llamó la atención de Hunk y Gando, que se acercaron a la puerta.

—Ya están aquí —musitó el verdugo, haciendo un gesto con la mano.

—*Ai di lang* —gruñó Ye, y apretó la empuñadura de su larga espada con ambas manos.

Hunk desenvainó su arma y se preparó para la lucha.

UN LUGAR DONDE MORIR

Desde hacía más de un año, en las orillas del río Valinen habían muerto decenas de miles de ulimanos en una serie de batallas que no tenían otro objetivo que desgastar al contrario. Entre el castillo de Oldren y la ciudad de Ulfal los campos estaban sembrados de cadáveres y despojos de los combates, y en las aldeas ribereñas ya no quedaba ni un habitante con vida. Las granjas estaban vacía y en ruinas, los campos sin sembrar, los pozos envenenados, las casas quemadas, el ganado muerto. La frontera entre las posesiones de Aganas el Tuerto, las del general Brildo y las de Poldas el Gordo se había convertido en un erial de muerte y destrucción.

En el castillo del Conde de Yett, situado un par de millas al sur de Ulfal, los doscientos hombres de la guarnición acababan de regresar de una incursión en las tierras vecinas, en otros tiempo pertenecientes al mismo Conde, y hoy un territorio en litigio anegado en sangre. El capitán Taras Siron, jefe del castillo, solía hacer descubiertas en el campo enemigo de vez en cuando para conseguir provisiones y que sus hombres se desahogaran matando a unos cuantos partidarios de Poldas el Gordo. La guerra para ellos se había convertido en un sangriento pasatiempo, una manera de distraerse y de evitar ser enviados a frentes más peligrosos. Y Siron se mostraba satisfecho con la vida que llevaban. No temía ataques por parte del ejército de Poldas, que en los últimos seis meses se había reducido casi a la mitad y ya no se aventuraban más allá de las líneas del frente. Todo estaba controlado, y si en el resto de Ulimán, allá donde se combatía, las tropas de Aganas seguían avanzando y conquistando territorios, pronto frente al castillo de Yett no existiría ninguna frontera. El feudo de Fuente Cristal y todos los otros que poseía Poldas acabarían por caer en las manos del rey Aganas como fruta madura.

El capitán Siron disfrutaba de un baño de agua caliente cuando llamaron a la puerta de su cuarto. Con un gruñido seco, contestó que le dejaran en paz.

—Es importante, capitán.

—¡Maldita sea! ¿Es que no me puedo bañar en paz? ¿Qué demonios pasa?

Su ayudante, el sargento Driggan, asomó la cabeza por la puerta. Estaba pálido y tembloroso.

—Un...un ejército, capitán. Se acerca desde el este...

De un salto, Siron salió de la bañera y se vistió con dedos torpes.

—¿Un ejército? ¿Qué ejército? ¡Habla, por Adim!

—Llevan el emblema del halcón de plata de Gabolia...

—¡Los Silfos! —exclamó Siron, perplejo— ¿Los Silfos nos atacan...? ¡Maldita sea mi suerte! Reúne a todos los hombres, Driggan. Y envía un mensajero a Ulfal. ¡Muévete!

Cuando acabó de vestirse con su uniforme de combate y un paje le entregó su espada recién bruñida, corrió a lo alto del muro oriental del castillo. La mayoría de los soldados se encontraban ya preparados para entrar en combate, y muchos miraban hacia el este con evidente aprensión. Siron se abrió paso entre los centinelas y observó boquiaberto las praderas que se extendían al otro lado del río Valinen, la tierra de nadie que él y sus hombres habían atravesado cientos de veces en cada correría, sembrando la muerte a su paso. Un formidable ejército avanzaba a buen ritmo, una masa de jinetes armados con lanzas y soldados a pie, unos con cota de malla y otros con armaduras que lanzaban cegadores destellos heridas por el sol, una hueste interminable que se perdía en el horizonte y que dejaba tras de sí una nube de polvo. Sobre sus cabezas ondeaban los pendones de las principales casas de Gabolia, desde el emblema real de Onain el Justo, un halcón de plata sobre fondo blanco, hasta el del más poderoso noble, el Duque de Ubailanin, Silion Guldamant, en el que se representaba dos caballos alados rampantes, frente a frente.

El capitán Siron no podía apartar la vista de semejante espectáculo: el ejército más poderoso de las Tierras Libres, los inmortales Silfos, con su rey a la cabeza, marchando a la guerra. Desde hacía más de cien años, en la época en que el Imperio de Norgesia trató de someter todas las naciones del continente y llegó a ocupar gran parte de Ulimán y obligó a exiliarse al rey Nolas II, el ejército de Gabolia al completo no había vuelto a partir y cruzar sus fronteras como una imparable bestia de caza en persecución de su presa. Todos temían a los Silfos, y si hasta el momento Aganas el Tuerto no se había atrevido a acabar completamente con Poldas el Gordo, era por el temor de que el rey Onain se arrojara con todo su poder sobre él. Y los Silfos, durante los cinco años de guerra, habían sido aliados de Poldas, pero de forma un tanto tibia y sin comprometer fuerzas numerosas. Y ahora, un grupo de doscientos ulimanos en un olvidado castillo del frente, se encontraba en la ruta de una de las mayores huestes jamás reunidas.

—¡Que Adim nos salve! —masculló el sargento Driggan— ¿Cuántos guerreros puede haber...?

—Yo soy el más viejo de vosotros —dijo un soldado veterano, con barba blanca y cicatrices en la cara— y nunca he visto nada igual...

Mientras ellos contemplaban las tropas de los Silfos, éstos continuaban con su avance, imperturbables y firmes, como una ola de grandes dimensiones que se abate sobre una playa desprotegida.

A Hunk le sudaban las manos. Le ocurría siempre que tenía que luchar, en los momentos previos a la batalla. No tenía remedio contra eso, salvo agarrar con más fuerza la empuñadura de su espada y esperar matar a todo el que se le pusiera por delante, para salir vivo. En una batalla, todo se reducía a un hombre contra otro, espada contra espada. Pero allí, encerrados en una casa en mitad de una ciudad anegada por la marea de un ejército enemigo, donde se luchaba calle por calle, sin esperanza de salvar el pellejo, Hunk no creía que su espada sirviera para sacarles de aquel atolladero, ni la suya ni la de sus compañeros. Y eso que a su lado estaban grandes

espadachines, como el comandante Gando o la sainita Ye. Pero allí fuera les esperaban hordas de enemigos sedientos de sangre.

—¿Estáis preparados? —preguntó Artas. Con su aspecto sereno, y su aire severo, a Hunk le recordó otros días del pasado, cuando era el comandante de la Guardia Real y no se separaba nunca del rey Peldas. No podía imaginar un oficial mejor que él para dirigirles en ese último y desesperado combate.

—Lo estamos, comandante —dijo Hunk, con convicción—. ¿Cuál es el plan?

—Protegerles —respondió Artas, señalando al príncipe y su amante—. Todo el tiempo que sea posible.

Hunk asintió con un gesto sin decir palabra. Se volvió hacia Simi y le dijo:

—Llévatelos al cuarto trasero y cierra la puerta.

La criada hizo lo que le decían, y cuando se quedaron a solas los cuatro guerreros, Artas Gando les miró uno por uno.

—Todavía estáis a tiempo de marcharos de aquí. Ningún juramento os obliga a quedaros a luchar y defender al último heredero de la casa de Arin.

—Soy una *dayang*, piel blanca —dijo Ye, sin inmutarse— y un *dayang* no huye ni se rinde. Lucha hasta el final, junto a sus compañeros.

—Gracias de nuevo, Ye —dijo Artas, con sincera admiración—. Sé que somos gente extraña, pero somos tus amigos. Yo soy tu amigo.

—Yo escogí seguir a vuestro lado, comandante Gando —señaló Torkkin—. Y puestos a elegir, prefiero morir defendiendo al príncipe. Ya que no hice nada por proteger a su padre. Y, si os soy sincero, este es un buen lugar como otro cualquiera para morir.

Artas abrió la boca para decir unas palabras de ánimo, cuando se escuchó un grito en la calle y entrecocar de espadas. Soldados de Hert corrían ya por aquel barrio, golpeando las puertas para entrar y matando a todo aquel con el que se cruzaban, sin importarles que fueran mujeres, niños o ancianos impedidos. Los primeros soldados aporrearon la puerta de la casa, maldijeron en voz alta y comenzaron a golpear la madera con un hacha. Ye y Torkkin se colocaron a ambos lados de la puerta, mientras Hunk retrocedía hacia una esquina, y Gando se posicionaba cerca de la habitación donde se escondían el príncipe y las dos chicas.

Con estrépito, un gran pedazo de madera astillada cayó hacia dentro y por un instante asomó una mano enguantada sujetando un hacha. Acto seguido, empujaron la destrozada puerta y entraron tres soldados con la librea del Ducado de Hert. El primero cayó decapitado en un abrir y cerrar de ojos por la espada de Ye, y el segundo se desplomó sobre el suelo con un gemido, con la cabeza destrozada por el hacha de Torkkin. El tercero vaciló durante unos segundos al ver caer a sus dos compañeros; los segundos suficientes para que Ye diese un salto y le cortase la garganta con un veloz movimiento de la espada.

Un cuarto soldado, el que había roto la puerta con su hacha, quiso echar a correr al ver que los

ocupantes de la casa eran más peligrosos que los que habían encontrado hasta entonces, pero Torkkin salió con premura de la vivienda y acabó con su vida de un certero golpe. Luego regresó al interior mientras más soldados enemigos llegaban a la carrera.

—¡Atentos! —gritó Artas, señalando con su espada *Sinbayli* a los hombres que se acercaban. Ye se colocó de nuevo en posición, y fue la primera en entablar combate con uno de los soldados del Ducado de Hert, un tipo fortachón con barba rala. A su lado, Torkkin se enzarzó con un mercenario fanario de largos cabellos. Ambos se deshicieron con rapidez de sus contrincantes, pero más guerreros llegaban en tropel, ansiosos por entrar en combate y acabar con esos adversarios que tan bien combatían. Gando y Hunk se unieron a sus compañeros, y pronto se desató un sangriento combate en el salón principal de la casa. Ye abatió a su cuarto enemigo, y Torkkin arrojó un tercer soldado moribundo contra otros dos mercenarios que trataban de entrar en la casa. El perro del verdugo, *Armo*, se arrojó al cuello de otro enemigo, buscando con sus afilados dientes la carne para desgarrarla. Artas hirió de muerte a su rival, pero enseguida otro ulimano se lanzó a luchar contra él. Charcos de sangre empapaban el suelo y los soldados ulimanos caían derribando muebles y jarrones.

Entonces, cuando todos estaban enzarzados en confusa refriega, cansados y cubiertos de sangre, una trompeta resonó a lo lejos. Artas alzó la cabeza un segundo, recordando una batalla del pasado, muchos años atrás. Y con ella, una canción antigua como las raíces de las montañas.

*Con el amanecer
llegan las estrellas
que anuncian las trompetas.
Con el amanecer
los Hijos de Eilisani
descienden a caballo.*

Las trompetas, con un sonido claro y diáfano como el canto del ruiseñor, retumbaron de nuevo por toda la ciudad, y algunos de los combatientes miraron a uno y otro lado con perplejidad. Algunas notas reverberaban de tan manera que parecían proceder del mismo cielo, por encima de la ciudad.

“Hijos de Eilisani” se dijo Artas, al tiempo que golpeaba con su espada el escudo de un adversario que le increpaba. “Silfos. No pueden ser otros salvo ellos...”

El combate continuó, pero mientras Artas y los suyos se defendían con increíble valor en el interior de la casa, en la calle algunos soldados de Hert vacilaban y retrocedían como si se vieran acosados por un enemigo con el que no contaban. Y el viejo comandante de la Guardia Real no tardó en descubrir que estaba en lo cierto: unos instantes después, una cerrada columna de jinetes pasó al galope calle abajo, con unas largas lanzas en ristre, tremolando tras de sí un emblema con un halcón plateado.

—¡Los Silfos! —gritó Artas, con asombro— ¡Los Silfos están con nosotros!

Los ulimanos de Aganas huían por delante de los jinetes Silfos, que cargaban en formación cerrada, abatiendo a todo aquel que se ponía por delante. Un momento antes, los hombres de Hert saqueaban las casas de Puerto Blanco, poseídos por la euforia del triunfo, matando a placer, y ahora huían despavoridos, sin apenas hacer frente a los miles de Silfos que habían irrumpido por sorpresa en la retaguardia del ejército de Aganas y penetrado en una ciudad que ya estaba en manos del almirante Robbin.

Cuando la calle quedó despejada, Artas se dejó caer al suelo y Hunk corrió a prestarle ayuda.

—¿Os han herido, comandante?

Artas se palpó el costado, bajo el brazo derecho.

—No es nada...Solo una herida reciente.

—Deja que le eche un vistazo —dijo Ye, arrodillándose a su lado—. Con tanto movimiento, ha debido reabrirse la herida.

Artas se dejó hacer, mientras Torkkin echaba un vistazo por la calle. Docenas de cadáveres yacían esparcidos por doquier, entre variadas armas, líos de ropa y enseres cotidianos. Un solitario jinete Silfo pasó como una exhalación, sin detenerse, y un instante después sonaron otra vez las trompetas.

—Doy gracias a los dioses —dijo Hunk, con los brazos en jarra—. De no ser por los Silfos, no hubiésemos aguantado mucho más.

—Yo me pregunto —comentó Artas, al tiempo que Ye le vendaba la vieja herida recibida en la taberna “El Perro Blanco”— qué ha cambiado para que el rey de Gabolia haya decidido salir de Ais Andol e intervenir en serio en esta maldita guerra.

—No lo sé, comandante —dijo Hunk, rascándose la cabeza—. Pero, ¿sabéis qué? Bienvenidos sean.

Torkkin se asomó desde la puerta.

—Se acercan unos Silfos a pie.

Artas se puso en pie y gruñó al notar una ligera punzada de dolor en el abdomen.

—Bueno, creo que me toca hablar. De momento, será mejor que no hable del príncipe Eldas ni de la hija del duque Aganas. Primero tenemos que saber cuáles son las intenciones de los Silfos.

Hunk se mostró de acuerdo y ordenó a Ye y a Torkkin que guardasen sus armas. Al cabo de un rato un batallón de cien soldados Silfos, ataviados con armaduras relucientes y cascos con cimera aladas, se detuvo ante la casa. Un oficial de gran estatura, incluso para ser un Silfo, de ojos azules y pómulos estrechos, con una capa roja, se adelantó y miró a Artas.

—¿Sois ciudadanos de Puerto Blanco, o formáis parte de su guarnición? —preguntó, mientras sus soldados se desplegaban a lo largo de la calle y ayudaban a los vecinos heridos, que empezaban a salir de sus casas.

—Soy un oficial ulimano —dijo Artas, con un gesto—, aunque no pertenezco a la guarnición. Me gustaría hablar con el comandante superior que dirige vuestras tropas.

—¿El general Gibolian? Ahora mismo va de camino a la fortaleza del puerto, pero os puedo conducir ante mi señor, el Duque de Ubailanin. Él es el heraldo de Su Augusta Majestad, el rey Onain.

—¿Puedo preguntaros algo, capitán...?

—Sarosith, Idoan Sarosith —respondió el oficial Silfo, haciendo una leve reverencia—. ¿Y con quién tengo el placer de hablar?

—Soy el capitán Artas Gando.

—Muy bien, capitán Gando. Podéis preguntar lo que queráis.

Artas miró a su alrededor: más batallones de la infantería Silfa se desplegaban por doquier, y los sonidos de la batalla se alejaban en dirección al puerto. Las tropas del almirante Robbin debían estar pasándolo muy mal.

—¿Está vuestro rey en persona en Ulimán? ¿Está al frente de las tropas?

—Por supuesto que sí, capitán Gando. Cien mil lanzas y espadas partieron de Gabolia hace poco más de un mes, y unos trescientos navíos que a esta hora deben estar cercando la bocana del puerto. El mayor ejército desplegado por nuestro pueblo desde los tiempos del rey Ilian —Sarosith hizo una pausa y observó el interminable desfile de sus compatriotas, antes de añadir:—. En estos momentos, Su Augusta Majestad se dirige al mando de cincuenta mil guerreros hacia el norte.

—¿Hacia el norte? —inquirió Artas, sin terminar de entender.

—Hacia la capital —respondió Sarosith con una sonrisa—. Hacia Ulis.

RÍOS DE SANGRE Y CENIZA

Los jinetes le seguían a corta distancia. Sudoroso y con una herida de espada que apenas había podido restañar con un pedazo de tela, Aranos Brent corría a través del bosque, después de perder su caballo y quedar solo. Eran una veintena cuando partieron del castillo de Murmel, que se erguía cerca del río Albin, en el rico feudo de Tarben, a unas veinte millas al sur de Ulis. Ortas el Gotoso, el apático y obeso Conde de Tarben, había sido el principal vasallo de Aganas el Tuerto en la región desde el asesinato del rey Peldas y su familia, y sus tropas siempre habían estado dispuestas a enfrentarse a los ejércitos de Poldas el Gordo en los límites con Fuente Cristal, que se había convertido en un peligroso frente, donde campaban a sus anchas bandas de mercenarios, soldados y sangrientos bandidos. Ortas el Gotoso había sido un fiel súbdito del rey Aganas el Tuerto, presto a cumplir sus órdenes, hasta la mañana en que un oficial descontento decidió que era la hora de cambiar de bando y le degolló en su bañera antes de entregar todo el Condado a los hombres de Poldas el Gordo. Lo que aquel capitán no sabía es que tanto el general Glunt como su mano derecha, el capitán Bastor el Cicatriz, acababan de morir, y hasta que los Silfos controlaran la situación, la anarquía reinaba en todo Fuente Cristal; un regimiento de jinetes se presentó en el castillo de Tarben, y en cuanto el asesino del conde les abrió las puertas, se desató una orgía de sangre. Las noticias llegaron hasta la cercana fortaleza de Murmel llevadas por una docena de supervivientes de la masacre, que contaron entre lágrimas cómo los soldados de Poldas el Gordo violaron a todas las mujeres sin excepción, fuesen ancianas o niñas de corta edad, asesinaron a los hombres, cortándoles las cabezas y apilaron estas en el patio del castillo, mientras saqueaban el interior y quemaban las casas de madera y zarzo. Solo doce personas lograron huir de aquel horror, tres mujeres con sus hijos, dos jóvenes hermanas, un par de soldados y un sargento malherido. El capitán Brent, al mando del centenar de caballeros de la guarnición del castillo de Murmel, les dio cobijo, agua y comida, y envió varios jinetes para conocer la situación. Los jinetes nunca regresaron, y ahora, herido y solo, Brent corría para salvar la vida. Detrás suya había quedado un castillo reducido a escombros humeantes que durante casi cinco años había defendido y mantenido a salvo, una atalaya sembrada de cadáveres. La defensa contra un ejército de mercenarios fanarios, a los que poco importaba que Murmel estuviese bajo las órdenes del mismo hombre al que ellos servían, Aganas el Tuerto, fue valiente pero inútil. Aquella horda de guerreros acostumbrados a conseguir botines fáciles sin apenas riesgo, sin reconocer ninguna otra autoridad que la de su cabecilla, un tal Nundo el Rompedientes, asaltaron las murallas con ansias de robar y matar, y eso es lo que hicieron, mientras el capitán Brent escapaba a duras penas con un puñado de sus hombres. En los días siguientes, no contentos con la degollina y el saqueo de Murmel, los fanarios de Nundo el Rompedientes les fueron cazando uno por uno, como liebres perseguidas por fieros perros de presa. Una mañana, al despertar, Brent se encontró con un solo

compañero, Reff, un soldado de gran estatura y pocas palabras. Ambos se miraron, recogieron sus escasas pertenencias de manera apresurada y partieron en sus caballos.

Habían recorrido varias millas, rumbo al sur, sin perder de vista las orillas plagadas de sauces del río Albin, cuando escucharon los cuernos de los fanarios. Se internaron en un bosquecillo, donde los feroces hombres de Nundo les dieron alcance. Reff fue derribado de su caballo y le gritó a Brent que huyera. El capitán dio media vuelta y corrió a ayudar a su único colega. Fue demasiado tarde; los jinetes fanarios cayeron sobre Reff, atacándole con sus jabalinas, y aunque el ulimano supo defenderse con arrojo, y logró derribar a seis adversarios, a la postre las lanzas enemigas atravesaron su cuerpo y lo dejaron clavado sobre el suelo del bosque. Brent fue desazonado, y después de acabar con tres fanarios, logró huir a través de una cañada, dejando atrás a sus enemigos. Pero si albergaba alguna esperanza de que los mercenarios de Nundo se olvidasen de él y le dejaran en paz, no tardó en darse de bruces con la triste realidad: los fanarios seguían tras él, deseosos de acabar con el comandante de Murrel.

Tropezando por una trocha de cabras, entre enmarañados árboles, el capitán Aranos Brent se apretaba la herida del costado, ahí donde un fanario había logrado clavarle la espada atravesando su cota de mallas, mientras de vez en cuando miraba hacia atrás, esperando ver surgir en cualquier momento a sus perseguidores. Hacía horas que corría por el bosque, sin saber en qué dirección iba. Había perdido de vista el río Albin, y estaba más pendiente de los fanarios que le perseguían que de orientarse. Su único objetivo era escapar.

Al detenerse un instante para recuperar el aliento, vio sobre su cabeza varios ánades azules; eran aves que vivían cerca de ríos y charcas, por lo que el Albin no debía encontrarse muy lejos. Se examinó la herida y reemplazó el trapo ya sucio de sangre por otra tira de tela limpia. Luego echó a correr de nuevo, sintiendo que los pies le ardían y las piernas le pesaban cada vez más. Debía encontrar un refugio temporal, o no podría resistir mucho más.

Remontó un cerro jalonado de arbustos, arañándose las manos, y cuando se detuvo en la cima, apoyando la espalda contra el tronco de una encina, vio al otro lado la plácida corriente del Albin, con su ancho cauce plateado, ajeno a las guerras y los odios de los hombres. Su padre, un caballero que había cabalgado bajo las órdenes del famoso capitán Grey, solía decir que, más tarde o más temprano, los ríos se llenaban de sangre y de cenizas. Los hombres eran así. Cuando desataban su ira, arrasaban todo lo que encontraban a su paso, y como si fuesen Trolls, quemaban pueblos enteros, destrozaban cosechas, envenenaban pozos y charcas, talaban árboles y no dejaban nada en pie a su alrededor. Brent había sido testigo de ello en aquellos años de guerra, y también había conocido a auténticos monstruos, asesinos de frío corazón, incapaces de mostrar la más mínima piedad. Y para el capitán, Aganas el Tuerto era uno de los peores. No importaba que le hubiera servido todos esos años, ni que le hubiese jurado lealtad como otros tantos compañeros. Su juramento de nada le valía ahora, después de ver la clase de tirano en el que se había convertido y cómo había entregado su propia tierra a bandas de mercenarios que solo se dedicaban a robar, violar y asesinar. Demasiado tarde, Aranos Brent se había dado cuenta del error que había supuesto tomar partido por el Duque de Hert.

Poco a poco, empezó a descender por la loma en dirección al río. Había visto un grupo de cabañas apiñadas en torno a una aceña, en la misma orilla; buscaría cobijo entre sus muros,

confiando en que los fanarios de Nundo pasarían de largo. Llegó a un camino de tierra apisonada que conducía a la pequeña aldea ribereña y conforme se acercaba, se percató de que algo andaba mal. No había signos de presencia humana. Las casas estaban vacías, puertas y ventanas abiertas, y objetos desparramados por doquier.

Entonces, oyó los gritos.

Instintivamente, se escondió tras una tapia de piedra, aferrando su espada. Miró con cautela por encima del murete, y alcanzó a ver a varios aldeanos que eran conducidos con las manos atadas por guerreros de extraños atavíos hacia un peculiar navío atracado en la ribera. Necesitó mirar más de dos veces, arriesgándose a ser visto, para comprobar que aquel barco no era tal, sino una isla conformada por peñascos, enmarañados arbustos y haces de juncos, un islote que por alguna desconocida magia era usado como transporte por aquellos asaltantes. Aterrado, Brent recordó una historia que había escuchado en Tarben en cierta ocasión. Los piratas de Rocasal se habían reunido en asamblea para elegir como rey a un hechicero al que todos temían, y se decía que el rey Aganas lo había convertido en su aliado. También se rumoreaba que el rey hechicero viajaba por el mar a bordo de una isla que manejaba a su antojo. Y si los rumores eran ciertos, a unos metros de Brent se hallaba la siniestra isla y su no menos siniestro dueño.

“Que Adim tenga piedad de mí. He escapado de la sartén para caer en el fuego”.

Solo le quedaba una opción: salir de la aldea, sin hacer el menor ruido. Ponerse a salvo y cuando se recuperara lo suficiente de su herida, desertar del ejército de Aganas. Se decía que en Puerto Blanco el general Brildo estaba a punto de sucumbir ante la flota del almirante Robbin, y bien sabía Brent que en Fuente Cristal el auténtico gobernante era el rey de los Silfos. No le quedaba otra alternativa que buscarse la vida fuera de su tierra. Como soldado veterano, no le faltaría trabajo como mercenario. Echó un último vistazo a los piratas de Rocasal, que conducían a los cautivos a su isla a empellones, y se alejó de la aldea con tanto sigilo como pudo.

Encontró una vereda entre los sauces de la orilla, y antes de seguirla, volvió a mirar hacia el río, donde seguía anclada la isla del hechicero. Un monstruo más al que Aganas el Tuerto había abierto las puertas de su reino. Un monstruo más que haría correr ríos de sangre y cenizas.

Aranos Brent sacudió la cabeza y echó a andar. No vio llegar el ataque. Cuando oyó unas pisadas, vio por el rabillo del ojo una silueta, y cuando desenvainó su espada, sintió un golpe en las entrañas. Cayó de rodillas y se vio rodeado por un grupo de pintorescos guerreros con aires de marineros. El jefe iba ataviado con una túnica de terciopelo negro, y en ningún momento Brent llegó a ver su rostro. Se acercó en silencio, y sin pronunciar palabra, le tocó en la frente con una mano fría como el hielo.

Y Aranos Brent rezó porque su muerte fuese rápida.

Se despertó empapado en sudor. Había vuelto a soñar con la mazmorra, la sonrisa de Bastor, el hacha de Torkkin, los cuerpos despedazados. Todo igual como aquel día. La única diferencia era

que en el sueño Torkkin le cortaba la cabeza y se la entregaba al general Glunt a cambio de una bolsa llena de oro. Por suerte, no era más que otra pesadilla.

Se irguió en el lecho y buscó a tientas una jarra de vino. Era todavía de noche, pero el alba no tardaría en dibujarse en el horizonte. Desde aquella mañana lluviosa en las mazmorras del palacio-fortaleza de Valador no había vuelto a conciliar el sueño. Había perdido en un solo día al que consideraba su consejero más fiel, el general Glunt y a su ayudante, el capitán Bastor, y además, el jefe de los Encapuchados, que tan bien le había servido en los últimos cinco años, también se había rebelado contra él y había acabado muerto. Todos muertos, por la mano del verdugo Torkkin. ¿Quién hubiera imaginado tal cosa? Poldas Arin, Duque de Pelton, y considerado legítimo rey de Ulimán, seguro que no. Torkkin le había sido fiel cuando todos los demás en los que confiaba le habían traicionado. Y ahora el verdugo le había abandonado, estaba rodeado de Silfos en los que no podía confiar y oficiales que hacían lo que les venía en gana sin obedecer sus órdenes. Los pocos hombres que aún le eran fieles le informaban de que en Fuente Cristal reinaba el caos, y ciertas bandas de mercenarios habían aprovechado la situación para dedicarse al pillaje y al saqueo. Tenía consigo a Laifin Aifinath, quien le había expresado la lealtad de los Silfos bajo su mando y la amistad del rey Onain el Justo. Pero Poldas se preguntaba hasta qué punto podía confiar en ellos, cuando lo que les interesaba eran las ricas minas de Fuente Cristal. Aunque creyera todo lo contrario, se encontraba solo. Solo y rodeado de enemigos y rivales.

Se envolvió en una capa y se asomó al balcón de sus aposentos. A sus pies, Spel dormía, y en las barbacanas y torres de la fortaleza de Valador los insomnes Encapuchados montaban guardia. Habían perdido a su carismático comandante, Indas Lott, que había sido reemplazado por uno de sus hombres de confianza, Fagas Varan, y de momento seguían a su servicio. Por cuanto tiempo, Poldas no sabría decirlo. Cogió el medallón de oro que siempre llevaba colgado del cuello, que tenía grabado el emblema de los Arin: un arquero blanco. Poldas había escuchado de pequeño las leyendas sobre la fundación de su linaje, y la historia de Aras el Arquero de Pelton. Su padre Oldas, hermano menor del rey Peldas, le había repetido aquella narración el día que le regaló el medallón, cuando solo era un niño. Y ahora, allí en el balcón, en mitad de la noche, por mucho que tuviese consigo los Encapuchado del capitán Varan y que Aifinath, el enviado Silfo, le hubiese afirmado que contaba con su protección, Poldas seguía sintiéndose solo y en peligro. Si al menos su padre estuviera a su lado, se sentiría más seguro. Pero Oldas Arin llevaba muerto diez años, y de haber estado allí en Spel junto a él, al saber que había tomado parte en el asesinato de su hermano y de sus sobrinos, le habría golpeado, arrojándole al suelo, y habría renegado de él. Oldas había sido un hombre severo y orgulloso de su casta, una persona para la que no había cosa más importante que la familia. Poldas podía imaginárselo, mirándole con enojo, alto y con su mejor uniforme, mientras se mesaba el espeso bigote. Poldas el Gordo ahogó un sollozo.

“Dioses” se dijo, mientras se apoyaba en la barandilla de hierro forjado del balcón. “Estoy condenado. Tengo las manos manchadas de la sangre de mis tíos y mis primos. ¿Cómo pude pensar que...?”

Miró al vacío, el patio enlosado bajo el balcón. Una veintena de metros de altura. Sería tan fácil acabar con todo, quitarse de enmedio. Dejar de tener pesadillas y de lamentarse. Cerrar los ojos para no abrirlos más.

Sí, eso sería lo sencillo.

Tras un momento de vacilación, dio media vuelta y entró en su cuarto. Entonces, de forma repentina, unos fuertes brazos surgidos de entre las sombras le inmovilizaron, una mano ancha y callosa se cerró en torno a su boca, impidiéndole hablar, y antes de que pudiera hacer nada, el filo de una navaja brilló ante sus ojos, descendió un palmo y desapareció de su vista. Un instante después, sintió un agudo dolor en el cuello, y notó su propia sangre derramándose sobre el suelo. Quiso gritar, quiso desasirse de los brazos que le aferraban como tenazas, pero nada pudo hacer, salvo abandonarse a un sueño placentero.

Los brazos le soltaron y Poldas Arin cayó al suelo.

UNA ESPADA PARA UN TRONO

Sentado en la parte trasera del carro que traqueteaba por el camino, Hunk observaba el paisaje que iban atravesando, con una mano apoyada en la espada. A su lado, Filas Torkkin masticaba una manzana con aire indolente. Detrás y delante de ellos cabalgaban centenares de jinetes, muchos de ellos ulimanos que hasta hacía poco tiempo habían luchado bajo las enseñas del general Brildo, y ahora combatían junto a los Silfos de Gabolia por un solo objetivo: destronar al rey Aganas el Tuerto. Desde la victoria en Puerto Blanco, en la que un ejército de quince mil ulimanos y mercenarios de diferentes naciones había sido derrotado por completo, y la flota del almirante Robbin aniquilada, todos los nobles y los partidarios del general Brildo, una vez que se difundió la noticia de su muerte, decidieron unir su suerte a la del rey Onain de Gabolia, quien harto de la destrucción desatada por Aganas había decidido intervenir en el reino vecino. Aunque una de las razones fue la repentina muerte de Poldas el Gordo, asesinado por un sicario enviado por su rival el Duque de Hert, lo que dejó temporalmente descabezado el territorio que controlaba. Fue entonces cuando el rey Onain el Justo, haciendo honor a los viejos juramentos que en el pasado compartieron ulimanos y silfos, tomó la decisión que llevaba postergando más de cinco años y convocó sus huestes con la única misión de terminar con la guerra civil que asolaba Ulimán y destronar al tirano Aganas. Y en un avance arrollador, las tropas de Gabolia, contando con el apoyo de los antiguos partidarios de Brildo y de Poldas el Gordo, a los que se iban uniendo cada vez más caballeros con el paso de los días, habían reconquistado gran parte de los dominios que hasta entonces poseía el rey Aganas, como las tierras situadas al norte del Ducado de Pelton y el valle del Gladon. Y aun así, la guerra continuaba. Muchos enemigos seguían con vida, como el misterioso y temido rey hechicero de Rocasal, del que se rumoreaba que había escapado con vida de un imprevisto ataque en las costas de Asmanar, y que ahora vagaba por todo el mar Sereno en una isla semeiante a un navío. Y en Ulis, con el grueso de sus fuerzas, Aganas esperaba a sus adversarios.

La columna de soldados, comandada por el recién ascendido general Toylen *Cabeza de Hierro*, que había sido liberado de la prisión donde se le encerró acusado injustamente del asesinato del general Brildo, avanzaba por un camino paralelo al río Gladon, a través de la comarca de Simmunel, una amplia llanura de trigales y bosques a medio camino entre Hert y Tairant. Gruesas encinas y viejos robles poblaban los lados del camino, y a orillas del río se elevaban chopos, álamos y sauces, con espesos macizos de arbustos. Pero apenas había huella de personas: los caseríos y granjas estaban abandonados, cuando no en ruinas; no quedaban rebaños de ovejas, vacas o cabras en los campos de alrededor; las aldeas estaban vacías, o habitadas por docenas de campesinos famélicos y asustados, que se escondían al paso de las tropas temiendo que volvieran a saquear lo poco que les quedaba y a violar a sus mujeres e hijas. En algunos terrenos hacía años

que no se cultivaba absolutamente nada, y estaban invadidos por las malas hierbas y la maleza. Y lo más trágico para los soldados de Toylen era encontrar de vez en cuando los esqueletos de aldeanos asesinados años atrás, o muertos por el hambre, el frío o las enfermedades. Cuerpos que habían yacido a la intemperie, sin recibir una sepultura digna, sin que nadie velase por ellos, sin nadie que derramase lágrimas por ellos. En todas partes, cadáveres y casas vacías.

Torkkin terminó de comerse la manzana y arrojó el hueso a un lado del camino.

—Tardaremos años en volver a repoblar estas comarcas —comentó Hunk, con amargura—. Esto siempre estaba lleno de vida, y las cosechas de grano eran abundantes.

—Solo hay una persona que tiene la culpa —dijo Torkkin—. El cabrón de Aganas.

—Sí, él fue el que provocó la guerra civil —dijo Hunk—. Pero muchos otros son los causantes de tantas muertes. Una guerra siempre saca lo peor de cada persona, y suele atraer a los asesinos más despiadados. Yo he conocido a unos cuantos, y créeme, amigo, Aganas no es el más cabrón.

Hunk hizo una pausa y pensó en el príncipe Eldas. Era la primera vez en cinco años que se había separado de él y de la joven Eliana. Ambos se habían quedado con el comandante Gando en Falinas, en la desembocadura del Gladon, donde estaría más seguro hasta el momento en que Aganas fuese destronado y se revelase su auténtica identidad. Había sido idea de Gando mantener en secreto que Eldas Arin seguía con vida; no acababa de fiarse de los Silfos, y prefería que nadie excepto sus amigos supieran la verdad. Hunk era de la misma opinión. Estaba claro que la guerra había dado un giro inesperado, con la llegada del ejército silfo de Gabolia, cuyo rey, Onain, solo quería eliminar a Aganas el Tuerto y devolver la paz a Ulimán, a pesar de que sus habitantes no contaban con una persona lo suficientemente capaz para gobernar el país una vez que todo terminase. El general Brildo, por su experiencia y su probidad y honradez, habría sido un buen gobernante, pero estaba muerto. De Poldas el Gordo los Silfos no hubieran esperado mucho, pues lo conocían bastante bien y si lo apoyaron hasta el momento de su muerte fue por mantener un control estratégico de las minas de Fuente Cristal. Ahora también estaba muerto, y entre los nobles que se habían unido a los Silfos no existía alguien verdaderamente con la autoridad suficiente para sentarse en el trono de Ulimán. Había oficiales, hombres de armas curtidos en mil batallas, como Toylen, Hilg y Gando, pero solo eran eso: guerreros, incapaces de ceñirse la corona y gobernar una nación entera, con todo lo que ello conllevaba. Lo único que tenían en mente era derrotar a Aganas y acabar con él. Nada más. Lo mismo que los Silfos. La cuestión de quién se sentaría en el trono de Ulimán después de la victoria, que cada día parecía más cierta, no había sido discutida todavía. Y era algo que Hunk temía: un asunto de tal envergadura podría provocar otra guerra. Por eso el comandante Gando, ascendido a general, había decidido, contra el parecer del propio príncipe, ocultarlo hasta el momento adecuado, cuando los Silfos hubiesen dominado Uli y eliminado a Aganas y sus seguidores. El pueblo y el ejército ulimano en su gran mayoría había amado al rey Peldas, y cuando se difundiese la noticia de que uno de sus hijos había sobrevivido a la terrible masacre de la Noche de los Lamentos y a una larga guerra, todos lo aclamarían como el rey legítimo. Era una esperanza que compartían tanto Hunk como Artas, y su peculiar grupo de amigos, al que se unió el general Toylen, que en el pasado fue compañero de armas de Gando. En esos momentos, los tres oficiales ulimanos, el verdugo Torkkin y Ye, la guerrera-sombra sainita, que había abandonado su idea de regresar a su lejana patria, eran las únicas personas que

compartían el secreto sobre Eldas Arin.

Hunk observó la plácida corriente del río Gladon, a través de los troncos de los sauces y los alisos. Antes de la guerra, docenas de embarcaciones surcaban el ancho río camino del puerto de Falinas, donde vendían las mercancías y productos procedentes de toda Ulimán y las naciones vecinas. Cada dos o tres millas se podían ver pequeñas aldeas de pescadores, con sus propios y toscos embarcaderos. Ahora, el río estaba tan muerto como los cadáveres que habían encontrado a lo largo del camino. Los caseríos estaban totalmente abandonados, las barcas desfondadas, con la madera podrida, tiradas entre los juncos de las orillas, la maleza cubriendo los muelles...Una eterna imagen de desolación.

De pronto, algo llamó su atención. Se enderezó sobre su asiento y entornó la mirada. Torkkin arrugó el ceño.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Creo que he visto algo...

Antes de que Hunk pudiera concretar la figura que había atisbado entre los densos arbustos de la ribera, un jinete lanzó un grito y cayó al suelo con una flecha de negro penacho clavada en la garganta. Hunk se puso en pie, al mismo tiempo que desenvainaba la espada, y pudo ver con claridad otra figura corriendo bajo los árboles. Era una criatura de baja estatura, pero cuerpo fornido, de largos brazos peludos y rostro simiesco. Era un Troll.

—¡Nos atacan! —gritó un oficial, haciendo girar a su caballo en el camino— ¡A las armas!

Los jinetes ulimanos empezaron a agruparse cuando los Trolls, armados con mazas y hachas, salieron del bosque lanzando fuertes alaridos. Una lluvia de flechas cayó sobre la columna de soldados, pero los atacantes debían contar con escasas saetas, pues un rato después dejaron de disparar. Hunk saltó del carro junto a Torkkin y se parapetaron detrás de un costado con un puñado de caballeros.

—¡Malditos Trolls! —masculló Torkkin, y escupió al suelo— Cómo los odio.

—Pues prepárate, amigo. Vas a tener oportunidad de matar unos pocos...

Un caballero cayó abatido por un hacha justo a su lado, y acto seguido, un Troll vociferante saltó en mitad de ellos, armado con un mangual. Hunk, que era el más alto de todos los presentes, empujó a la bestia con su corpachón y luego, sin darle tiempo a reaccionar, le atravesó con su espada de parte a parte. En derredor, los ulimanos y algunos de los Silfos que les acompañaban entablaron violento combate con los Trolls, unas criaturas salvajes que vivían en las tierras montañosas de Greng, al oeste de Fanaria, y que de vez en cuando se internaban en los países vecinos con la única intención de saquear y matar. Mientras Hunk hacía frente al ataque de otro de esos seres, pensó que no era extraño que los Trolls hubiesen llegado hasta la comarca de Simmunel, en el oeste de Ulimán, en un reino sumido en una guerra devastadora.

Después de matar a su segundo Troll, Hunk acudió en ayuda de un soldado que estaba en el suelo, acosado por otra de esas bestias feroces. Le atacó por detrás y lo derribó con un golpe de espada. Luego ayudó a incorporarse al soldado y volvió junto a la carreta, donde los ulimanos se

habían hecho fuertes y rechazaban a los Trolls con valentía. Los robustos cuerpos de los atacantes se acumularon en el camino empedrado, mientras más adelante un grupo de jinetes logró empujar hacia los árboles a sus adversarios. Hunk decapitó a otro Troll más, y a su lado, Torkkin, después de recibir una herida en el hombro, acabó con su rival en un abrir y cerrar de ojos.

Instantes después, los escasos Trolls que quedaban con vida huyeron en desbandada, buscando refugio en los espesos bosques. Algunos ulimanos enardecidos quisieron salir en su persecución, pero el general Toylen, a caballo, ordenó que todos permanecieran en formación en el camino. Algunos soldados se dedicaron a la tarea de atender a los heridos y transportarlos a los carros, y otros a recoger a sus compañeros muertos. Hunk se reunió con Toylen en la vanguardia de la columna, donde otros oficiales hacían recuento de las bajas.

—Un ataque inesperado —comentó Toylen, limpiando la sangre de su espada con un trapo—. Nunca había visto a los Trolls atacar en tal cantidad y tan al interior de Ulimán.

—Yo he pensado también acerca de ello, general —dijo Hunk, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Puede que detrás de este ataque se halle la larga mano de Aganas.

—No hay que descartar nada. Hasta el momento, Aganas no se ha movido de Ulis, y eso que sabe que dos ejércitos enormes se desplazan hacia él. Puede que se guarde un as en la manga.

—De cualquier manera, general Toylen, esto no me gusta. Si hay Trolls de por medio, huele mal. Muy mal.

—Hace años que todo huele mal, Hunk. Desde la noche en que el cabrón de Aganas mató al Rey.

Hunk no dijo nada, pero no podía estar más de acuerdo con las palabras del general.

Desde su cómoda y suntuosa habitación, tan semejante a la que había ocupado en el Palacio de Murrimel en unos días que le parecían demasiado lejanos, el príncipe Eldas Arin contemplaba el mar en calma, por donde volvían a navegar algunos navíos comerciales después de los años de guerra en los que el comercio marino se había visto restringido. Aquellos aposentos habían pertenecido a los gobernadores de Falinas desde hacía centurias, pero el último, Terand, que apenas había ocupado el cargo unos meses, decidió seguir leal al rey Aganas, y eso le había costado el puesto y la cabeza. Ahora, los Silfos y sus aliados, los ulimanos del capitán Hilg, dominaban la ciudad y casi todo la costa hasta la frontera con Fanaria. Las tropas de Aganas, que invadieron todos los dominios del fallecido general Brildo mientras la flota del almirante Robbin atacaba Puerto Blanco, habían sido derrotadas y rechazadas hacia el norte. Poco a poco, las huestes de Gabolia habían reconquistado amplias zonas del territorio controlado por el Duque de Hert, y desde oeste a este, en todo el reino, Silfos y ulimanos avanzaban en dirección norte, con el objetivo de conquistar la capital, Ulis, y derrocar a Aganas. Tanto Gando como el príncipe percibían una atmósfera de esperanza entre los millares de ulimanos que en los cinco años de guerra se habían opuesto al poder tiránico de Aganas el Tuerto, un atisbo de esperanza en medio

de tanto dolor y destrucción.

Y Eldas, como un ermitaño, seguía allí encerrado, sin poder hacer nada. Y sin decir a todo el mundo que él, ese joven caballero de cabellos rubios, era el único hijo vivo del rey Peldas, el heredero legítimo al trono de Ulimán.

El comandante Gando, recién ascendido a general, le había convencido de que lo más conveniente para todos, para el propio Eldas como para todos los ulimanos, era que se mantuviera en secreto su verdadera identidad. Hasta el momento de la victoria final. A pesar de que Eldas apreciaba y respetaba a Gando, al que consideraba, junto a Hunk, como parte de su familia, y desde que era apenas un niño que no levantaba un palmo del suelo había escuchado con sincera admiración al veterano militar, se opuso a su plan. Le dijo que si el pueblo ulimano supiera que el hijo menor del rey Peldas seguía con vida, y ya era un espigado joven de dieciocho años hábil con la espada y con una mente despierta, las tropas lucharían con mayor intensidad y todos querrían auparlo al trono en lugar de un asesino y usurpador como era Aganas. Sin embargo, contra toda lógica, Artas decidió que lo mejor era que las cosas siguieran como estaban. Peldas Arin permanecería en la fortaleza de Oland, en el puerto de Falinas, mientras el destino de Ulimán se decidía en Ulis, a tantas millas de distancia. En el mismo lugar donde todo dio comienzo, cinco años antes.

Mientras paseaba por la estancia, con las manos cruzadas a la espalda, llamaron a la puerta.

—Adelante—dijo, con desgana.

Una criada de mediana edad asomó la cabeza con timidez.

—Mi señor, tenéis una visita.

—Déjala pasar. Y trae unos refrigerios.

La criada se retiró y al cabo de un rato apareció la bella Eliana Uder. Vestida con un traje sencillo de seda de color verde, con mangas acuchilladas, y los largos cabellos rubios recogidos en una trenza a la moda sureña, con unos zarcillos de oro en las orejas como único adorno, la única hija del Duque de Hert se acercó a su novio y le cogió una mano con suavidad.

—Eliana.

Ella parecía cansada.

—Llevo dos días sin dormir, Eldas.

—¿Qué te ocurre?

—Se trata de...de mi padre. No dejo de pensar en él.

—Es normal...

—Ellos...van a matarlo. Los Silfos y todos esos caballeros...Van hacia Ulis para matarlo.

Eldas la abrazó y notó que su esbelto cuerpo temblaba.

—Sabes que es nuestro enemigo. Estamos en guerra...

—Lo sé...Sé que mi padre provocó esta guerra...No me puedo quitar de la cabeza lo que hizo, lo que hizo a tu familia...Pero hay algo que...

A Eliana se le quebró la voz y no pudo continuar hablando.

—Vamos, cariño. Tranquila. No pasa nada.

—Mi padre...—susurró la joven, al cabo de un rato—.Sé que él quiere lo mejor para el reino. Es un hombre justo.Se...se equivocó. Ha cometido muchos errores. Pero sé que hay algo de bondad en él...Todavía es un hombre bueno.

—No te tortures.

—Si pudiera hablar con él. Si me dejaran a solas con él, yo podría hacerle ver en lo que se ha convertido, el mal que ha sembrado. Lo que ha hecho con Ulimán. Sé que piensa que su forma de gobernar es la mejor, pero está equivocado. Empezó a equivocarse cuando mi madre murió. Fue un golpe muy duro. Para él y para mí.

Eldas evocó la imagen de Siliana Fliss, la hermosa mujer de Aganas, hija única de un barón vasallo del Duque de Hert, que murió al dar a luz cuando Eliana todavía era una niña. Muchos rumorearon entonces que Aganas se trastornó con su trágica pérdida y comenzó entonces a conspirar contra el rey Peldas, su amigo y pariente. Aunque también se decía que ya antes de la muerte de Siliana, el Duque de Hert comenzó a planear en secreto un complot para asesinar al Rey de Ulimán.

—Lo sé —dijo Eldas, con voz queda—. Sé que tu madre era lo que más amabas en este mundo. Eras muy pequeña, pero perder a una madre a esa edad hace mucho daño.

Eliana lo miró con dulzura: él también había perdido a su madre, en circunstancias más trágicas. Y precisamente por culpa de su propio padre.

—Yo...si pudiera hablar con él...si quisiera escucharme.

—Es duro de decir, mi amor, pero tu padre ya no es la persona que conociste. No es el hombre que te quería. Por desgracia, ya no es el mismo. Y no creo que quisiera escucharte.

Eliana guardó silencio.

—Para bien o para mal, tu padre escogió su propio camino —dijo Eldas, acariciando la mejilla de la joven—. Y, ahora, cuando esta guerra termine, deberá responsabilizarse de sus actos.

Hizo una pausa y ambos se sentaron en un diván, frente a la ventana que daba al mar.

—¿Qué quieres decir...? —musitó Eliana.

—Tu padre ha cometido muchos crímenes, y deberá pagar por ello. Así debe ser la justicia de Adim y de los hombres. Recuerdo que mi padre siempre decía: *Un rey debe aplicar la ley con justicia, como si él mismo fuese la víctima de la injusticia, pero sin piedad la justicia se torna crueldad; y la piedad sin justicia, es debilidad.* Pronto me convertiré en el rey de Ulimán,

ocuparé el trono que por derecho me pertenece. Habrá una única espada para un trono, y esa espada será justa con aquellos que incumplen la ley. Tú crees que todavía queda algo bueno en el corazón de tu padre; estoy de acuerdo contigo. Y cuando acuda a Ullr a reclamar la corona y a juzgar a tu padre, te prometo que seré piadoso con él.

Eliana se abrazó con fuerza al joven.

—Solo quiero que hagas una cosa —le suplicó, con el rostro hundido en su hombro—. Trátale como un hombre.

Eldas Arin asintió con un leve ademán.

—Te lo juro.

En silencio, se besaron de cara al mar.

EN EL CORAZÓN DE CADA HOMBRE

Recorrer los pasillos del Palacio de Murrimel a altas horas de la noche le llenaba de inquietud, y no porque creyese ser asesinado por una mano oculta tras un cortinaje o en el recodo de una esquina, sino porque percibía vagas sombras y ruidos apagados que nunca antes había visto ni oído. Un veterano general no debería temer a una cosa tan absurda como unos susurros en la oscuridad, que podían ser producidos por corrientes de aire, pero cada vez que tenía que atravesar los silenciosos corredores del palacio para acudir a la llamada del rey, le invadía una idéntica sensación de temor. Ubas Yiddink había combatido en diferentes campañas a lo largo de más de cuarenta años, y había sido compañero de otros generales ulimanos de gran fama, como Brildo, Pent o Glunt; había matado a tantos enemigos y visto morir a tantos amigos que había perdido la cuenta de unos y otros. Y, sin embargo, seguía estremeciéndose en los oscuros pasillos de palacio.

Muchas cosas habían cambiado en Ulis desde la muerte del rey Peldas, y Yiddink había sido testigo de dichos cambios. Como otros oficiales de alto rango, el viejo general, que había recibido el título de Barón de Gontt y un lote de tierras a orillas del río Albin por sus años de lealtad, conoció la masacre del rey Peldas y su familia cuando ya era demasiado tarde para reaccionar. Aganas el Tuerto se había hecho con el control de toda la ciudad y de la numerosa guarnición, incluyendo la influyente Guardia Real, a la que purgó de todos los elementos subversivos, y la mayoría de los oficiales y nobles le juraron lealtad. Solo Poldas el Gordo, quien había esperado recibir la corona de su tío, se rebeló contra el nuevo soberano y se retiró a sus dominios llevándose consigo al general Glunt y al capitán Bastor, entre otros. Yiddink sintió la tentación de acompañar a su viejo amigo, Glunt, con el que en un lejano día de más de cuarenta años antes se enroló en el ejército en su ciudad natal, Obant, pero estaba demasiado acostumbrado a obedecer órdenes como para cambiar a un amo que conocía bien por otro al que despreciaba por su disoluto estilo de vida. Para Yiddink, el austero e inteligente Duque de Hert, cabeza de una de las familias nobles más respetadas de la Corte, representaba el orden y la justicia, todo por lo que había luchado durante su dilatada vida, aunque para conseguir la corona Aganas hubiera asesinado al rey legítimo y exterminado a toda su familia y sus amigos íntimos. Para calmar su conciencia, si es que le quedaba algo de decencia después de las *cosas* que había tenido que hacer, se decía que el regicidio de Peldas solo era un mal menor.

Ahora, no estaba tan de acuerdo.

Quedaban pocos criados en el palacio. Muchos habían sido ejecutados por su negligencia, algo que se había vuelto muy frecuente en los últimos meses, y otros habían huido a los campos,

asustados por el régimen de terror impuesto por Aganas. En cuanto a los miembros de la Guardia Real, eran caballeros fieles al monarca, reclutados entre los mejores hombres del Ducado de Hert, o mercenarios a los que se les pagaba una fortuna por proteger la vida del rey. Incluso a un veterano endurecido por la guerra como el general, el aspecto fiero y huraño de los escoltas reales le hacía sentir inseguro, como si caminara desnudo por mitad de un bosque. Por eso prefería rodearse de sus propios guardias, en los que podía confiar plenamente.

Se detuvo ante las puertas de madera de cedro del Salón del Trono, donde antaño charlara con el rey Peldas, con su padre Feldas, y antes de que perdiera la lucidez, con su abuelo, Milas el Viejo; uno de los imponentes guardias que vigilaban la entrada le cedió el paso, y Yiddink penetró en una ancha estancia, de alto techo abovedado, con un suelo de losas de mármol y columnas de pórvido y con suntuosos adornos, como tapices de seda, armaduras ceremoniales, grandes pendones, estatuas de reyes y panoplias. Sin embargo, a pesar de la belleza de las piezas que allí se conservaban, una perezosa penumbra cubría el amplio salón. Los ventanales que daban a la ciudad que se extendía alrededor del palacio estaban cubiertos por pesadas cortinas de terciopelo, y las escasas antorchas y fanales de aceite repartidos por las paredes producían una débil luminosidad que acentuaba las sombras.

El rey Aganas estaba sentado en el trono de piedra de Undas, el fundador del reino de Ulimán cinco siglos atrás, acompañado por una guardia de doce guerreros vestidos de rojo y el comandante de su escolta personal, que ejercía como verdugo desde la huida de Torkkin. Yiddink observó de reojo a aquel personaje de alta talla y rostro cetrino, con una fea cicatriz en la frente y parche en el ojo; su triste fama de sanguinario y depravado le precedía. Se llamaba Ilias Flent, pero todos le llamaban el Lobo, y no dejaba de resultar curioso que el mayor servidor del soberano fuese también tuerto. El general sabía que mercenarios como aquel, al que le gustaba asesinar y torturar sin importar quién fuese su víctima, aparecían en las guerras como los hongos tras varios días de lluvia. Y que el rey Aganas se rodeara de tipos como el Lobo hacía sentir a Yiddink que tal vez se había equivocado al escoger el amo al que obedecer.

El rey estaba muy cambiado, desde la última vez que el general lo viera, seis meses antes, tiempo durante el cual había estado luchando en el frente del sureste, a orillas del río Albin. Había acudido tan deprisa como había podido en cuanto recibió el mensaje de Aganas, a pesar de que los Silfos avanzaban desde todos los frentes y ya habían rebasado el Bosque de Gunder, amenazando la ciudad de Cronas, a solo treinta millas al sur de Ulis. Había dejado al mando de las tropas a su leal lugarteniente, el capitán Malint, y de camino a la capital se había dado cuenta de lo que había cambiado el reino en su ausencia. El pesimismo se había instalado entre las tropas de Aganas, y ya se hablaba abiertamente de permitir la victoria de los Silfos y dejar que éstos destronasen al rey. La mayoría del pueblo y de las tropas estaba cansada de la guerra, y de todo lo malo que había llegado con ella: el hambre, las plagas, los asesinatos, el miedo... Y ahora, Aganas le reclamaba con urgencia, cuando el ejército Silfo estaba tan cerca de Ulis, y más al oeste, en Hert, avanzaba otra hueste enemiga. Si de verdad el rey quería ganar la guerra, no podía quedarse encerrado en su palacio, de brazos cruzados, esperando la llegada de sus enemigos.

Alto y de tez pálida, Aganas Uder lucía una larga y descuidada barba negra, salpicada de canas. Amplias arrugas surcaban su rostro, como si hubiera envejecido diez años en apenas unos meses, y su único ojo de color ámbar parecía más escrutador que de costumbre. A Yiddink no le pasó

desapercibido el fulgor de su mirada. Vestido con una túnica negra, sin emblemas ni adornos de ninguna clase, y la espada *Esmirel* sobre las piernas, el rey esbozó una sonrisa cuando Yiddink se aproximó al trono.

—Bienvenido, general Yiddink —dijo el rey, con una voz cavernosa. El general inclinó la cabeza y con un gesto de la mano, Aganas le eximió del esfuerzo de arrodillarse. Por lo que había escuchado de camino a Ulis, el monarca sentía una obsesión enfermiza por el cumplimiento del protocolo y de las muestras de vasallaje, y la más mínima falta se castigaba con la muerte. Por deferencia al veterano general, Aganas había decidido que no tenía importancia que por una sola vez no se cumplieran las rígidas reglas palaciegas.

—En la hora más sombría de mi reinado, acudís a mí, y es un detalle que tendré en cuenta.

—Majestad —dijo Yiddink—, vos ordenáis, y yo os obedezco. He acudido tan pronto como me ha sido posible.

—Lo sé, mi leal Yiddink. Lo sé.

El rey hizo una pausa, llamó la atención de un criado que, entre las sombras, esperaba de pie con una jarra llena de vino y una copa y después de entregarle el recipiente al monarca, se retiró de nuevo al rincón. Aganas bebió con placer y observó la sala.

—Creo que el pueblo me odia, general. Me he dado cuenta de ello en estos últimos meses. ¿Veis este palacio, tan grande, tan inmenso, y a la vez tan vacío? Ya apenas quedan criados, sirvientas y pajes, y muchos de los nobles se han refugiado en sus tierras. Como si me temieran. Como si me odiaran.

—Se trata de la guerra, Majestad —dijo Yiddink, sin demasiada convicción. Más que odiarle, el general sabía que el pueblo le temía. Y también sabía que muchos ulimanos que hasta entonces habían aclamado a Aganas se estaban uniendo a las tropas que avanzaban junto a los Silfos desde el sur, y eso a pesar de que tanto el general Brildo como Poldas el Gordo estaban muertos.

—Sí, la guerra —masculló Aganas, y apuró la copa—. El enemigo se acerca a la ciudad. Y vos, general, no habéis podido detenerlo.

—Majestad, los Silfos son numerosos, y muchos de mis hombres les profesan un miedo supersticioso. Creen que todos son hechiceros...

Para sorpresa del general, el rey soltó una repentina carcajada, cuyo eco resonó por el extenso salón, que en otros tiempos siempre estaba lleno de cortesanos, guardias y criados.

—¿Hechiceros? ¿Esos idiotas que se creen superiores a nosotros?

El rey se puso en pie y se volvió a mirar al comandante Flent, cuyo rostro impassible parecía cincelado en la roca.

—Trae a nuestro invitado, Flent. Es hora de demostrar quién tiene el control de este reino.

Yiddink observó con recelo al Lobo mientras desaparecía por una puerta lateral. Volvió al cabo de un rato acompañado de un hombre extremadamente delgado, de brazos sarmentosos y gran

estatura. Flent era ya de por sí muy alto, pero aquel tipo le sacaba una cabeza al feroz jefe de la escolta real. Iba vestido con un sayal de aspecto burdo, una capa con símbolos bordados que el general nunca había visto en su vida y botas de cuero. Pero lo más inquietante de su aspecto era su rostro; porque cuando Yiddink detuvo la mirada en él, vio un apretado vendaje amarillento cubriéndolo por completo, del que solo asomaban dos ojillos oscuros, ribeteados de rojo, como si las retinas le sangraran por alguna desconocida dolencia. Había algo en él, en su rostro vendado, en su modo de caminar, en toda su presencia que hacían sentir al general una acusada desazón, y le obligó a apartar la mirada con desagrado.

Aganas se acercó para recibir al visitante, que se detuvo al pie del trono de piedra tallada.

—Aquí estáis, por fin. Después de tanto tiempo.

El recién llegado hizo una leve reverencia y habló con voz gutural, como si su garganta fuese la de un animal salvaje que solo por azar ha aprendido el habla humana.

—Doy gracias a Birubant el Oscuro por haberme permitido llegar hasta aquí, mi señor. Juntos podremos vencer a nuestros enemigos.

—Estoy convencido de ello, mi buen amigo. Vos y yo derrotaremos a los Silfos y los arrojaremos al mar como carroña para los peces —Aganas se volvió hacia Yiddink, con una sonrisa—. Me parece que no conocéis al general de mis ejércitos, Ubas Yiddink.

El hombre de la cara vendada hizo un ademán con la cabeza y le escrutó con sus ojillos negros como una noche sin luna.

—General Yiddink —dijo, con su áspera voz.

—Supongo que os preguntaréis quién es —intervino el rey, señalando a su compañero—. Su nombre es Idaspo dul Gaimmar, rey hechicero de las islas de Rocasal.

El general contuvo la respiración y sintió un escalofrío a lo largo de la espalda. Estaba ante el poderoso rey hechicero de los piratas de Rocasal, aquel del que se contaban mil historias, cuya magia no podía ser igualada por ningún ser viviente de todas las Tierras Libres. Y el rey Aganas lo había convertido en su aliado solo para exterminar a todos sus adversarios.

—Igual que os he llamado a vos, general —dijo Aganas, regresando al trono—, he reclamado la presencia de Idaspo, cuya ayuda es imprescindible para alcanzar la victoria. Ha superado muchos obstáculos y peligros para llegar aquí. Por el camino, ha perdido casi toda su flota, pero logró remontar el río Albin con su isla.

Yiddink asintió con un gesto. También había oído hablar de la isla envuelta en niebla que el rey hechicero usaba como un navío para surcar los mares. Una brujería más entre tantas extrañas maravillas que el general no lograba entender.

—Mi plan, nuestro plan es bien sencillo, general. Quiero conquistar cada rincón de este reino. Expulsar a los Silfos y acabar con hasta el último de esos demonios. Matar a todo aquel que haya levantado su arma contra mí. A todo el que se me oponga. Quiero gobernar esta nación, y todas las naciones, levantar un imperio que durará mil años, mientras mi estirpe se perpetúe sobre esta

tierra. Quiero conquistar cada alma, someterla, ponerla a mi servicio. Quiero reinar en el corazón de cada hombre. Quiero ver como todos los habitantes de las Tierras Libres se someten a mi voluntad.

Por un instante, el general Yiddink vio la locura en el ojo sano de Aganas. No era el mismo hombre al que había jurado lealtad nada más conocer la muerte del rey Peldas, ni el mismo al que dejó en Ulis unos meses atrás cuando partió a combatir a los seguidores de Poldas el Gordo y del general Brildo. Miró de reojo al rey hechicero Idaspo, y un nuevo escalofrío le volvió a recorrer la espalda.

—El enemigo se acerca —dijo Aganas, mesándose la desaliñada barba—. Dejaremos que lleguen hasta aquí, hasta las mismas murallas de la ciudad. Todos ellos, los Silfos y los rebeldes que osan discutir mi autoridad. Cuantos más sean, mejor. Idaspo les reserva una bienvenida digna para ellos.

Y otra vez el rey Aganas el Tuerto rio a carcajadas desde su trono.

Desde su caballo, el general Aron Gibolian contempló las altas murallas de Ulis.

Tras él, miles de soldados Silfos y ulimanos se desplegaban por los campos de cultivo que rodeaban la ciudad para instalar un campamento, llevando consigo carros, carretas, ganado y máquinas de asedio. Después de casi un mes de combates, el ejército de Gabolia había llegado a su objetivo, la capital de Ulimán, y hasta el propio rey Onian, que tenía doscientos doce años de edad y había vivido incontables guerras y campañas, se sorprendió de la rapidez con la que sus tropas habían llegado a Ulis, sin librar apenas batallas de importancia. Pero los propios oficiales ulimanos que acompañaban a la plana mayor del ejército, entre ellos el general Artas Gando, antaño comandante de la Guardia Real, sabían que no podían fiarse de las apariencias. El hecho de que hubiesen llegado hasta la capital sin contratiempos era una mala señal.

Gando se acercó hasta el lugar donde el general Gibolian y sus ayudantes se habían reunido para discutir el próximo paso, mientras en derredor docenas de soldados montaban las tiendas, afilaban sus armas, encendían hogueras y se preparaban para el primer día de asedio. Junto a Artas había venido el capitán Hilg, quien no tardó en consolidar un fuerte lazo de amistad con el veterano general. Después de muchas dudas, al final había tomado la decisión de partir hacia el norte y participar en la toma de Ulis, dirigiendo una de las huestes, mientras dejaba al príncipe Eldas en Falinas. Cuando llegase el momento adecuado, le revelaría al rey Onain quién era aquel muchacho apuesto y fuerte.

—¿Alguna novedad, general Gibolian? —inquirió Artas, mientras observaba la intensa actividad en el campamento que poco a poco iba cobrando forma.

—Todo en orden, general Gando. Las operaciones siguen su curso. Mis soldados y los vuestros se están desplegando a todo lo largo del perímetro de la muralla. Se van a cavar trincheras y se levantarán empalizadas de madera en determinados puntos. Las catapultas están llegando ahora,

según me han informado. Estimo que para mañana, al amanecer, todo estará listo para el primer asalto a la ciudad.

“Y espero que sea el único” pensó Artas, admirado por el orden y la disciplina de los Silfos, una máquina de guerra perfecta e imparable. Si todo seguía como hasta ahora, Aganas tenía las horas contadas. Siempre y cuando no les reservara una sorpresa.

Un mensajero a caballo llegó a la carrera y desmontó de un salto. Pasó junto a Gando y se detuvo delante de Gibolian. Éste le preguntó en su lengua qué noticias traía. El general escuchó con atención, se acarició el lampiño mentón y escrutó el horizonte. Luego se volvió a Artas y los demás oficiales.

—Os ruego que me disculpéis. Su Augusta Majestad reclama mi presencia en su pabellón.

Acto seguido, se marchó con su ayudante. Artas le observó y se dijo que con un general así al mando de las tropas, no podían esperar sino la victoria.

Su padre se frotaba las manos nervioso, de pie frente a la entrada de la tienda. Antos nunca lo había visto de esa manera, tal vez desde el lejano día en el que los piratas de Rocasal atacaron su aldea. Se encontraban a miles de millas de distancia de su tierra, Asmanar, de su tranquilo hogar a orillas del mar Sereno, en un reino desgarrado por la guerra y sumido en el caos. En solo cinco años, la vida de Antos se había trastocado por completo. Pasó de ser el hijo de un humilde pescador, que soñaba con ayudar a su padre y navegar por el mar frente a su pueblo, a verse involucrado en una guerra en la que luchaban los inmortales Hijos de los Bosques, unos seres legendarios que ningún marinero de Done había visto nunca, de los que solo habían oído hablar en canciones y baladas, y en la que su mismo rey había requerido de sus servicios para acabar con el hechicero señor de Rocasal, aquel que una mañana de tiempo atrás Antos creyó haber derrotado en la playa de su aldea. En ese tiempo, la magia que escondía bajo su ser y que se había manifestado de manera tan repentina para proteger a los suyos, fue creciendo, y Antos se convirtió en un hechicero de cierto prestigio. Los sabios de la corte del rey Olia en Gunde, la populosa capital de Asmanar, se hicieron cargo de su entrenamiento y su educación en las artes que muy pocas personas llegaban a controlar, aunque el temor de ser separado de sus padres no se llegó a manifestar: tanto Branos como Tasifa acompañaron a su hijo hasta Gunde, y consiguieron una casa propia con todas las comodidades. Antos creció, y también lo hizo su poder. Pero no dejaba de ser un niño.

Una mañana, dos semanas atrás, un mensajero le informó de que el Rey de Gabolia solicitaba su ayuda para terminar el trabajo que empezó cinco años atrás, en la playa de Done, cuando el rey hechicero de Rocasal se enfrentó a él y salió derrotado. Antos pensó que le había dado muerte, pero no fue así. Herido pero vivo, se marchó con su flota, reclamado por su aliado, el rey Aganas de Ulimán, y Antos imaginó que se había olvidado de él, de un niño insignificante que ocultaba un fabuloso poder.

Ahora, debería enfrentarse de nuevo contra él.

—Esto nos viene grande, hijo —musitó Branos, retorciéndose las manos.

—Estamos muy lejos de casa —dijo Antos, mirando el cielo y los soldados que pululaban por doquier, como un inmenso hormiguero frente a las murallas de Ulis—. Pero no tengo miedo, padre. Sé que Sauma nos protege. Sauma está conmigo.

—No dudo que no esté contigo, hijo. Desde aquel día en la playa, no te ha abandonado. Pero esto es diferente...Habrá una batalla. Miles de guerreros. Y tú tendrás que hacer lo que hiciste hace cinco años: matar a ese brujo.

—Y lo haré, padre. Mi poder se ha incrementado desde entonces. Y sé que teniéndote cerca no puedo fallar.

Branos guardó silencio. Poco entendía de magia. Él era un sencillo pescador, que de buenas a primeras se veía en medio de un asedio, a miles de millas de su hogar. Sólo esperaba que él y su hijo pudieran regresar a casa con vida y reunirse con Tasifa.

Un soldado Silfo, de alta talla y ojos grises, les indicó que podían pasar. Branos y su hijo se encontraron en el interior de un pabellón de grandes dimensiones pero austero, digno de un rey pero propio de un guerrero. Rodeado por sus oficiales de confianza, el rey Onain el Justo conversaba con un ulimano que Branos había visto un par de veces. El rey silfo de Gabolia era una persona de gran estatura, de cuerpo fornido y cabellos de un blanco plateado; sus ojos color índigo miraban con una intensidad poco común, y vestía una casaca dorada, sobre una ligera cota de malla. Sobre la frente, lucía una diadema de oro puro.

Un heraldo anunció al soberano la presencia de Branos y de su hijo, y todas las miradas se clavaron en el muchacho cuya fama había llegado hasta Gabolia, donde desde muy antiguo se practicaba la magia.

—Adelante, hijo —dijo el rey Onain, en la lengua franca de las Tierras Libres—. No tengas miedo. Eres nuestra única esperanza de derrotar al malvado rey brujo de Rocasal, cuyo nombre no pronunciaré aquí.

—Majestad —dijo Antos, con timidez, al tiempo que se arrodillaba—. Haré todo lo que pueda.

—Eres muy valiente, hijo. Y también el mago más poderoso en estos momentos. Solo Taramond el Errante sería capaz ahora mismo de detener al brujo, mas ¡ay!, se halla muy lejos de aquí, embarcado en un viaje por tierras extrañas.

El rey señaló a uno de sus oficiales, un Silfo de cabellos negros y mirada dulce.

—El capitán Dubilant te dará las instrucciones precisas, Antos. Mañana comenzará el ataque a la ciudad, y tu tarea consistirá en buscar al hechicero y acabar con él. Tú, el capitán Dubilant y un escuadrón de guerreros penetraréis en la ciudad por un túnel secreto y buscaréis el lugar donde se encuentre tu rival. Será fácil: él sabe que estás aquí e irá a tu encuentro. Solo puedo desearte, en nombre de mi pueblo y del ulimano, mucha suerte. *Wan Ane tui sinber*.

Los Silfos allí presentes repitieron la fórmula ancestral: *Que el Único te guíe*. Antos inclinó la cabeza, azorado por la confianza que todos depositaban en él, y habló con voz queda.

—Por Sauma y los dioses de mis antepasados, cumpliré con mi deber.

—Confiamos en ti...

En ese instante, un mensajero Silfo entró en la tienda real y solicitó hablar con el monarca. Éste, desde su sillón, hizo un gesto para que el recién llegado se acercara.

—¿Qué ocurre?

—Hemos capturado a un espía, Majestad. Es un ulimano.

—Bien, pues que sea interrogado. No era necesario que se interrumpiera esta reunión para que se me informara.

El mensajero vaciló, nervioso por ser blanco de todas las miradas.

—Si tienes algo más que decir, habla —ordenó el Rey.

—Majestad, el espía...afirma ser el hijo del rey Peldas, el fallecido Eldas Arin.

El silencio se apoderó del pabellón real.

AQUELLOS QUE MUEREN

La lucha era encarnizada bajo la llovizna. Hombres y silfos combatían y morían frente a las murallas de Ulis. Durante horas, desde el amanecer, a todo lo largo del perímetro amurallado de la ciudad, decenas de miles de silfos, ulimanos y mercenarios fanarios, comandados por el rey Onian en persona, se lanzaron al asalto llevando consigo grandes torres de asedio, escalas y otras máquinas de guerra con las que abrir brecha en los muros. Desde las almenas, las tropas de Aganas el Tuerto recibieron a los atacantes con una densa lluvia de flechas y una granizada de dardos, piedras y lanzas. El barro y los campos de trigo y grama, así como las fangosas orillas del río Albin, no tardaron en quedar sembrados de cadáveres. Y desde las líneas asaltantes, las catapultas y los trabuquetes comenzaron a arrojar enormes piedras y proyectiles incendiarios, para derribar las murallas y sembrar el caos en el interior de la ciudad. En uno y otro bando, los combatientes luchaban y morían, maldiciendo a los dioses y al enemigo, o llamando a voces a los seres que amaban.

Desde las primeras filas, al mando de un contingente de lanceros ulimanos que aguardaban con ansia a que derribasen algún tramo de las murallas para entrar en la ciudad, el general Artas Gando contemplaba la batalla, con la espada *Sinbayli* en la mano. De vez en cuando, echaba un vistazo atrás, al campamento donde sus hombres protegían al príncipe Eldas, aunque lo más correcto sería decir que lo custodiaban. La noche anterior, el rey Onian y el general le habían interrogado, y el príncipe les había dado una explicación poco convincente acerca de su escapada de Falinas y su inesperada llegada a Ulis. Gando lo conocía demasiado bien, y no se sorprendió de que se presentara de improviso en el campamento sitiador, a lomos de un caballo. Pero el joven ocultaba algo que no quería decir, al menos delante del rey Silfo. Cuando todo acabase, pues Gando esperaba que la batalla no se alargaría muchos días, ya averiguaría los motivos del príncipe. Si es que se los revelaba, porque en muy poco tiempo Eldas Arin se convertiría en el nuevo rey de Ulimán.

Frente a las murallas, el ataque proseguía, con cuantiosas bajas por ambas partes.

Dentro de la ciudad, el miedo corría por las calles y obligaba a la gente a esconderse en sus casas. Muchos vecinos de Ulis sabían que el destino del cruel rey Aganas ya estaba sellado y rezaban a los Dioses Mayores para que la batalla fuese breve y aquel que se alzara con la victoria fuese un gobernante justo y piadoso. La mayoría añoraba los tiempos de paz del rey Peldas y de su

padre Feldas, pues no eran pocos los habitantes de Ulis que habían sufrido bajo el tiránico gobierno de Aganas el Tuerto. Las familias nobles vinculadas a los Arin, sobre todo, habían sido diezmadas por la furia asesina del rey de Ulimán, y los que habían logrado escapar a las matanzas, se habían refugiado en sus feudos o incluso fuera del reino. Ahora, muchos de los supervivientes, al frente de sus mesnadas o como simples caballeros, luchaban en las murallas, y aquellos que se arriesgaron a permanecer ocultos dentro de la populosa ciudad afilaban sus armas para el momento en que las defensas fueran quebrantadas por el ejército de los Silfos y los ulimanos contrarios a los Uder.

En la entrada principal del Palacio de Murrimeel, la llamada Puerta de los Ancestros, al final de una avenida flanqueada por altos robles y estatuas de los principales reyes de Ulimán, el capitán Dilos Guyne, comandante de la Guardia Palaciega que custodiaba los accesos a la residencia de Aganas el Tuerto, se retorció las manos con nerviosismo mientras miraba hacia las murallas, donde empezaban a elevarse columnas de humo. Sus hombres también estaban inquietos, pero todos habían jurado impedir que el enemigo traspasara la Puerta de los Ancestros, y ninguno de ellos abandonaría su puesto.

—¡Sargento! —llamó Guyne a uno de sus hombres de confianza. Cuando éste se presentó ante él, volvió a formularle la misma pregunta que ya había repetido docenas de veces:— ¿Están las puertas atrancadas y la verja bajada?

—Sí, capitán Guyne. Tal como ordenó.

—Bien, bien...

—Capitán...

Otro de los sargentos, alto y mostachudo, señaló a sus espaldas.

—¿Qué ocurre ahora, Sint...?

Al mirar, lo primero que vio fue a un anciano envuelto en una capa que se acercaba apoyado en un bastón, a la sombra de los árboles. Pensó que se trataba de un aterrado vecino de Ulis que esperaba encontrar cobijo en el palacio. Hizo un gesto a sus hombres para que lo detuvieran, cuando notó una punzada de temor en el estómago. Había algo siniestro en el anciano, que ocultaba el rostro bajo una capucha. Guyne nunca lo habría admitido ante sus hombres, pero aquel personaje le daba miedo.

El sargento Hald se dirigió con dos guardias a detener a aquel viejo, mientras el capitán Guyne los observaba en silencio. A poco más de cinco pasos del encapuchado, cayeron al suelo, como si unas flechas invisibles los hubieran abatido, pero de una manera tan brutal, despedazados igual que conejos en las fauces de un lobo, que Guyne lanzó una maldición entrecortada.

—Dejadme pasar, y nadie más morirá—dijo el hombre del bastón, con una voz grave.

Al capitán Guyne le tembló la voz al dar la orden a los hombres de la Guardia Palaciega de que capturasen al encapuchado, pero no pudieron hacer nada. La Puerta de los Ancestros quedó cubierta de sangre por completo, y luego, como si fuesen de papel, las gruesas hojas de madera reforzada con hierro y las verjas de acero cayeron al suelo, convertidas en un guiñapo.

Y el hombre del bastón entró en el Palacio de Murrimel, mientras la batalla proseguía.

Uno de sus oficiales le advirtió de que el rey había enloquecido. Demasiado ocupado en dirigir la defensa de la ciudad, con sus escasas fuerzas repartidas por todas las murallas y las torres albarranas, el general Yiddink ignoró las palabras de su capitán y se concentró de nuevo en la batalla. Sus hombres, aunque inferiores en número frente a las huestes sitiadoras, contaban con la ventaja que suponían las altas y gruesas murallas, y luchaban con coraje ejemplar. No en vano, eran tropas experimentadas, y veían en Yiddink un líder que combatía y arriesgaba la vida junto a ellos. Pocos pensaban en el rey Aganas, encerrado en el Palacio de Murrimel y confiando en que el rey brujo de Rocasal barrierá a sus enemigos de un plumazo. A Yiddink poco le importaba lo que hiciera el Rey, al que en los últimos días lo había visto sumido en una creciente demencia. Su misión era defender Ulis, y es lo que haría hasta que cayera en combate, o no quedase ningún soldado en las murallas.

Los ataques se concentraban frente a la Puerta del Agua, un arco que se alzaba sobre dos torres que hundían sus cimientos en ambas orillas del río Albin; la corriente de agua era la única vía para entrar en la ciudad, pero una inquebrantable reja de gruesos barrotes cerraba el paso, llegando hasta el mismo lecho del río. Docenas de intrépidos nadadores intentaban colarse a través de la verja, pero no había espacios para un cuerpo humano, y certeros arqueros abatían desde las torres a todo el que se sumergía en el agua. Desde tierra, se arrojaban escalas de cuerda, y se respondía con proyectiles disparados por las catapultas. Los muertos se iban amontonando hora tras hora, y la sangre teñía el Albin.

Desde lo alto de una torre, con un yelmo con plumas rojas y una armadura, Yiddink daba órdenes, enardecía los ánimos y se movía de un lado para otro, incansable a pesar de su edad.

Hasta que un arquero Silfo, cuyos arcos de tejo tenían un alcance y una precisión prodigiosas, fijó su vista en el brillante yelmo del general y disparó una flecha.

El cuerpo del general cayó en brazos de su lugarteniente, el capitán Dontas.

El desánimo no tardó en cundir entre los defensores.

Hasta las sombrías estancias del Salón del Trono del Palacio de Murrimel llegaban los ruidos de la batalla, semejantes a rumores de voces detrás de una puerta. Cientos de hombres daban su vida por sus reyes, por la ciudad, por una bolsa de oro o por los que querían. Mientras, hundido en un trono esculpido en piedra volcánica en el que se habían sentado más de cien reyes, Aganas Uder observaba el filo de la espada *Esmirel*, protagonista de mil batallas y hechos de valor. A su derecha, Ilias Flent miraba a su rey, ceñudo, con los brazos cruzados sobre el pecho, y detrás del trono, entre las sombras, esperaban órdenes cincuenta de los más fieles de la escolta real, con uniformes y capas rojas.

—Es el fin... —murmuró el rey, como si le suplicara a la espada— Nos tienen rodeados. Acabarán por rebasar las murallas. Tomarán la ciudad. Pero no a mí. ¡No a mí, por Adim! ¡No me cogerán vivo! Mataré a cualquiera que me ponga una mano encima...

Miró a Flent, cuyo imperturbable rostro parecía una copia de las estatuas de los reyes del pasado que adornaban la espaciosa estancia.

—Tú, Flent, no lo permitirás. Tú me eres fiel. Matarás a esos cerdos.

—Nadie os hará daño, Majestad —gruñó Flent—. No, mientras yo siga vivo.

—Sí, lo sé. Lo sé. Pero...¿dónde está Idaspo? ¿Dónde se ha metido ese hechicero...?

El Lobo se encogió de hombros y guardó silencio.

—Debería estar aquí...debería...

Llamaron a la puerta, y el ruido retumbó en el salón. Flent hizo un gesto y se dirigió hacia la entrada con un puñado de sus hombres. Volvieron junto al trono con otro de los escoltas del rey, que llevaba a un hombre delgado y de baja estatura, envuelto en un manto gris.

—Mis hombres han cogido a este criado espiando tras las puertas—dijo el Lobo, con una manaza engarfiada en el hombro del sujeto.

—¿Y qué? Cortadle la cabeza y ya está. No lo quiero ante mi vista...

De pronto, el criado se descubrió la cara y se arrojó ante los pies de Aganas.

—¡Sangre de Adim! —exclamó el Rey, perplejo.

Eliana Uder miró a su padre desde el suelo, con los ojos anegados de lágrimas.

—Padre...estás tan cambiado...

—Hija...mi Eliana... —murmuró Aganas, sin moverse del sitio—. Creí...creí que te había perdido...¡Dioses! ¿Cómo es posible? O mi ojo me engaña...

—Escúchame, padre. He arriesgado mi vida para hablar contigo. Hace dos días entré en la ciudad, disfrazada, antes de que se cerraran las puertas. He tratado de entrar en palacio, y lo he conseguido. Quiero hablar contigo, padre. A solas.

El rey se irguió, bajó del trono y alzó una mano para tocar la cabeza de su hija, a la que había dado por muerta cinco años atrás, desde el mismo día en que consiguió la corona de Ulimán. Miró a los ojos a su hija y apartó la cabeza.

—¡No! —exclamó, con voz estentórea— No tengo ninguna hija. Mi hija está muerta. Murió...como mi mujer. Como...

—¿Ya no reconocéis a los que llevan vuestra misma sangre, Majestad?

Los rostros de los presentes se volvieron hacia un extremo del salón, entre las sombras que caían de las bóvedas del techo. Un hombre alto, de aspecto avejentado, ataviado con una túnica

grisácea, manchada de barro, y apoyado en un bastón de negra madera, se adelantó y se detuvo a una docena de pasos del trono y los guardias que lo rodeaban. El Lobo clavó su fiera mirada en el recién llegado, pero el Rey hizo un gesto y volvió a sentarse.

—¿Quién eres? ¿Cómo has entrado aquí sin mi permiso?

—¿Tampoco me reconocéis a mí? —repuso el hombre del cayado, con voz glacial. Su rostro estaba oculto por una capucha— Hubo un tiempo en que lo compartimos todo.

Eliana levantó la cabeza, con los ojos en blanco.

—Hace veinte años perdisteis a vuestro hermano entre las llamas. Se dijo que vos provocasteis el incendio porque envidiabais el afecto que el rey Peldas sentía por él. Veo que no, Majestad. Lo que envidiabais era el propio trono de Peldas.

El rostro de Aganas se volvió lívido como el de un muerto.

—Mi hermano murió —musitó.

—Eso es lo que vos creéis —repuso el visitante, y con un gesto, se descubrió la cara. Eliana lanzó un grito y Aganas se agarró a los reposabrazos del trono, sin poder apartar su único ojo del rostro de aquel desconocido; tenía la mitad izquierda surcada por horrorosas cicatrices de quemaduras, y el ojo que escrutaba el vacío era blanco como la nieve. Dio un paso adelante y Flent desenvainó su espada, al tiempo que los escoltas cerraban filas en torno al trono—. Ahora sois un rey, el rey Aganas, pero fuisteis mi hermano. Hace mucho tiempo. Me dejasteis morir, dejasteis que ardiera en aquella torre de la frontera de Fanaria. ¿Así pagasteis mi amor por vos?

El hombre del rostro quemado dio un paso, y entonces el Lobo rugió una orden. Diez de los escoltas más altos se lanzaron contra el visitante para arrestarle, pero ninguno llegó siquiera a rozarle. Alzó una mano, y un torbellino de sangrienta muerte abatió uno por uno a los guardias: las espadas cayeron al suelo, entre brazos amputados y cráneos destrozados, chorros de sangre caliente y entrañas derramadas. Eliana corrió hacia la salida, mientras gritaba, y Aganas, fuera de sí, se puso a dictar órdenes sin sentido.

Impasible, sin soltar el cayado, el hermano del Rey avanzó paso a paso, mientras los escoltas morían despedazados por armas invisibles, golpeados, arrojados contra las paredes, decapitados, en una orgía de sangre y gritos. Cuando solo quedó de pie el comandante Flent, manchado con la sangre de sus hombres, el hermano de Aganas se detuvo, con una sonrisa en los labios.

—Te rodeas de muchos soldados, hermano, pero no sirve para nada. Nada puede detenerme. Estuve muerto, y luego viajé más allá de las Montañas de Luyne, en busca de una piedra mágica y legendaria. Sí, la encontré, hermano. La Estrella de Arastel. Y ahora forma parte de mí tanto como mi mano o mi lengua.

Con un rápido gesto, se descubrió el pecho, y mostró un diamante de mil facetas, del que brotaban colores tan diferentes y tan extraños que ningún mortal podía soportar su visión durante demasiado tiempo. La joya estaba incrustada en la carne, como si fuera una parte más de su anatomía.

—Ahora soy tan poderoso como los magos de antaño. He regresado de la muerte solo para buscar venganza. Hoy, Aganas, en este palacio, morirás.

—Udanas, yo no... —susurró el rey, encogido en el trono como un niño asustado por una tormenta.

—¡Antes tendrás que matarme, hijo de puta! —gritó Flent, y se lanzó contra el hermano del Rey. La espada del Lobo trazó una curva en dirección al cuello de Udanas, pero un segundo antes de que le tocara, el cuerpo del guerrero quedó paralizado, como si se hubiera congelado. Al momento siguiente, con un estrepitoso ruido, estalló en una nube de sangre y restos de carne y hueso que se esparcieron por el suelo de mármol.

Aganas lanzó un grito y buscó la espada *Esmirel*. Su hermano le agarró del cuello y le obligó a mirarle a la desfigurada cara.

—Hace veinte años me dejaste morir. Hoy te toca a ti. Saluda a nuestros padres cuando los veas en el Último Infierno.

Con un simple ademán, la cabeza de Aganas Uder fue arrancada de su cuerpo, y convertida en un despojo sanguinolento, cayó a los pies de su hermano.

En las murallas, los Silfos del general Gibolian abrieron una brecha entre dos torres albaranas gracias a las catapultas. El pánico se extendió entre los defensores que, sin un mando, comenzaron a ceder. En el campamento, Artas Gando y el capitán Hilg, junto a sus amigos, Hunk y Torkkin, que acababan de llegar desde el oeste, impartieron órdenes a sus tropas y se prepararon para entrar en combate. Se impartieron órdenes precisas y los batallones de lanceros y soldados a pie se pusieron en marcha. Como un torrente desbocado, los Silfos y los ulimanos penetraron en Ulis, derribando a los enemigos que se ponían por delante. Desde las torres de asedio, batallones enteros se desparramaron por la larga muralla de la capital. Hunk y Torkkin, como dos compañeros inseparables, armado el primero con su espada y el segundo con su hacha, seguidos por el fiel perro *Armo* y por cientos de caballeros ulimanos que enarbolaban el emblema del arquero blanco de los Arin, se abrieron paso por la principal avenida de la ciudad. Junto a ellos, escoltado por una guardia de altos lanceros Silfos con cascos de cimeras aladas, luchaba a brazo partido el príncipe Eldas Arin, sin que nadie más que los que estaban a su lado supieran quién era en realidad. Había atravesado medio país a ña de caballo con la única compañía de Ye, la guerrera-sombra de la lejana Saina, a la que Gando había encargado de su seguridad personal. Desde el mismo momento en que descubrió su huida de Falinas, decidió salir en su busca, junto a la silenciosa Ye, a pesar del peligro que suponía viajar a solas hasta Ulis, atravesando un país azotado por la guerra en el que poco a poco volvía a reinar la calma. No dejó de pensar en ella cada milla de su camino y el amor que sentía le dio fuerzas para seguir adelante.

Se combatía en cada calle y en cada plazuela. Muchos de los fieles al rey Aganas se rendían y dejaban de combatir, pero otras unidades, desesperadas, luchaban hasta la muerte, y entre ellos varios Trolls que habían sido liberados de las mazmorras en un vano intento de frenar el asalto de

los hombres de Gando. Calle por calle, bajo los estandartes de Gabolia, el halcón de plata sobre fondo blanco, y el de Ulimán, el águila dorada, los soldados del rey Onain y del general Gando iban abriéndose paso, mientras los cada vez más escasos defensores morían o escapaban. El capitán Dontas, viendo que toda resistencia era inútil, refugiado en una atalaya cerca del Palacio de Murrimel con un puñado de caballeros, decidió rendirse ante Gando.

Columnas de humo ascendían hacia el cielo, confundiéndose con la lluvia.

—Sabía que vendrías, *nunen*.

Al final del oscuro túnel, se erguía una figura que Antos conocía perfectamente. A su lado, el capitán Dubilant desenvainó su sable e hizo una señal a los Silfos que le seguían. Durante el apogeo de la batalla, habían penetrado en un viejo albañal cerca del río, y tras caminar y arrastrarse a lo largo de angostos túneles y cañerías, habían llegado a aquel corredor, donde les esperaba el brujo de Rocasal.

Antos se adelantó sin mirar a los Silfos.

—Ahora es mi turno.

Los dos rivales se miraron sin decir nada. Sobraban las palabras. Uno tenía una edad avanzada, un ser casi inmortal con el rostro cubierto por vendas. El otro era apenas un niño, el hijo de un pescador cuyo destino era ser el mago más poderoso de las Tierras Libres.

Y en silencio, dio comienzo el combate, en las entrañas de Ulis. Rayos de pura energía azotaron las paredes de piedra, látigos de fuego les quemaron las manos, bolas de luz les cegaron, se abrieron brechas en el suelo, tembló la tierra y se quejó, y la fría niebla les rodeó con un mortal abrazo. Aves de rapiña con alas de acero se abatieron sobre ellos, y cuchillos que surgían del vacío buscaron la carne del niño asmanariano. Fantasmas brotados de la oscuridad se perfilaron a su alrededor para atormentar a ambos magos. Una lluvia que quemaba la piel hizo enloquecer a los Silfos que acompañaban al niño, y éste respondió con una tormenta asesina que hizo tambalear los cimientos de las murallas.

Como dos espíritus inmortales de inmenso poder, como dos dioses encerrados en cuerpos mortales, como dos colosos a los que nada salvo su contrincante les importaba, Idaspo y Antos se acometieron con toda la habilidad que poseían, usando cualquier truco a su alcance, cualquier hechicería posible.

Bajo tierra, el aire olía a ozono y a muerte. Sombras de destrucción y terror se agazapaban en los rincones. Y una luz tenue se desprendía de las manos de Antos, quien sentía que el rey hechicero de las islas de Rocasal era un rival demasiado poderoso para él. Se sentía tan fatigado que solo quería tumbarse en el suelo y dormir. Pensó en su padre, que llevaba toda la vida jugándose la vida en el mar, en su madre Tasifa, tan cariñosa y tan protectora, siempre con una sonrisa en los labios. Pensó en los amigos que había dejado en Done, en las personas que había conocido en los últimos meses y en la gente que confiaba en él para eliminar a Idaspo. Pensó en

todos ellos, cerró los ojos y se concentró.

Erguido como una estatua de sal, Idaspo le miró con una sonrisa siniestra.

Entonces recordó el dulce rostro de su madre, Tasifa, y supo lo que debía hacer.

Una niebla gris que escocía los ojos y hacía arder las gargantas envolvía a ambos hechiceros cuando Antos entonó unas palabras prohibidas, pronunciadas por vez primera por Droidinstan en el amanecer de las eras, con un tono semejante al espectro de un huracán. Su ronco eco traspasó los gruesos muros que les rodeaban y se perdió en el aire del atardecer.

*Aubeliban taun simmin,
aubeliban soun di ghaigan.
Eoron di aaserint maus,
aubeliban Ane maimman.*

Idaspo trató de contrarrestar el hechizo. Demasiado tarde.

Una luz más brillante que cien soles le devoró, y cuando retornó la oscuridad como una noche que trae consigo el silencio, no quedaba de él nada, salvo una mancha irregular en el suelo y un humo pálido que se difuminó en cuestión de segundos.

Antos se desplomó en brazos de Dubilant, agotado.

Todo había terminado.

Cuando las tropas conjuntas de Silfos y ulimanos alcanzaron el Palacio de Murrimel, al mando de Gibolian y de Gando, tras intensos combates en las principales calles de la ciudad, encontraron docenas de cadáveres descuartizados en el Salón del Trono. Entre los cuerpos, descubrieron el del rey Aganas, decapitado al pie del trono, con la espada *Esmirel* todavía aferrada entre sus inertes dedos. De su hermano, Udanas, no se encontró ningún rastro, y tampoco nadie quedó con vida para atestiguar que lo habían visto escapar. No se le volvió a ver con vida después de la batalla.

Con la cota de mallas manchada de sangre y la espada *Trovayli* en la mano, el príncipe Eldas Arin, que al final había convencido a Gando para que le dejase participar en la batalla, entró en el palacio del que había salido cinco años antes para no volver a pisarlo. Hasta aquel momento. Aclamado por los victoriosos ulimanos, junto a los que había combatido en las murallas y en las calles de Ulis, derramando su sangre junto a ellos, y escoltado por una guardia de veteranos, comandados por el leal Hunk, recorrió las estancias donde había crecido hasta el amplio salón donde su padre solía recibir a los huéspedes y emisarios y celebrar fiestas, en busca de Eliana, a la que había seguido desde Falinas. Ahora, se encontraba en el mismo lugar donde perecieron sus padres y su hermano a manos de los sicarios de Aganas el Tuerto, la noche en la que debería haber estado junto a ellos. Miró a su alrededor, paseó la vista por las paredes desnudas, las estatuas de mármol tapizadas de polvo, las viejas armaduras de sus antepasados envueltas por telarañas... Trató de mantenerse firme y no llorar ante sus hombres, ante su fiel Hunk.

En silencio, se acercó al trono de piedra de Undas. Vio el cadáver del asesino de su familia y se alegró de su muerte.

Se agachó y recogió la espada de sus antepasados. Cuando la sostuvo en alto, sintió que una fuerza inaudita le recorría el brazo. Hunk y los veteranos que le escoltaban, fatigados y cubiertos de sudor, barro y sangre, se arrodillaron en torno a él. El general Gando, con una herida en el brazo y el uniforme sucio y desgarrado, hizo su entrada en el salón, y tras detenerse ante el joven, le miró a los ojos y dijo:

—Ulis es vuestra, Majestad. La corona que un día ciñó vuestro padre os pertenece por derecho. El pueblo de Ulimán tiene un nuevo rey.

—Gracias a vos, Artas.

Gando no dijo nada más. Hincó una rodilla en el suelo y ofreció su espada ensangrentada a Eldas Arin.

—Que los Dioses Mayores os amparen, Eldas hijo de Peldas, rey de Ulimán. ¡Viva el Rey!

Hunk y sus hombres repitieron el grito, y también los soldados que se habían congregado en el Salón del Trono, entre ellos el propio rey Onain el Justo y muchos de sus Silfos, de alta talla y mirada penetrante.

La guerrera-sombra sainita, Ye, que había acompañado al príncipe hasta Ulis, encontró a Eliana Uder acurrucada en un rincón, bajo la estatua del rey Fontas el Santo. La cubrió con una manta y la llevó hasta donde se encontraba Eldas, rodeado de su séquito.

Los jóvenes se abrazaron.

—No he podido cumplir mi promesa —dijo Eldas, con voz suave.

—No importa —susurró ella, con el único deseo de descansar a salvo entre los brazos del hombre al que amaba—. Allá donde esté mi padre, podrá descansar en paz y ya no volverá a hacer más daño a nadie.

Se besaron, mientras fuera, en las calles, los ulimanos y los silfos celebraban el triunfo.

Dicen que se cantaron canciones. Después de la batalla, en la que Aganas Uder fue derrotado, y Eldas Arin recuperó la corona que le pertenecía, los hombres se reunieron en torno a los fuegos, en las casas y fortalezas de Ulis, en las murallas que rodeaban la ciudad, y en el campamento de los arrabales, y entonaron muchas y variadas canciones. Hablaban de las hazañas de las que habían sido testigos, de los hechos de valor que se habían producido, de sangrientos combates y valientes asaltos, pero también recordaban a la mujer que esperaba con angustia junto al fuego de una chimenea y a los niños que no dormían por las noches, el lejano hogar y los amigos que habían perdido. Recordaban al compañero de lucha y al amigo caído.

Junto a las hogueras, se escucharon sus tristes voces.

*Aquellos que mueren,
aquellos que se van,
no vuelven.*

*Frías las estrellas,
huérfanos los árboles,
vacíos los caminos.*

No, no vuelven.

*En el corazón de la noche,
sus voces se pierden.*

*Son guerreros
que desaparecen.*

*Solo su fama
no muere.*

Dicen que cantaron canciones.

Algunas todavía se siguen cantando.